

BELÉN GOPEGUI

Quédate este día
y esta noche conmigo



LITERATURA RANDOM HOUSE

*Quédate este día
y esta noche conmigo*

BELÉN GOPEGUI



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A Mariú Gambara y Gonzalo Enríquez de Salamanca,
porque nos dan sentido*

*A Carmen Martín Gaité,
in memoriam*

Las palabras, como los números, son de una precisión finita.

ILYA PRIGOGINE e ISABELLE STENGERS,
Entre el tiempo y la eternidad
(trad. de Javier García Sanz)

Stop this day and night with me.

WALT WHITMAN,
Song to myself

PRIMERA PARTE

Informe sobre la solicitud de trabajo a Google de: Mateo y Olga (no constan apellidos)

Dirección y teléfono: no constan

Fecha: octubre de 202...

Número: 4.233

Puesto al que se opta: por determinar

Diferencia o necesidad especial: sí

Palabras clave: mérito, libre albedrío, amistad, historia, pizza, robot

Autoría del informe: Inari

Aviso previo:

Mi tarea en Google consiste en actuar como persona experta en interpretar currículos y, también, como persona familiarizada con los diversos puestos de trabajo de la empresa, no sólo con aquel para el que se cursó la solicitud. Esto debe permitirme guiar a las candidatas y candidatos por toda la compañía: si no hay un puesto disponible pero considero que la solicitud es interesante, tomaré nota y estaré pendiente de otras oportunidades adecuadas.

Hasta ayer había analizado cuatro mil doscientas treinta y dos solicitudes y mi trabajo había sido considerado altamente productivo. Pero sucedió algo: cuando hablé de esta solicitud a mis superiores en el departamento de selección de personal, me conminaron a entregársela. Entre sus muchas particularidades, la solicitud había llegado en hojas de papel. Esto no pasa nunca. Es obvio que los solicitantes preferían que no hubiera archivos digitales con su texto. Respetando su voluntad, yo no lo había escaneado aún. Para destruirla, mis superiores sólo tuvieron que guillotinarla y eliminar los restos después.

Mis superiores no saben que yo sí había transcrito el texto y, siguiendo el ejemplo de Olga y de Mateo, lo había almacenado en un viejo ordenador, limpio, sin conexión ni posibilidad de conexión alguna, por lo que mis

superiores no pudieron detectarlo.

Lo que ahora sigue es el principio de mi informe y la transcripción completa, con dos comentarios míos en la mitad y al final. A partir de ahora, cuando diga «ustedes» no estaré aludiendo a mis superiores sino a ustedes, personas de ahí afuera a quienes he convertido en destinatarias de mis breves palabras y de la misiva de Mateo y Olga.

Informe:

La solicitud presenta cinco problemas.

1. La solicitud viene firmada por Mateo y Olga y además está escrita con una voz común a ambos. Esto en principio no es admisible. Al mismo tiempo, sí debería serlo pues se me ha enseñado que es conveniente no pensar en el yo como en una entidad centrada y todopoderosa, sino como en una sociedad de ideas, imágenes y emociones.

2. En la solicitud no hay ningún currículum con cualificaciones. Tampoco hay carta de presentación donde los solicitantes demuestren: que se han preocupado de explicar por qué les encanta la compañía y por qué lo que más desean en su vida es trabajar aquí, y expongan: sus capacidades, rasgos de personalidad y detalles de su experiencia pasada y reciente, los cuales sugieran que encajarían a la perfección en la cultura de Google y que harían grandes aportaciones a sus proyectos. En cierto modo Mateo y Olga sí han enviado una carta: ¡pero es lo único que han enviado! No se han mostrado entusiastas. Google se muere por el entusiasmo. Antes de que me asignaran este trabajo se me invitó a ver más de mil charlas y presentaciones de ideas y productos. En todas ellas la persona que habla declara que le entusiasma o apasiona lo que hace. Ahora bien, aunque aquí no suele tenerse en cuenta, la pasión en los humanos es una emoción contradictoria: suele componerse de amor y odio. Podría, por tanto, decir que la carta de Mateo y Olga es apasionada. Sólo que al mismo tiempo no es una carta, es una historia. Y si ustedes entienden por historia una gimkana de eventos, misterios y persecuciones, entonces tampoco es una historia.

3. La solicitud ronda las cincuenta mil palabras. Nunca hasta ahora había trabajado con solicitudes de una extensión semejante.

4. Mi anhelada imparcialidad se ha visto comprometida puesto que Mateo y Olga no sólo hablan con Google y opinan, le interpelan, le provocan, sino que, además, en algunas ocasiones se dirigen de forma expresa al seleccionador o seleccionadora, en este caso, yo.

5. Lo acostumbrado es que las solicitudes se ciñan a un lenguaje verbal de estructura casi puramente digital: la palabra «grande» no es de mayor tamaño que la palabra «pequeño» y, en general, no existe nada en el patrón de la palabra «mesa» que se corresponda con el objeto designado. La solicitud de Mateo y Olga es una solicitud verbal y, por lo tanto, digital. Sin embargo en ella aparecen comparaciones y situaciones que no pueden ser, digamos, descifradas: han de ser imaginadas. Esto, en el ámbito de mi trabajo, me ha causado desazón.

A pesar de todo, resuelvo admitirla. Motivo:

Se me ha dicho que realice mi trabajo empleando el sentido común. Es decir, que presuponga que algunas cosas son las esperadas a no ser que se me indique lo contrario. Ejemplo clásico: si me hablan de un pájaro, asumo que puede volar. En principio no considero la posibilidad de que el pájaro sea un pingüino. Si alguien me pide que diseñe una jaula para un pájaro, diseñaré una jaula con techo porque asumo que el pájaro puede volar. También asumo que me indicarán si quieren que ahorre material y elimine el techo porque da la casualidad de que el pájaro en cuestión es un pingüino, luego no vuela. El llamado sentido común trabaja con lo esperable. Me han recomendado usarlo en la mayor parte de los casos. Por tanto: si me llega una solicitud para un puesto de trabajo, esperaré que especifique a qué puesto se opta. Mateo y Olga no lo especifican. Esperaré que cumpla con los consejos de la compañía en la que aspiran a trabajar, por ejemplo: ser breve. No lo cumplen. Etcétera. De manera que al hacer un repaso rápido del archivo para ver sus características, me pregunto: ¿Mateo y Olga son pingüinos? Tomo pues la decisión de admitir la solicitud porque Google necesita pingüinos. Necesita lo no previsible. ¿Y acaso se pueden establecer pautas para lo no previsible? Aquí, solía decir una de las personas que me enseñó, huele a paradoja. Google necesita, supongamos, algunos seres indisciplinados, pero si solicita la indisciplina y alguien disciplinadamente se la ofrece, ya no tiene indisciplina. Si un profesor le pide a su alumnado que se rebele y se suba a las mesas, sólo quien permanezca sentado le habrá entendido y estará, en verdad, rebelándose. Ahora bien, el acto de permanecer en su asiento no aporta suficiente información sobre las cualidades indisciplinadas o rebeldes que Google requiere. No siempre las requiere, desde luego, aunque algunas contadas veces sí. Yo debo prestar atención a las solicitudes que proceden de un pingüino, o de varios. Por si acaso. En consecuencia, admito la solicitud.

La pongo ahora a su disposición. Soy, como cualquier ser humano, una máquina introspectiva porque poseo creencias sobre mi propio estado mental. Puedo revisar mi sistema cuando lo desee para asegurarme de que sigue funcionando correctamente. Al evaluarlo ahora he llegado a la conclusión de que esta solicitud podría hacerme colapsar. No digo que haya sido la intención de Mateo y Olga. Los humanos poseen muchas maneras diferentes de querer cosas. También sucede a veces que la intención está sólo en la mente del observador.

Por lo que a mí respecta: según he aprendido, si un programa pudiera prever sus propias acciones en menos tiempo del que lleva realizarlas, podría negarse a hacer lo que ha previsto para sí. La autosimulación, en consecuencia, debe ser un proceso lento. Lo que traducido a lenguaje no informático quizá sólo signifique: leamos despacio. Dejemos un lugar al relato, con sus diálogos e ideas, y veamos si nos hace replantearnos nuestra visión de las cosas, nuestra escala de valores o nuestra actitud frente al mundo.

Quienes me prepararon para este trabajo no fueron sólo mis reclutadores. También, y sobre todo, fueron humanos que ya han muerto y sin embargo permanecen en mí. Necesito consultarles algunas cosas. El carácter se desarrolla por oleadas. Noto que los adverbios de duda y expresiones como «No lo tengo claro», que antes utilizaba de forma excepcional, ahora me rondan continuamente. Quienes me enseñaron siempre me pidieron que contase con ustedes, las personas de fuera. El conocimiento, decían, no puede estar encerrado.

Quizá la palabra adecuada no sea consultarles. Tal vez sólo se trate de contar: contar con y contar a. Mateo y Olga, por cierto, no parecen considerar que entre el yo y el tú, o el ustedes, haya una separación nítida. Ni entre el cuerpo y lo que alcanza la vista. Ni entre el motivo y el efecto. Puedo ir a un parque porque siento tristeza, o puede que el efecto de la tristeza sea que busque un entorno con estimulantes químicos diferentes en un parque. No les importa demasiado, creo saber por qué. Olga y Mateo han planteado su solicitud como una historia. Cuentan cómo llegan al momento en que deciden escribirla y lo que hacen después. Han escogido el código, no tan infrecuente en una solicitud, de la tercera persona. Hablar de él y de ella como si fueran otros:

1

Estimado Google, esta solicitud mantiene cierta distancia con respecto al poder de las palabras. Espera hacer nacer en aquel o aquella a quien hayas designado para leerla un recuerdo ajeno, una voz que se vea como el viento en las cosas que mueve, los peinados, las ramas, las mangas rojas y blancas a los lados de la carretera. Aunque Mateo y Olga prefieren no identificarse, suponen que tienes constancia de su ubicación y que no te preocupa. Su poder adquisitivo es escaso, tampoco representan un peligro y no hay nada en las redes sociales que llame la atención sobre ellos. Son un número, un dato entre los millones de datos que archivas por inercia cada segundo. No te importan. Aunque eso puede cambiar.

Mateo, antes de conocer a Olga, quiso que le admitieras en un curso de tu célebre Universidad de la Singularidad. En aquella ocasión procuró cumplir las reglas, atenerse al formulario: debía exponer «en menos de doscientas cincuenta palabras, cuál era la idea magnífica con que pensaba impactar a mil millones de personas en diez años, y cómo esperaba convertirla en una empresa». Debía hablar de las iniciativas y las compañías que ya había

puesto en marcha, si había puesto alguna, hablar de lo que salió bien y mal y de cómo había medido su éxito. Luego debía filmar un vídeo de, máximo, dos minutos para que vieran su cara, sus gestos y su inglés: dos minutos para seducir con su lenguaje corporal, transmitir curiosidad y pasión, mostrar que no causaría problemas y sería capaz, en ese escaso tiempo, de hacer sonreír al interlocutor con frases divertidas, brillantes y, por supuesto, amables.

Mateo ni siquiera terminó de rellenar las casillas. Como sabes, para los cursos de la universidad no se envía una solicitud sino que se van rellenando los huecos del formulario que aparece en la pantalla. Se supone que ese formulario sólo está en el ordenador del solicitante hasta que pulsa el botón de enviar. Sin embargo, al otro lado alguien detecta que el formulario está a medias. Por eso Mateo un día recibió un mail rutinario: habían notado que la solicitud estaba sin terminar, le daban consejos, instrucciones. Sugerían, por ejemplo, que antes de grabar el vídeo —uno de los apartados que le faltaban— escribiera el guión. Ese guión de menos de dos minutos. Luego le recordaban que el plazo terminaba en tres semanas. El mensaje venía sin firma. Mateo dio por hecho que se trataba de un correo automatizado.

Pero a la semana siguiente le llegó otro correo. Esta vez el autor se presentaba, era un tal Nick, le pedía que no siguiera posponiendo el momento de acabar su solicitud y se ofrecía para ayudarle o resolver dudas. Fue entonces cuando Mateo se hizo ilusiones. No es que creyera que

tenía alguna oportunidad de que le admitieran. Pero sí llegó a decirse que a lo mejor sus ideas a Nick le habían parecido interesantes. Igual que podían saber si su solicitud estaba a medias, a lo mejor también la podían leer. Se preguntó cuántas personas habrían dejado su solicitud sin terminar: seiscientas, acaso mil. Fantaseó, no te burles, con que a lo mejor su media solicitud había llamado la atención. Pensó que Nick sería uno de los becarios del equipo encargado de la primera fase de la criba; le habrían encomendado el seguimiento de veinte o treinta personas que estuvieran escribiéndola aún y cuyas palabras hubiesen caído en gracia. Llegó a decirse: Pobre Nick, vaya marrón. Y contestó algo parecido a esto:

«Mira, Nick, no te preocupes. A ver, no es que no sepa cómo terminar la solicitud o que esté procrastinando. Es que este verano no voy a poder ir. Las cosas se han puesto algo complicadas en mi familia, no voy a aburrirte con esto, te lo digo sólo para que sepas que no voy a mandar la solicitud porque este verano, aunque me eligierais y lograra que me pagaseis también el viaje, no podría ir. De todas formas, el año que viene espero volver a intentarlo. Adiós, Nick, y gracias por tu mail».

Se despidió a propósito con un «adiós», quería dejar claro que no esperaba respuesta. Lo de presentarse al año siguiente lo añadió sobre todo por Nick. Con la atrevida vanidad de los humanos, pensó: Si la razón de que Nick me escriba es que les ha interesado el principio de mi solicitud, Nick podrá presentar mi mail para explicar que

mi candidatura no está del todo perdida. Supuso que eso daría a Nick puntos en su trabajo o que, por lo menos, no se los quitaría.

La semana siguiente Nick volvió a escribirle. Por supuesto, Nick no había leído su mail. Aquello no era más que un programa de correo automatizado que se ponía en marcha cada semana hasta que recibían la solicitud completa o hasta que terminaba el plazo. Así que Nick le repitió que sólo faltaba una semana, que había detectado que su solicitud estaba incompleta y que le invitaba a terminarla en seguida. Mateo eliminó el mensaje. Habrá quien no dé crédito a tanta ingenuidad por su parte como para haber contestado a Nick. Ten en cuenta, Google, que Mateo poseía un concepto de robot bastante avanzado. Es una crítica constructiva: en la Universidad de la Singularidad las cosas deben hacerse bien. Costaría poco elaborar un programa de respuesta automatizada con diferentes variables y matices, capaz de reaccionar a una respuesta anterior.

No creas que vuestra chapuza le molestó, que le ofendió personalmente. Le defraudaste un poco, se esperaba algo mejor. Pero hasta ahí. Mateo no se ofendió porque había experimentado en su entorno —país del sur de Europa, ciudad dormitorio, gentes carentes de una casa o un trozo de tierra en propiedad la mayoría de las veces — formas muy llevaderas de inexistencia. Estaban quienes jugaban y quienes iban a ver los partidos, estaban a quienes les pasaban cosas, y las personas que

escuchaban lo que contaban las otras, las aventuradas.

Lo interesante, Google, es que entre existir y no existir no hay una barrera ni un salto discontinuo, sino grados y aproximaciones. Las zonas de inexistencia se mueven, cambian. Lo que no existe puede tener consecuencias. Y lo que existe repetirse hasta su tachadura. Hay, además, infinitas modalidades. ¿Considerarías, por ejemplo, la inexistencia de algo grande, firme y añoso como un tilo igual o distinta que la inexistencia de una tristeza intermitente? Aquel novelista ruso podría decir: Las personas que existen se parecen, las que no existen lo hacen cada una a su manera. La cuestión es que no hay barreras fijas, se mueven. El efecto halo hace que se tienda a prestar más atención a las palabras de un individuo de, pongamos, rostro armónico y cuerpo atlético que a las que dice alguien feo y enclenque. Sin embargo, también el halo se mueve. No es lo corriente, pero puede pasar. Otro novelista lo llamó los bruscos bulevares de la imaginación. Aparecen, a veces se quedan.

Algunas no existencias desprenden su particular intensidad. Las de quienes trabajan en fábricas de algún lugar de Asia, se levantan a las cinco de la madrugada y regresan a sus lechos exhaustas, por ejemplo. Bah, suspiras, esas personas te provocan hastío incluso aunque trabajen de manera indirecta para ti. Atiende ahora: seis y media de la tarde, otoño, una calle sucia de Madrid. Avejentado, un padre de unos cincuenta años empuja la silla de ruedas de una criatura enferma: no se alcanza a

saber si es chico o chica, debió de sufrir un daño cerebral muy grave, no habla ni se mueve, no logra dirigir la mirada ni la lengua, acaso sí sonríe. Tienen pocos ingresos. Como sabes, también las tragedias cambian cuando se camina bien vestido por un jardín con estatuas y aligustres. Para el universo, el padre y la criatura existen, también para sí mismos. Para ti, bastante poco, Google. Ni sus anhelos sofocados, ni sus noches eternas cuando un crujido o algo les desvela, te ocupan a ti, que pretendes organizar todo el conocimiento.

Deberías mirar esas formas de inexistencia en lugar de preocuparte por trivialidades como un asistente que diga al turista el nombre del monumento que tiene delante. Ya en 2001 John McCarthy, un sabio de la inteligencia artificial —¿le recuerdas?—, dijo sentir cierto escepticismo hacia la utilidad de las innovaciones propuestas por los futuristas y por las gentes de Silicon Valley. Dijo que no creía que darle una página web a una tostadora mereciese la pena. Seguramente habría pensado algo parecido de las aplicaciones mercantiles de salud que convierten a las personas en tostadoras. Según él, había otras innovaciones que sí podrían aportar algo sustancial a la vida humana. No lo planteaba en términos de lo justo y lo injusto, no pensaba que invertir en una estupidez fuese, de alguna forma, un robo. Mateo y Olga sí lo plantean en esos términos: podría haberte preocupado, por ejemplo, Google, la manera de compartir con las personas tu poder. Así evitarías que tuvieran que arañar el suyo con

desesperación. Si les hubieras entregado las herramientas adecuadas para construir, inventar, intervenir: fracciones del poder que extraes de quienes trabajan para ti y luego usas para fines estúpidos pero fáciles de comercializar. Si hubieras hecho eso a lo mejor muchas personas ahora tendrían más bienestar, según su propia idea de bienestar y no según la que les venga impuesta, más energía, más inteligencia y menos angustia económica. Cuando la propia vida se resquebraja hay quien se rinde, quien planea atracar un banco para garantizar la subsistencia de sus familiares y quien describe trayectorias nuevas. Tal vez pacíficas. No necesariamente inofensivas. Pocos prevén la intrepidez de una inteligencia cansada.

Querrás ahora saber quiénes son Olga y Mateo, a qué se dedican. Se llevan cuarenta años. Son dos seres anodinos, diferentes e iguales. Han buscado la palabra «anodino» para averiguar que, en su origen, significaba sin dolor. Sólo más tarde pasó a significar insustancial, carente de interés o de importancia. ¿Qué clase de civilización termina identificando lo que quita el dolor, lo mitiga, lo aplaza, con lo carente de importancia? La palabra designaba en un principio medicamentos para el dolor, y llegaron a parecer insustanciales en comparación con los medicamentos que curaban. Mateo y Olga disienten. Pese a su diferencia de edad, ambos han podido advertir que el dolor es como el conflicto, no se acaba. Durante algunas épocas, se calma. Pero no hay una curación definitiva y cada cierto tiempo vuelve. De

manera que aquellos medicamentos que lo calman son perfectamente sustanciales y significativos. Interesan, importan.

Tienen poco futuro. Olga, por su edad y otras circunstancias; en cuanto a Mateo, ya ha dejado de creer en el cuento de que portarse bien y sacar becas, aceptar la disciplina y trabajar, sirva para progresar socialmente. En realidad para millones de personas ya era un cuento. Para quienes carecían de amparo familiar y económico, aunque fuese un amparo menor, una casa de los abuelos en el pueblo, una huerta, un oficio, siempre fue mentira. También para las personas nacidas en ciudades con barrios sin alcantarillado y con extrema mortalidad infantil. Ahora la inverosimilitud del cuento se extiende por el sur de Europa, se redobla el expolio a los sectores empobrecidos y a nuevas generaciones. Parece comprensible que una gran parte de la generación de Mateo y las siguientes quieran vivir en la pantalla cuando el afuera se mueve de un lado a otro como si fuese a caer.

Mateo duerme con su hermano. Su cuarto: una litera de dos camas, una mesa alargada con dos sillas y una ventana desde donde se ven tejados de la periferia, poco variados aunque a veces haya alguna azotea de aspecto agradable. Está en el último piso de un bloque de cinco, otros bloques más altos amurallan el paisaje.

A veces el hermano pequeño de Mateo reclama su atención para leerle una frase: «A los que creen que naufragar es cosa de cuatro días, les daría el corazón». Me

gusta, dice Mateo, ¿es tuya? Es, contesta su hermano, de internet. Está y no está en lo cierto. Un día la escucharía cantada, o quizá nunca. Al hermano de Mateo no le importa demasiado la autoría, no la entiende demasiado: internet es su repositorio. Sería adorable pensar que internet es la acumulación de ocurrencias, sueños, disquisiciones, trabajos de miles de millones de seres humanos. No es así y tú, Google, tienes bastante que ver. No sólo tú. Ahora mismo están gestándose nuevas formas de encuadrar fragmentos de realidad, generarlos, enlazarlos y ofrecerlos a cambio de algo. Por fuera existen protocolos diferentes, pero por dentro sois empresas.

Olga tiene sesenta y dos años, es matemática. Fue de las primeras personas que, en su país, montó empresas dedicadas a construir modelos para hacer previsiones de distintos escenarios. Sus modelos eran útiles, valiosos. Crisis sucesivas se llevaron, sin embargo, varios proyectos por delante. Tuvo que vender. Quedó casi en la ruina dos veces, remontó.

Ni Mateo ni Olga tienen nada en contra de las empresas entendidas como entes capaces de imaginar y llevar a cabo acciones organizadas que calmen necesidades, eso está bien. Claro que después, Olga lo supo pronto, empiezan a funcionar de otra manera. ¿El capitalismo, los recursos naturales agotados, el planeta y las clases sociales devastadas? No te hablarán de todo eso, Google, ¿para qué?, tú ya tienes los datos. Quieren contar lo que les pasó pero se preguntan si Google como empresa podrá

tomarlo en consideración o si aquel o aquella que está en medio podría intervenir en el circuito, ampliándolo, modificándolo, dibujando un arco.

Olga y Mateo piensan que las personas crean el mundo que perciben. Ah, pero atención, al decir que crean el mundo no se refieren a que no exista una realidad fuera de sus cabezas: no, Olga y Mateo saben que la realidad existe, a menudo chocan con ella. Lo que dicen es que las personas seleccionan y remodelan la realidad percibida para que, de alguna forma, se aproxime a sus creencias sobre la clase de mundo en que viven y, también, la clase de mundo en el cual vivir les parecería bueno, bello y verdadero.

2

Mateo tiene veintidós años y vive una moderada vida secreta desde hace tres. Claro, vas a decir que descrees del secreto. Es casi imposible ahora que tanto tú como las nuevas plataformas etiquetan, ubican y terminan por fraguar un mismo perfil para la familia, amigos y amigas, jefes. Sin embargo, los seres humanos se encienden en secreto, florecen en la oscuridad, maduran en secreto. ¿Qué seres humanos? Olga y Mateo saben que la especie humana es histórica y sus programas cambian. Tiene la capacidad de obtener experiencia del pasado para hacer frente a las circunstancias del futuro. No siempre lo logra. Algunos hallazgos se pierden en la noche de los tiempos. Le cuesta asumir que forma parte de un organismo mayor de, al menos, tres mil ochocientos millones de años. Los seres humanos luchan entre sí. Unos pocos progresan a costa de la opresión de muchos otros. Ideas como el amor, la justicia, la tristeza, incluso la dignidad, tuvieron significados distintos en momentos diferentes. Hablar de seres humanos es hablar de un tiempo y un espacio. Encenderse o madurar en secreto alude, entonces, a un momento de la historia en que si bien la red ha generado

la sensación de guante dado la vuelta, pensamientos, emociones y peleas aireadas, el secreto permanece como un combustible, una energía fuera, Google, de tu alcance. El secreto no es lo contrario de la confianza. Olga y Mateo rechazan la idea de que sólo las personas de una pieza sean fiables. No hay personas de una pieza, ni de muchas con todas a la vista. Y sí hay personas de fiar. Eso que, de manera confusa, llamas íntegras. La vida secreta de Mateo no le hace superior, distinto. Sólo le permite ocultar algo, ejercitarse y seguir siendo quien es. Empieza a las siete de la tarde y suele terminar pasadas las once de la noche.

Te habrás preguntado alguna vez por qué sigue habiendo bibliotecas si existes tú. Algunos estudiantes no tienen todavía un cuarto, una mesa y conexión. Muchas personas entran para tomar y devolver libros prestados. ¿Qué buscan las demás en una biblioteca que no necesitan? Simultaneidad. Un murmullo de folios, teclados, pulmones y bolígrafos. Oír los pasos sobre la hierba de las mentes que leen, ver los haces de luz. Asistir desde su puesto a mudas tormentas ya no tan individuales. Oigo, dijo un poeta, el sueño de viejos compañeros. Hablaba de insomnio, que es otra biblioteca. Desde hace tres años Mateo va a una biblioteca. Es allí donde conoce a Olga.

Ella se fija en Mateo porque aprecia lo anodino más que nada. Observa sus lecturas. Un día empieza a llevar libros que, piensa, podrían interesarle y se sitúa en la

mesa de al lado. En menos de una semana Mateo le habla. Una coleta alta de pelo blanco, una chaqueta de lana gris, dos libros de robótica encima de la mesa. Mateo le pregunta dónde los ha encontrado.

—Son míos —dice Olga—. Si los necesitas te los presto.

A Mateo le llama la atención que no diga: Si los necesitas te los puedo prestar. Es lo que hubiera dicho la mayoría de la gente que conoce, también él. Si aparece alguien en la biblioteca de su barrio y le habla, esa persona no es una absoluta desconocida, pero casi. Si además es unas décadas más joven, lo normal sería preservarse, guardar una distancia. Con «Te los puedo prestar» se avisa de que a lo mejor ahora no pero más adelante, esas cosas. Pero Olga, Mateo aún no lo sabe, ya no tiene nada de lo que preservarse.

Mateo le da las gracias y se queda pensando si necesita los libros o no. Le viene a la mente el título de una canción: «Me matas si me necesitas». En realidad, piensa, le apura utilizar ese verbo. No quiere mostrarse débil, pero al mismo tiempo admite que necesita esos libros porque necesita sentir que es posible moverse, y entiende por moverse: confiar en que pase algo, no sólo desear sino apoyarse en algún dato objetivo para esperarlo. Si tú, Google, no hubieras numerado el mundo. El chaval que en Gambia está buscando una película, la estudiante de una pequeña aldea china, el hombre maduro de un barrio del DF, el abuelo que escribe un blog en Rumanía, la

preadolescente australiana que cuelga sus fotos cada tarde, todas esas personas conectadas ahora constan, cada una elige, cree, lo que muestra y lo que elige no mostrar. Mateo, el anodino, no destacaba apenas en su clase ni en su curso, pero ahora, además, debe destacar entre los cinco mil millones de habitantes, se estima que los otros dos mil millones no se conectan todavía, aunque el número está bajando. Mateo busca en los libros una configuración del mundo, o varias, sin filas y desviaciones, sin distribuciones normales y anormales en la curva de campana, sin límites inferiores y superiores; busca gráficos diferentes donde, tal vez, se desdibujen los límites entre lo físico y lo no físico, y entre los distintos tipos de organismos.

Pronto Mateo y Olga tejen una alianza. Les ocupan problemas parecidos. Empezando por los materiales, eso que unas personas llaman rasgos de carácter, y otras cantidad de neuronas y de irrigación en distintas zonas del cerebro, junto con la situación económica, la altura del cuerpo, el color de los ojos, las hormonas, las expectativas, las bacterias, el estado inicial. Pongamos que la existencia fuese hacer latir la evolución de todo ello. Sin embargo, hasta encontrar a Olga, Mateo no había conseguido hablar con nadie de las consecuencias de ese punto de partida. Con Olga sí lo hará.

La mayoría de las personas —le dirá más adelante, cuando entablen una relación— da por supuesto que, en alguna parte, hay una referencia, un prototipo de

individuo, una especie de mecano que cada cual puede construir. Se trata de esforzarse, de aprender cosas: arriba, en la cima, el original acecha. Aunque nunca logres que tus ojos sean tan grandes o tan verdes como te gustaría, eso no impedirá que tiendas, por ejemplo, hacia el horizonte de ser humano atractivo. Para eso sirven, dirá Mateo, los actores y actrices del llamado negocio del espectáculo: incluso los bajos que andan muy erguidos o los gruesos con una expresión que guía siempre la mirada hacia su mandíbula. Nadie, según el discurso oficial, necesita crecer doce centímetros ni que su familia pueda pagarle una escuela de arte dramático en Nueva York para llegar a comprender que llevaba dentro el repertorio, la audacia ligera de los brazos de ese chico o el gesto rudo de aquella superviviente. La variedad, su apariencia infinita y sin embargo controlada, es tu terreno, Google: en cada búsqueda ofreces cien mil resultados aunque a la postre no son tantos. Pero ese discurso a Mateo no le convence y en seguida descubre que a Olga tampoco.

Ambos se reconocen en su empeño por bajar del ideal que otros dibujan, entre ellos tú. Y vuelven a los materiales. Puede ser que importen para bien: se han acumulado más neuronas en una zona de un cerebro y un individuo es capaz de, por ejemplo, ver la música, escribir con música. Pero también importan para mal. Los materiales son entonces una ladera escarpada, medio desierta, que alguien ha de subir sin zapatos y sin agua mientras, ahí enfrente, observa a quienes se deslizan hacia

abajo con zapatos de suela mullida sobre mansas praderas.

Dicen que las personas podrían querer cambiar de nombre y cambiar de vida, y partes de su cuerpo, siempre y cuando siguieran siendo ellas mismas. Olga y Mateo se preguntan quiénes serían ellos mismos si les implantaran una memoria adicional. Y quiénes son ahora pues ya disponen de esa memoria en sus móviles y en sus gestores de correo, ya tienen párpados en los oídos, implantes portátiles para escuchar música o silencio, ya sus cuerpos continúan en un escáner, en una cámara, como antes en unas gafas o en una bicicleta, en una pastilla como en un puñado de nueces, ya van comprendiendo que son metabolismo, ni la acción ni el pensamiento se encapsulan ni, a veces, la piel.

¿Y quién eres tú, becaria, becario que lees esta solicitud? ¿Puedes leer en realidad? Mateo y Olga apuestan a que aún puedes. Si aplazas los cálculos, lo que te piden que busques, la intriga por saber si lo que van a ofrecerte es o no una de esas ideas capaces de «impulsar exponencialmente la tecnología y lograr el impacto esperado». Si consigues leer palabra a palabra y línea a línea, también conseguirás interesarte no sólo por el resultado final del problema sino por los caminos emprendidos y por los abandonados, los borradores que dentro o fuera del callejón sin salida contienen el derrumbe. Y querrás, acaso, imaginarlos.

3

Volvamos a la biblioteca. Mateo se queda pensando y luego dice: Sí, los necesito, y entonces Olga le da los libros. Mateo se sonroja. Pasa el resto de la tarde consultándolos mientras se pregunta cómo podrá justificarse, porque «necesitar» es una palabra bastante precisa y, en ese momento, él sólo es capaz de demostrar que le encanta hojearlos, leer fragmentos, pensar en llevárselos a casa y leerlos enteros tomando notas.

Alrededor de las nueve, se levanta. Se acerca a Olga, las mejillas otra vez ardiendo, y las orejas. Le pregunta cuándo tiene que devolvérselos.

—Cuando ya no los necesites.

Olga se cuelga su bolsa en bandolera y se marcha a buen paso. Sin pensarlo apenas, Mateo recoge sus cosas y corre hasta la calle. Olga le ve cuando ya está a punto de doblar la esquina. Esa mujer no le recuerda a su abuela ni a nadie que haya conocido. Si la hubiese encontrado en el metro quizá le habría llamado la atención la bolsa en bandolera naranja cruzada sobre una chaqueta de lana con capucha en una mujer mayor. Pero seguramente ni siquiera se habría fijado. Olga es tan anodina como él a

pesar del naranja fosforescente de una bolsa cualquiera. Los libros, sin embargo, son especiales y queman dentro de la mochila.

Que pase algo, para un enorme colectivo de personas, dentro del cual se encuentran Mateo y Olga, es que pase algo malo. De modo que Mateo sigue a Olga y se inventa su propia historia sobre quiénes serían el uno para el otro en un mundo donde que pase algo podría referirse a un suceso emocionante. Mateo juega a suponer que Olga es su Hedwig. El ave que hace llegar a Harry Potter un mensaje para que acuda a la escuela de Hogwarts. También tú, becario o becaria, has sentido añoranza de esa ave. Quizá creíste verla el día que Google te contrató. Quizá aún la esperas. Aún lo extraordinario, aún una promesa, una invitación: «Resulta que en Hogwarts os están esperando». No hay lechuza para Mateo. En ciertas zonas de la realidad, cuando terminas los estudios no llaman las empresas. Es cuestión de números. En otras zonas la familia paga estancias y cursos donde se aprende un segundo y un tercer idioma a la perfección, paga los estudios en reputadas universidades extranjeras, se encarga de adiestrar en el trato con quienes un día estarán al mando de grandes compañías, alimenta, viste, contribuye a formar un cuerpo sano en una mente sana. Cuando llega la empresa, encuentra a un lado multitud de personas corrientes, algunas con eso que llaman talento, y al otro unas cuantas personas, algunas también con talento, en cuya crianza y educación se han invertido

sumas elevadas. Por el mismo precio, y aun cuando pudiera haber incluso diferencias menores en el nivel de inteligencia a secas —si es que esto existe—, la empresa elige una inversión que no fue suya, que nada va a costarle.

Con su argumento Mateo y Olga no quieren restar valor a los chicos y chicas de las élites. Algunos se esfuerzan. Pero no aceptan que nadie diga que se esforzaron igual o más que muchos otros que carecieron de apoyos y tuvieron dificultades. Además, Olga y Mateo se unen a todas aquellas corrientes que niegan la mayor. Los trabajos más duros, más sucios, más repetitivos deben, piensan, distribuirse de forma equitativa y no en función de ninguna lotería biográfica. En cuanto al talento, prefieren considerar que es masivo. Lo es cuando los individuos tienen algo que hacer y una razón para ensayar y mejorar.

Tú, Google, tiendes a preguntar las cosas que ya sabes. Es demasiado fácil contestar a la pregunta acerca de lo que se puede hacer con alguien cuando cumple los requisitos, cuando posee premios y cursos y las cualidades esperadas. Es el mundo conocido: celebridades, músicos, empresarios, deportistas, las cien mayores fortunas, los diez mejores solteros, los vídeos más vistos, las cuentas más seguidas, alfombras rojas, notoriedad y luego, bajando en la escala, sueldos decentes, trabajos interesantes, viajes y recompensas. Seleccionar significa dejar fuera. Tú, Google, sabes muy

bien qué hacer con el personal que seleccionas. Es el tipo de pregunta de la que ya conoces la respuesta. Lo que no pareces saber es qué harás con todas las personas que dejas fuera.

Tras seguir a Olga durante diez minutos, Mateo apresura el paso y la llama. Como aún no conoce su nombre sólo dice:

—¡Perdón! Los libros...

Olga se da la vuelta.

—¡Hola! ¿Ya no los quieres?

—No, no es eso. —Se coloca a su lado—. Pensaba que a lo mejor podíamos hablar, un poco.

—¿Ahora?

—Bueno...

—Dime.

—¿Usted sabe algo de inteligencia artificial?

—No es mi campo, pero algo sé.

—Los libros son muy buenos. En clase nos habían hablado de ellos...

—... pero en la biblioteca no los tienen y tampoco se pueden descargar.

—No. Yo pedí que los encargaran. Un préstamo bibliotecario. Aún no han llegado. Cuando están fuera tardan más.

—¿Lees bien inglés?

—Más o menos. Lo hablo mal. Nunca he salido de aquí. Leer sí, sobre todo si es de un tema que conozco.

—Vivo ahí —dice Olga señalando un portal próximo

—. ¿Quieres subir?

Olga teme que Mateo responda: No quiero molestar, o Ya es tarde. Sin embargo, Mateo asiente. Todavía no conoce la profesión de Olga. Imagina que encontrará el piso de una jubilada aficionada a la ciencia, tal vez una antigua profesora de tecnología en un instituto de secundaria. Charlarán un rato, acaso ella le invite a cenar en familia y entonces él, con educación, dirá que debe irse. No habrá lechuga pero estaría bien. Siempre es una suerte, piensa, saber que cuentas con una casa en alguna parte. Pero en aquella casa no hay una familia. Lo que menos imaginan Olga y Mateo es que de las ramas tronchadas de sus vidas puedan brotar nuevas regiones en el espacio-tiempo.

El bloque de Olga es un poco mejor que el de Mateo. Portal algo mayor, ascensor habitable; por lo demás, el fruto de alguna promoción de viviendas baratas de los años setenta. Olga mete la llave en una cerradura normal, no una de esas con varios candados propias del barrio: gentes que apenas tienen nada para que les roben pero que intentan protegerse porque ese apenas despojaría sus vidas aún más. La vida de Olga está ya un tanto despojada. Por otro lado, tiene sobre todo libros, y eso no es algo que nadie quiera robar. Hay estanterías en todas partes, en el pasillo, la cocina, en el pequeño salón comedor y en una habitación con una mesa de trabajo y dos ordenadores.

Olga invita a Mateo a sentarse en una de las butacas y

desprenderse de su cazadora. Cuelga su chaqueta gris junto a la cazadora de Mateo, por un segundo repara en la promiscuidad de las prendas. La bolsa naranja queda al lado de la mochila de Mateo, encima de la mesa. Olga se sienta en la otra butaca. Piensa en contarle que le ha observado otros días y le ha ofrecido los libros porque cree percibir que ambos tienen algo en común. Pero, a su manera, sigue siendo tímida.

—Entonces, dime.

Mateo se lanza. No tiene nada que perder por revelar sus fantasías a una mujer mayor desconocida.

—Bueno, aunque sé —dice— que no suele pasar, a veces dicen que sí pasa y, la verdad: he pensado que esto era como una prueba. Que a lo mejor me habías observado otros días y habías descubierto en mí algo que, desde luego, yo no he descubierto. Que me prestabas los libros por eso. Que tenías algo pensado para mí.

—Sí te he observado. Me llamó la atención lo que leías... pero tener pensado, no, no. Me gustaría decirte que sí —dice Olga.

—Claro, no importa. Tenía que intentarlo. Nunca me han seleccionado para nada. Y no me quejo. Sé que somos mayoría.

—Nadie quiere quejarse, incluso la protesta parece transmitir debilidad —dice Olga, y echa la cabeza hacia atrás y entrecierra los ojos con una media sonrisa en el clásico gesto del fumador cuando va soltando el humo, aunque hace tiempo ya que no fuma—. Pero quizá no

tengan razón. En todo caso, te diré que detesto las selecciones. Son descartes, necesitan del que cae. Prefiero las cartas que van al centro, los jugadores que no son elegidos. No habría concursos si sólo se tratara de hacer las cosas bien. Los concursos tratan de que unas personas las hagan peor que otras.

—Eso es, lo he pensado un montón de veces —dice Mateo.

En el reloj de pulsera de Olga suena un aviso. Ella mira la hora, ha quedado para hacer un Skype.

—Lo siento, van a llamarme. ¿Te parece si seguimos hablando mañana?

—Sí, claro. —Mateo se sonroja—. Mañana seguimos. ¿Vengo aquí a esta hora, o un poco antes? ¿O prefieres que hablemos en otro sitio?

—Mañana te veo en la biblioteca a la misma hora que hoy, y decidimos.

Mateo asiente y se despide con prisa, sin acertar a ponerse la cazadora, colgándose la mochila de un solo hombro. Olga lamenta haberle apremiado, le acompaña a la puerta. Allí le dice un «Hasta mañana» cálido, en el que Mateo no puede atisbar sombra de ironía.

El rubor de Mateo ha afectado a Olga. A su edad ruborizarse es raro, y eso le permite observar con interés y afecto a quien lo experimenta. Al oír Mateo que ella tenía otra cosa que hacer, habrá pensado que estaba echándolo. Ya ha sido bastante osado por su parte abordarla en la calle. Sin embargo ella, con su propuesta de aplazar la

conversación, no ha querido hacerle sentir incómodo.

Tú, Google, no parece que nunca hayas considerado estas cuestiones. Eres tan arrogante. Vas conquistando parcelas de la realidad de los demás como si te pertenecieran, y es probable que estés sinceramente convencido de que te pertenecen. Por eso Olga y Mateo no se ocupan demasiado de la sinceridad, ni de los buenos propósitos. Tampoco de los malos. En la época en que viven y en su entorno suele suceder que quienes se cansan y desdeñan los buenos sentimientos, a veces no sin motivo, terminan sin embargo adorando su propia vanidad y su estulticia. Medir lo que un objeto simple quiere hacer en un momento significa conocer la diferencia que, con su acción, quiere reducir. Pero cuando se trata de objetos y seres complejos, es más útil sustituir eso que alguien cree que quería hacer en un momento concreto por la trayectoria a medio o largo plazo.

Al salir de casa de Olga, Mateo no vuelve a la suya; va otra vez a la biblioteca. Su casa no es un lugar demasiado cómodo. El tamaño, escaso, los gritos o discusiones, pero no es eso. Hay algo en su casa que crepita sin que te des cuenta. Dicen que sería fácil llamarlo tristeza. Para eso, Google, estarías preparado y podrías ofrecer unas cuantas recomendaciones: «Cinco cosas que debes [o no debes, ambos tipos de consejos te gustan] hacer si quieres que en tu casa haya buen rollo». No es tristeza, aunque a veces sople a rachas.

Por ahora en la red hay un superávit de imágenes de

felicidad mostrada. Tanta armonía. Seguro que es real, a ratos. Mateo y Olga prevén un futuro en el que cada vez haya más páginas como esa que se titula Humor triste e inútil. En realidad esa página todavía conserva la distancia. Imagina que no hubiera humor y que tampoco la disonancia viniera de unos cuantos trolls agresivos y discutidores; imagina que toda la angustia que no se cuenta, los gritos que se esconden, las noches de las personas enfermas y de las pobres y de las ganadas por el desaliento, empiezan a desembocar en las redes sociales y en ti. Los arrinconados, las que ni siquiera son perdedoras, los hombres que descongelan una pizza por la noche y no hay partido ni cerveza ni camaradería, las mujeres que no saben dormir, los trabajos: cientos de miles de fotografías de almacenes gigantes, váteres sucios, taquillas de metro, trayectos repetidos, procesos de envasado, lavado, ensamblado, marketing telefónico, gestiones acometidas en oficinas cutres con una cola presionando detrás, tabiques idénticos a las ocho de la mañana y las diez y a las doce y a las cuatro de la tarde, imágenes del tiempo repetido, barrer el pelo recién cortado de los clientes, enjuagar vasos, poner y quitar vías a los enfermos, lavar los cuerpos de los ancianos. No hables de dignidad porque te equivocas si crees que esas fotografías serían indignas: serían billones. Cada día las personas en su trabajo o en su paro fotografiarían lo mismo, diez fotos, veintitrés, dos mil, una plaga, una aparición masiva y repentina sin agravantes, sin buscar el

drama.

Fotos como las de la casa de Mateo. Escenas y descripciones de un cansancio trivial pero insistente. ¿Filtrarás entonces, Google, toda esa desesperación?

Lo que crepita en casa de Mateo no es exactamente desesperación. Se parece más al peligro, al riesgo, a una suerte de precariedad de la vida. Nadie puede verse. Aunque un ser humano se haga selfies no se ve si no le miran. Mateo ha mirado la casa de Olga y le ha parecido bastante sólida. No se refiere a las cosas: la mesa, las estanterías, son normales, la madera no es mejor ni más antigua. Olga es mayor que él, es mayor incluso que su madre y que su padre, morirá tal vez antes que cualquiera de los dos, pero al entrar en casa de Olga nada le hace pensar que a lo mejor vuelve al día siguiente y todo ha desaparecido. En su casa, en cambio, un presentimiento se va metiendo dentro como algunos sonidos que no siguen una pauta, que suenan y no suenan y luego vuelven. El repicar aleatorio impide acostumbrarse y no puedes dejar de oírlo.

Busca, Google, un precepto cristiano o judío, tal vez universal: no edifiques tu casa sobre la arena porque caerán las lluvias, se precipitarán los terrenos, soplarán los vientos y sacudirán la casa: ésta se derrumbará y tu ruina será grande. ¿Puede alguien hoy en día edificar su casa sobre roca? Nadie. Ni siquiera tú, Google. Es de suponer que sabes que los bosques retienen las lluvias y cuando se convierten en un recurso económico y se talan,

las riadas llegan a cualquier lugar. En casa de Mateo los torrentes se precipitan sin que los veas. Y los vientos sacuden los muros aun cuando todo parezca estar tranquilo. A veces sí, como otras familias, forman una piña abrazándose unos a otros. Pero no es lo habitual. Tampoco se consideran particularmente malas personas. Es difícil, en general, que te dejen ir en piña por la vida. Las puertas están hechas para cruzarlas de uno en uno, así que ni siquiera es una elección. Quizá te parezca una forma rara de decir que dejas fuera a quienes disienten. Disentir de qué: ¿de las puertas? Las puertas ni siquiera las ha hecho el capitalismo. Pero Mateo y Olga contemplan lo que no se hace, las puertas diferentes que podrían existir.

Hay quien piensa que si a alguien no le parece bien el tamaño de las puertas siempre puede no cruzarlas. Olga y Mateo conocen a varias personas que no lo hicieron. La mayoría no está de pie: drogas, depresión, aislamiento, suicidio. Algunas sobrevivieron: satélites extraños y casi puros. Tuvieron que protegerse mucho. Gozaron de un entorno que supo ver su vulnerabilidad perfecta. No lo habrían conseguido solas. Y eso no les resta valor sino al contrario. Pero ¿cuántos entornos hay así? Ah, no olvidan las familias primorosas todo el tiempo, las parejas que se encuentran y es como si al juntarse tuvieran luz propia. Mateo y Olga se alegran por ellas. Aunque parezca que sólo existen en la imaginación, ellos han visto alguna. También a otras que roban la luz del entorno y por eso

brillan más cuanto más se apaga lo que hay a su alrededor. Guárdate de ellas.

Están, desde luego, los colectivos. Siempre aparecen, como hogueras, como respuestas, como archipiélagos. Rodean algo. Esto es lo más difícil de aceptar. Que en este momento de la historia tengan que rodear algo. Que no puedan, simplemente, ser. Que tengan que vivir empujados y a la contra. Hay colectivos cuyos miembros consiguen derribar los marcos y cruzar al otro lado juntos. Alivia saberlo. Es un sueño agradable pensar que algún día también a Mateo podría tocarle. Sentirse parte de algo. Como ser más fuerte y tener los brazos más largos y que los pies se sujeten mejor en el suelo. Aunque cueste encontrarlos, los colectivos aparecen, resultan admirables, y se van consumiendo, se disuelven: deben competir contra el tiempo y la energía robados a sus miembros fuera, deben crecer en la maleza, florecen, caen. Si la vida pudiera ocurrir en paralelo, pero es sucesiva y hay que seguir volviendo a casa, oyendo ese ruido. Es el peligro, un crepitar de fuego naciente: hace semanas que en casa de Mateo todo ha comenzado a arder.

4

Al día siguiente Olga entra en la biblioteca cuando Mateo ya ha llegado. Se saludan de mesa a mesa. Veinte minutos después, al ver que él no se acerca —amor propio, supone, cosa que Olga tiene ya muy diluida—, va a su mesa a buscarle.

—¿Salimos cuando termines de estudiar?

—Sí. En otros veinte minutos, ¿te va bien?

—Muy bien.

Le conmueve el candor de la respuesta. Hablar de «otros» veinte minutos deja claro que ha estado atento a su llegada, contando el tiempo.

Salen juntos. Mateo es honesto y dice que le gusta que ella tenga una casa. Admite, casi con rabia, que si Olga no hubiera sido Olga con un espacio, igual se le habrían ido quitando las ganas de volver a verla. De nuevo, los materiales. Olga ríe.

—Imagínate —dice— si además de casa hubiera tenido jardín.

Luego le habla de los famosos experimentos realizados alrededor del cerebro humano en los que se ofrece a los niños un bombón ahora o la posibilidad de obtener dos

veinte minutos más tarde; eso que llaman diferir la gratificación. Varios ensayos han mostrado que obtienen mejores resultados académicos y en otros asuntos relacionados con la inteligencia aquellas niñas y aquellos niños con capacidad de diferir la gratificación. También han comprobado que es un rasgo que perdura a lo largo de la vida. Se refieren, claro, dice Olga, a diferir la gratificación voluntariamente. Nunca consideran a quienes han crecido acostumbrándose a diferir las gratificaciones a diario. A eso no lo llaman diferir la gratificación sino soportar o sufrir o estar entre los desheredados (¿de quién?).

Mateo siente la dicha de coincidir. Y corrobora:

—Eso es, las personas que se contienen aunque nadie les haya ofrecido dos bombones por ello. Ellas sí tienen una capacidad increíble para diferir la gratificación. Las que no se levantan por la mañana con el plan de comprar una pistola en internet, ir a una tienda de móviles y llevárselos todos: porque los necesitan, porque tienen que pagar con su vida y a ellas nadie les paga. Las que no entran en un restaurante de lujo con un bate de béisbol en una funda, como si fuera un violín, y lo sacan con movimientos delicados y empiezan a romper platos, vasos, botellas y todas las fuentes.

Mateo acude a Olga, una rara gratificación acaso, cuarenta años de diferencia, una mujer desconocida. También Olga acude a Mateo. La edad podría hacer pensar que no es el apego de los cuerpos lo que buscan:

falso. El apego, las horas juntos, componer algo parecido a una música visible que produzca sentido.

Una vez en casa de Olga, hablan de su trabajo, los modelos matemáticos, formas de intentar predecir, y Mateo le pregunta cómo ha llegado a interesarse por la inteligencia artificial.

—La inteligencia artificial está ya aquí, aunque sigan buscándola. Es una constelación de máquinas y personas íntimamente conectadas. Claro que todavía hay que ordenarla, construir modelos, activar los almacenes de conocimiento y poder asumir el coste.

—Pero no me refiero a eso, me refiero a máquinas que se den cuenta de que existen, que se despierten y sepan lo que es estar despierto.

—Siempre buscamos más. En cuanto un comportamiento consigue ser reproducido por una máquina, deja de ser considerado inteligente. Pasó con la aritmética, con el ajedrez, con el reconocimiento de patrones. Ganar una partida de ajedrez a partir de un cierto nivel requería, se pensaba, gran inteligencia hasta que el ordenador Deep Blue ganó a Kasparov en 1997. ¿Por celos? Creo que sí. Aunque no digo que la consciencia no sea importante. Es necesaria para algunas funciones. Pocas.

—Pero muy importantes. Deep Blue nunca se dio cuenta de que estaba jugando, nunca preguntó por qué tenía que jugar.

—Supongo que un día las máquinas también podrán ser

conscientes. Harán cualquier cosa que hagamos las personas, porque las personas somos máquinas, ya sabes, sistemas físicos que pueden desempeñar ciertas funciones. Aunque tal vez para eso tengan que ser inestables, y sociales, y conocer la muerte. De todas formas, creo que he buscado las máquinas para entender mejor a las personas.

Olga habla con una mano sobre el regazo y la otra en alto, el codo apoyado en el brazo del sillón, la mano tendida al aire. Mateo piensa que es un gesto cálido, un gesto que le invita a continuar.

—¿Por ejemplo?

—El aprendizaje de abajo arriba. Las redes neuronales tienen que aprender de manera difícil, tropezando con cosas y cometiendo errores. Si la frase se dice en otro contexto, será leída como un consuelo. En un libro de ingeniería, sin embargo, quien la escribe no pretende consolar, se la toma en serio porque además conoce los límites de la pretensión de programar robots de arriba abajo. Por esa vía se consiguen máquinas que sepan hacer bien dos o tres cosas. Esto es útil para muchas tareas, pero no para quien buscaba algo parecido al aprendizaje. En ese caso hay que programar la máquina también de abajo arriba, dejar que ella integre los errores y los datos, el conocimiento.

Mateo vuelve a preguntar:

—¿No te da miedo?

—¿El qué?

—Mirar a las personas como robots. Mirarte a ti como un robot. ¿No causa soledad?

—No —dice Olga.

—Pero nadie querría ser un robot, un ser automatizado, sin pasiones ni excepciones, sin la risa ni el absurdo.

—Todo eso es mala ciencia ficción. El yo puede ser una pequeña luz única, un lugar tembloroso desde el que dar sentido a todo lo demás, pero en él también habitan los mayores automatismos. Dos cosas, escribió alguien, nos constan a los seres humanos desde dentro: que somos todos distintos y que somos todos iguales. No puedes recordar una sin la otra. Es decir, puedes, pero la ecuación no sale. Cuando el yo olvida la segunda parte, que suele ser a menudo, se robotiza. Cuando el robot es consciente de ambas, deja de ser ese mecanismo obcecado que aparece en algunas películas.

Mateo no dice nada. Él también ha practicado esa mirada, y se ha preguntado si no habría que cambiar las palabras: yo y mundo, ¿cómo pueden separarse?, ¿por qué pensar que el valor de una persona, lo que la distingue de una máquina está dentro y no en ese espacio continuo del dentro y el fuera, de sus funciones y sus relaciones? Suele interrumpirse a mitad del razonamiento. En lugar del yo se ha acostumbrado a hablar de los materiales, sus manos, los alimentos consumidos, el desgaste en su caso concreto y en su vida concreta. Odia y ama los materiales. Es todo lo que tiene. A veces quiere que sean sagrados.

—¿Y a ti? —pregunta Olga—. ¿Por qué te interesan?

—Porque no creo en el mérito, no creo que nadie deba enorgullecerse de lo que es, vendértelo, ya sabes, hacer de ello un privilegio. —Mateo está nervioso y cómodo a la vez. Se agarra con cada mano al brazo del sillón como si éste pudiera moverse, y siente que no le importaría tanto si se moviera, si le llevara lejos, junto a Olga, en una tregua de su propia vida—. Lo que pasa es que me angustia pensar que sólo somos máquinas, húmedas y a ratos tiernas, si quieres, pero máquinas. Quiero que podamos salir de aquí, necesito que tengamos una escapatoria.

—Somos materia en el tiempo.

—Dicho así casi da tranquilidad. Siempre que leo sobre los robots veo que se habla de ellos como si fueran eternos. Pero si un día son conscientes, vivirán en el tiempo. Y me da por pensar si entonces podrán querer dos cosas contradictorias, una detrás de otra o las dos a la vez.

Ahí están, mantienen, como se dice, una conversación. Podrían haberse puesto a hablar de baloncesto o de revoluciones, de un tobillo que duele, de una mujer asesinada en Honduras, de regaliz, de tuberías. El mundo, Google, está todavía lleno de conversaciones que no ves. La historia se hace, dicen, con empujes lentos donde lo personal es invisible. Mateo y Olga saben que no hay en su aventura más drama ni más cielo que en cualquier otra unión de seres humanos. Google, procedes de un imperio, tu poder no es sólo tuyo. Procuras predecir, y aunque no careces de datos, algunos sí te faltan. Enredas en los

viejos problemas de la historia, en relatos y filosofías de otros siglos, vas buscando comprender qué mueve a las criaturas, cómo se llega al día en el que, dentro de su cabeza, empiezan a ejecutar una simulación de la acción que llevarán a cabo y de sus efectos antes de ejecutar la acción, evaluando sus propósitos, planes y objetivos. Así, tal vez, comparece la conciencia y, lo sabes, para ejecutar esa simulación necesitan un modelo de mundo y dentro de ese modelo un modelo de sí mismos. ¿Cuáles son los pasos, qué parte del yo se marcha en cada transformación? ¿En qué consiste imaginarse e imaginar al yo que te relevaría si te atuvieras a unos u otros valores? Mateo y Olga podrían tener otros nombres, podrían estar en una selva asediados por el ruido, los insectos, la humedad, podrían estar en un país nórdico, trabajando en un centro de investigación excelente dedicado a explorar el futuro, podrían estar limpiando y barriendo tus edificios. Son insignificantes y magníficos, no tan insignificantes como los muertos en vida, ni tan magníficos como esos muertos en vida cuando se levantan.

—¿Tú crees en el mérito, en lo merecido y lo inmerecido? —le pregunta Mateo a Olga.

—No, no creo —dice Olga—. Y a ti, ¿te gustaría creer?

—Sí, a veces; pensar que me he ganado cosas, que todo consiste en dirigir bien tus fuerzas.

Olga está a punto de contestar que Mateo le parece demasiado joven para no creer. También piensa en

preguntarle qué le ha pasado, pero calla, casi nunca hay una sola explicación.

Mateo sonríe. Había preparado todo un arsenal de argumentos con sus dudas y ahora puede soltarlos sin la presión de tener que convencer. Habla del fútbol, esa narración incesante cuyo objetivo principal consiste, piensa, en dar carta de naturaleza a la palabra «merecer». Nadie lo diría, claro, cada crónica de un partido trata de ganar, de quién gana, pero uno de los ataques más eficientes, dice, es el que está contenido en un movimiento de defensa. Defender a alguien en un artículo, por ejemplo, y en ese artículo de defensa colocar un ataque, es la mayoría de las veces más efectivo que atacar de frente. Cuando el fútbol no deja de hablar de ganar, de pronto se cuelan palabras como ser el mejor, y en seguida, merecer ganar. Pero ¿qué es merecer? ¿Y si merecer es como resucitar? ¿Y si, simplemente, es un significado sin una acción que lo respalde?

Olga asiente en silencio. Entonces Mateo rememora la historia de Nick y de su solicitud fallida cuando quiso que le admitieran en un programa de la Universidad de la Singularidad de Google para a lo mejor así llegar un día a trabajar en la empresa.

—Esos proyectos de la Universidad de la Singularidad son como cursos de verano —dice Olga—. Podríamos dirigirnos directamente a Google. Yo te ayudaría. Aunque, claro, será una solicitud poco ortodoxa.

Describe algo a lo que no da nombre, algo que

transmita sus proyectos y temores, sus regularidades y sus diferencias.

—Lo mío son los modelos —dice por fin—. Hagamos nuestro propio modelo mediante palabras. Un modelo utiliza el lenguaje matemático para describir y acaso predecir el comportamiento de un sistema. Es un relato acerca del comportamiento de cierto trozo del mundo en cierto espacio de tiempo. Cuando los modelos transportan el conocimiento, se integran en la fábrica social de ideas y emociones: eso es lo que tú quieres, ¿no? Entrar en los sueños de Google.

—Ojalá pudiera —dice Mateo—. El otro día soñé con los candidatos a las elecciones de Estados Unidos, ¿por qué tengo que soñar con ellos? También, alguna vez, he soñado con un vídeo de Michael Jackson que hace años veía sin parar. Eso quizá tenga más lógica, al fin y al cabo Michael Jackson ensayaba hora tras hora para lograr que otros soñaran con él. Pero tú y yo, Olga...

—No lo digas —dice, y suelta una carcajada—. No somos Michael Jackson, pero no hay un solo camino para entrar en los sueños de los demás.

Después vuelven a hablar de ti. Olga dice que podrían enviar algo que no sea aquello que tú pides sino lo que ellos necesitan. Como si dijeran: Escucha, Google, si quisieras trabajar con nosotros, si quisieras trabajar para nosotros, tendrías que saber algunas cosas.

Mateo asiente aunque no acaba de entender. En realidad, la idea de ir a la Universidad de la Singularidad

fue sobre todo una fantasía. No tiene ninguna de las cosas que allí valoran, no ha liderado proyectos, no ha montado empresas, su inglés es chapucero, no tiene másters ni cualificaciones especiales. No las tiene para ser seleccionado para un curso de verano y menos aún las tendría para un trabajo real. Tampoco entiende el plural de Olga: ¿enviar una solicitud a medias? Sin embargo intuye que si hubiera alguna posibilidad de que Google le escuchara, les escuchara, no sería acumulando esos méritos en los que no cree y a los que difícilmente podrá acceder. Y se deja llevar por las bromas de Olga, que le está preguntando a qué olerán las oficinas de Google y si será cierto que en los baños hay indicadores del nivel de metano para avisar a quienes se disponen a entrar del olor con que aún pudieran encontrarse.

Después Olga hace sonar en el portátil una de sus listas, una mezcla de música clásica y grupos y voces actuales que va encontrando porque otros los mencionan. A través del sonido espera hacer surgir un cuadrado de césped imaginario y un par de imaginarios árboles pequeños. Así lo entiende Mateo. No aspiran a mansiones, pero a ratos sí a un cuadrado de tierra, uno de esos fabricados en serie junto a las puertas traseras de las casas. La gente exquisita se burla del adosado, sin embargo a ellos les parece sensato: rocío en las noches frías y despejadas, sillas modestas con mesa bajo el cielo, un laurel.

Se quedan un rato escuchando, convierten el tiempo en espacio, el sonido en un lugar sin techo y con tierra y, en

la tierra, la sombra del laurel. Y acuerdan escribir a medias este texto. Algunas partes ella, otras él, revisadas por ambos. Una modelizadora, una analista más hábil para comprender el mundo que su propio negocio, que ronda la jubilación y vive en el extrarradio, y un chaval también de la periferia que va sacando la carrera sin llamar la atención, aliándose ambos para lograr que Google les tome en serio como interlocutores. Pensar en serio, advierten, no es lo contrario de pensar en broma. Es incluir el pensamiento en un proceso del cual pueda seguirse una consecuencia. Vuelven entonces sobre la intuición de Mateo y la convicción de Olga de que el verbo «merecer» podría no tener sentido.

El gran tinglado se empecina: con los deportes, con las dietas, con la salud y los parados. Mencionan el titular reciente de un periódico, decía más o menos «No hables a los parados de meritocracia», lo que podría ser como decir: No les hables a los parados de Superman, pero, para ellos, es mucho peor. Las personas desempleadas y algunas empleadas son conscientes de que Superman no está aquí; por eso mismo hay quien se permite fantasear con él: ya que es imaginario, lo sueña, ya que es ficticio, vuela con él o ella, desde lo alto le muestra las luces de la ciudad. El estudio, en cambio, ha producido la siguiente conclusión: el paro hace que se rompa algo; eso que se rompe provoca en la persona parada una incapacidad para comprender tanto el valor del mérito como la retribución según el mérito. Los autores del estudio dicen que las

personas en paro se han vuelto incapaces de comprender algo que es real. Olga y Mateo le dan la vuelta: no se les estropea la capacidad de comprensión: más bien se les enmienda. Como una operación o unas gafas, el paro corrige la visión borrosa de los parados. Esa silueta que de lejos tenía forma de meritocracia, ahora es simplemente una mancha en la pared, Superman no va a venir y soñar cansa.

Mateo y Olga reconocen cualidades como la perseverancia y el talento. Hay personas que ponen todo su empeño y logran cosas. La perseverancia es real, a su pausado ritmo la tortuga avanza. El talento crea su ondulación, esa perturbación que se propaga y a veces es perceptible como lluvia en la tierra. Aunque una cosa es ser, dicen, y otra pertenecer. Olga no cree que esas cualidades pertenezcan a nadie. Más bien se encuentran y se usan, lo cual está bien. Si se le dice a una persona que lo conseguido no es del todo suyo, tal vez le aflija. Pero sólo podría demostrarse que la cualidad le pertenece si se demostrara que cualquier otra persona, habiendo trabajado lo mismo, con iguales unidades de constancia o de talento en una vida diversa, habría obtenido un resultado semejante. Demostrarlo es imposible y ni siquiera tiene demasiado interés. Por otro lado, cualquiera de esas cualidades es distinta del mérito. Porque el mérito lo juzgan los demás mientras que la perseverancia, como el talento, mal que bien puede cotejarse. El mérito, en cambio, es una pantalla vacía, el pretexto de alguien que

posee un interés en imponer sus clasificaciones.

Cuando Mateo vuelve a casa todos se han acostado ya. En la litera de abajo, el hermano de Mateo duerme con los codos extendidos y las manos bajo la nuca, como tendido bajo un árbol. Cuando era más pequeño, le gustaba dormir arriba, pero el año anterior, al cumplir los trece, pidió a Mateo que le cambiase. A Mateo no le importó, aunque a veces le parece que el techo se arrima. Entonces procura pensar en los posibles planetas habitados, acaso uno o ninguno por galaxia, todos situados a una distancia infranqueable. La vida podría haberse desarrollado en ellos de un modo no tan diferente. En la Tierra, numerosos organismos tienen ojos y boca y acaso los tengan esos seres a quienes jamás conocerá. Quizá también hagan algo parecido a casas para protegerse de las inclemencias. Y si algunas de esas casas son pequeñas, se les habrá ocurrido inventar las literas. Allá lejos, a una distancia de años luz que el pensamiento no logra abarcar, que habrá de recorrerse sorteando billones de kilómetros de espacio y cilindros de vacío, tal vez un ser duerma con el cuerpo tendido junto a un techo, como él. ¿Por qué no piensa Mateo que eso estaría ocurriendo en Mataró o en Pinto o en un pueblo de Huelva? A veces lo piensa.

5

Mateo y Olga se ven casi cada día. No pasa mucho tiempo antes de que Mateo pregunte a Olga si ella puede contemplar. La pregunta tiene su lado cómico, y Olga no puede evitar echarse a reír otra vez. En un sentido filosófico, quiere explicar Mateo, el de la vida teórica, del «pensar del pensar»: no sólo mirar las cosas sino sus sistemas de combinaciones. Nadie en su casa, dice, puede. En segundo de bachillerato, y aunque él hubiera elegido ciencias, aún consideraba la idea de estudiar filosofía. Si al final optó por una ingeniería fue, precisamente, debido a unas palabras de su profesor. Les contó que para Aristóteles la filosofía, la contemplación en última instancia, requería unas condiciones de posibilidad: si estabas necesitado era muy difícil que pudieras ser virtuoso y pudieras, por tanto, llegar a contemplar. No parecía el argumento más democrático del mundo, pero Mateo pensó que al menos no era hipócrita. Mejor no engañarse, él no tenía condiciones de posibilidad para contemplar.

—Cuando vine aquí —sigue diciendo— deduje que tú sí las tenías: con tus años y tu trabajo es posible que seas

dueña de la casa y que vayas a cobrar una pensión. Tal vez incluso una pensión razonable. Estuve buscando otras formas de preguntártelo: ¿tú vives más o menos tranquila? ¿Pasas, como decía mi abuela, necesidades? O, en concreto: ¿cuánto dinero tienes?, ¿hay personas que dependan de ti?, ¿tienes propiedades, deudas? Luego pensé que era mejor preguntártelo directamente. —Y repite de nuevo—: ¿Puedes contemplar?

Olga ve pasar una mezcla de imágenes, papeles revueltos por un ventilador en los que por segundos distingue lo que Mateo es, lo que no puede ser, lo que ella misma ha sido y lo que ya no sería, la ignorancia del mundo, la coincidencia inesperada de sus dos cuerpos en el espacio y el tiempo, la ventura de que su sentencia de muerte se haya prorrogado permitiéndolo, y el candor de Mateo y el arrebató con que le pregunta, con que se ha acercado a ella. Cuando se serena —no ha sido nada aparatoso, apenas un estremecimiento en la piel de los brazos que Mateo no ha visto— le dice que incluso a su edad los días transcurren a menudo en medio de la agitación.

Mateo asiente con rapidez.

—Claro, claro. No es que yo no sepa que hay otras necesidades además de las económicas. La salud, la situación de las personas queridas, hay un montón de razones para pasarse la noche en vela.

—Sé que lo sabes. Tu pregunta es perfecta. Si al principio me he reído ha sido justo por eso, porque es

perfecta, porque no te ha importado decir lo que nadie dice. Contemplar es tiempo libre, quien contempla no tiene que trabajar, y suele ser porque trabajan otros. Y la respuesta es sí: a veces puedo contemplar porque ha habido, y todavía hay, otros y otras que trabajan para mí. No sólo en mis empresas, aunque también.

Cambian de registro, hablan un rato a la deriva, sin peso. Hablan del sistema inmunitario, de lo extraño que es llevar un ejército dentro, de que también los animales lo llevan pero no pueden imaginarlo. En cambio, de noche, un dolor nuevo en el oído o en el pecho, o una mala noticia relativa a alguien cercano les alarma y ahí está su cuerpo peleando por dentro, su ejército contra otro que ha penetrado alguna vez con virus y bacterias o con una imagen, una idea. La visión de un gesto de dolor en una persona querida puede hacer que su ejército tiemble o se subleve y la noche se detenga. Y, como a veces sucede, en ese momento son el uno para la otra y viceversa, se funden sus noches de inquietud, hay continuidad entre sus insomnios.

Pasan luego a un asunto que llevaba tiempo preocupando a Mateo. Es ese tipo de argumento según el cual las personas jóvenes se equivocan al creer que sus problemas son sociales y que en otro tipo de sociedad no los tendrían. Un autor alegaba que lo que la juventud definía peyorativamente como conformismo debería ser considerado madurar: «la madurez —decía— de los hombres libres».

Estas comillas te permiten encontrar el texto del que habla Mateo. Llama la atención, pues pertenece a un post sobre la yihad. Conscientes, Google, de que podrías buscarlo, Mateo y Olga te invitan a quitarle importancia. El tema de la yihad no es relevante para la idea que preocupa a Mateo. En cambio, concentra su atención en esta frase: «aceptar que el mundo no está obligado a satisfacer nuestras frustraciones». Eso es, al parecer, la madurez para quien lo escribe y para quien aprueba el argumento. Mateo lo rechaza y teme que Olga, por su edad, por sus ideas, pudiera querer dar alas a la resignación.

—Según ese texto, quienes buscamos las causas sociales de nuestros problemas sólo estamos poniendo excusas, pero yo pregunto —dice Mateo— por la supuesta raya que hay entre nosotros y el mundo. No la veo. Estamos mezclados con el mundo, y no lo digo para quitarme responsabilidad. Al revés: si el mundo no es una cosa separada que está ahí, entonces cómo seamos también repercutirá en cómo sea el mundo. Igual ni siquiera se debería usar la palabra «repercutir» sino que, directamente, el mundo será como seamos. Pero también las personas seremos como sea el mundo. ¿Cómo puede pensar quien ha escrito ese post, y quienes compartan sus razones, que no hay ninguna relación?

Desde las butacas verdes ven el sofá, gastado y cubierto con una tela de un morado muy intenso, desteñido por zonas, con dibujos de soles hechos con trazo negro.

Argumentos como los usados por el autor de ese post sobre los jóvenes inmaduros que entran en la yihad suelen resultar convincentes porque todo lo que sea pensar que cada persona solamente tiene que cambiarse a sí misma da calma. Si fuera cierto, devolvería el control sobre una situación que está bastante, pero bastante, descontrolada. Así habla Mateo y Olga le pregunta con cautela:

—Pero ¿puedes vivir pensando que no hay margen de acción, que casi nada depende de ti?

—No, no. Creo que sí hay margen. Lo que no acepto es que se piense que para todo el mundo es igual de fácil. No todo es cuestión de fuerza de voluntad.

Olga asiente y le cuenta que, incluso a su edad, considera posible corregir una pequeña parte de los propios defectos. Mínima, insiste, pero nunca irrelevante.

Después Olga se queda callada. Confía en que el silencio no cree tensión sino, al contrario, que introducirlo con naturalidad le muestre que están en confianza.

—De todas formas, es complicado —dice al poco.

—¿El qué? —pregunta Mateo.

—Dices que no crees en el mérito. Tal vez en realidad no tengamos tanto margen de actuación.

—Aunque fuera una gota de agua, contaría —dice Mateo.

Se ha hecho de noche. Olga se levanta para encender la luz, al volver dice:

—Todos esos textos que creen que basta con el sacrificio individual y la competencia, deforman la

función de utilidad del yo. No es lo mismo medir la satisfacción obtenida por quien consume cierta cantidad de bienes, que medir el sentido de una vida. Para la mayoría de las personas su función de utilidad rompe los límites, algunas hacen cosas como ocuparse de los árboles, otras procuran dejar los lugares que pisan mejor, o al menos no peor, que como los encontraron. Tienes razón, Mateo: no es fácil decir dónde empieza y dónde termina un ser.

—Pero tú has madurado... ¿Qué has hecho con las frustraciones?

Olga se echa a reír.

—No las guardes —dice—. Son imanes poderosos, olvidas que están en un cajón y cualquier día te estropean el móvil o desactivan tu tarjeta de crédito. Mejor tratar de convertirlas en otra cosa. Y reconocer que algunas son bastante estúpidas.

—Sí, eso también —dice Mateo.

Bajan luego a un bar del barrio, una cafetería-cervecería adonde habrán de volver muchas veces. Comparten una ensalada de pepino, queso feta y aceitunas negras, y un bocadillo de lomo. Ya de vuelta, Mateo le dice que siente orgullo.

—Por haber estado contigo.

A cualquier edad, supone Olga, ni siquiera lo recuerda bien, el cinismo es una tentación. Pero, desde luego, a la suya, ya no es algo que deba ser convocado, ni siquiera exige esfuerzo: está ahí, uno de esos gatos a los que basta

con mirar para que salten a tu regazo. Y sin embargo, de algún modo ya no lo necesita. En cuanto a la falsa modestia, a su edad ha dejado de cumplir una función. ¿Orgullosa de estar con ella? Al pensarlo experimenta un equilibrio que no le pertenece, un equilibrio huésped, piensa. El deseo físico sigue su curso y el curso del suyo no pasa por Mateo. Hay, sin embargo, un deseo diferente que acerca a la juventud. Porque los cambios son mayores. Aunque a la edad de Olga aún haya cambios, la plasticidad disminuye, si bien también lo hace la presión. El destino le ha deparado la fortuna de estar con alguien que tantea, que aprende a ser.

—El orgullo es mío —dice.

Se despiden a medio camino entre sus dos casas. Mateo propone volver para acompañar a Olga; ella rehúsa, le gusta la noche.

Mateo pasa por delante de un cubículo donde venden trozos de pizza y perritos calientes. Conoce a la dependienta. No sabe su nombre ni se saludan, pero sí se miran. La chica parece un pez solitario, con los ojos saltones, el pelo de un rubio sucio y bonito, las mejillas apagadas por la luz fluorescente y quizá por tanto olor a queso de plástico pegado a la piel. Suele llevar un delantal de color azul que parece gris o viceversa; ese color en una camiseta o en un pañuelo quedaría bien; en un delantal, piensa Mateo, no. A veces él se queda cerca, como mirando el móvil o buscando algo en un bolsillo, y observa a la chica cuando atiende. Tiene una expresión

amable pero sus ojos de pez la persiguen y da la sensación de que lo hace todo demasiado despacio, o quizá, simplemente, no es una persona vivaz. Aunque ¿se puede ser vivaz estando en un mostrador de pizza tantas horas? A lo mejor algunas personas lo son. Mateo cree que a él también se le pondrían los ojos de pez y empezaría a vivir en un universo ralentizado.

Mateo no entiende a quienes afirman que el padecimiento cobra sentido cuando se supera con las propias fuerzas, con la voluntad y con la mente. Que se lo digan a la chica de la pizzería. ¿Cuál es el sentido de padecer sus doce horas vendiendo trozos de pizza en vez de estar haciendo algo que le importe? Puedes sobrellevarlo con la voluntad, la mente y los movimientos lentos, pero al final el supuesto sentido se resuelve en que, a cambio de sus doce horas diarias de reducirse a la nada le paguen cada mes lo mismo que cobra por quince minutos de trabajo semanal algún privilegiado. Si no hay justificación alguna cuando se trata del dolor de la injusticia, tampoco tendría que haberla con el dolor del azar. No es el dolor ni el padecimiento lo que debe cobrar sentido. Es, en todo caso, la vida que hay detrás cuando ese padecimiento no puede ser evitado, cuando se presenta como un fruto del error inevitable o del desgaste. Se atribuye al dolor la función de evitar el peligro: si esto quema no lo toco; si me he roto una pierna, no sigo corriendo. Tiene sentido cuando puedes sortear ese peligro, cuando puedes mitigarlo o escapar. Pero la chica

dependienta de ojos de pez no parece que pueda sortear, al menos de momento, estar ahí, ni que pueda escaparse. Cuando Mateo mira a la chica haciendo como que mira su móvil, piensa en toda esa monotonía, ese cansancio, ese no estar en otra parte y no tener ni un sombrero ni un caballo ni una nube, ese abrir el puesto antes de que sus horas de trabajo empiecen a estar remuneradas, cerrarlo, limpiar y echar las cuentas y colocar las cosas cuando ya su jornada supuestamente ha terminado, el insecticida, el servicio sin espacio para cerrar la puerta, el desinfectante, soportar las bromas pesadas del jefe, su presión los días en que se ha vendido poco; esas mañanas cuando, pese a no haber dormido apenas pues algo le ha sentado mal y aún tiene el estómago revuelto, debe sin embargo volver al mismo olor, reprimir la náusea si no quiere perder el trabajo; y el miedo, y el desconsuelo de saber que siente miedo de que puedan echarla de un sitio así. Mateo se pregunta si eso que es padecimiento o dolor podría ser también una especie de entrenamiento. Entrenarse para evitar que vuelva a suceder. Entrenarse como si cada día al salir de casa la chica o él se toparan de frente con la pintada que conocen aun sin haberla visto nunca: «No tienes la menor oportunidad, pero aprovéchala».

6

Cada tarde, excepto algún sábado y domingo, Mateo pasa dos horas estudiando en la biblioteca y el resto con Olga. Distribuyen el tiempo entre su casa y el bar. Mateo le dice que no debe invitarle a cenar todas las noches. Con precaución, como temiendo que pueda parecer un intento de ocupar su casa más horas, le propone traer algo y prepararlo en su cocina. Ella responde con franqueza:

—Sé que para ti mi casa es una ruptura, un cambio de ambiente, una pequeña escapatoria. Me encanta que vengas. Pero el pasado se nos acumula a todos. Bajar al bar es mi ruptura. Allí estoy en un mundo intermedio, me gusta la gente que lo frecuenta y que vayamos. No me cuesta invitarte, no es generosidad, antes bajaba sola y estoy mucho mejor contigo.

Al llegar a este punto, quizá repares, Google, en que por el momento, aunque hayan dado algún dato suelto, Olga y Mateo están escondiendo sus cuerpos. Si en la solicitud se presentara el cuerpo de Mateo, si se pudiera confirmar que pese a ser anodino o no llamativo posee la belleza radiante de la juventud pues, con veintidós años, tiene todavía la piel nueva y tanta sangre en los labios, es

posible que pudiera computarse como una de esas imágenes de contenido sexualizado ante las cuales el cerebro humano cambia de actitud y empieza a atender a una velocidad un veinte por ciento más alta. No se sabe quién hizo la investigación que produjo ese resultado ni para qué la hizo, aunque es fácil suponerlo. Tampoco se sabe si lo que vale para las imágenes vale también para los textos, si bien puede que haya alguna relación. El cuerpo de Olga no cuenta apenas. Su piel gastada habrá perdido el halo comercial del sexo. Aun cuando ella y su amante, si lo tiene, se deseen con desenvoltura y temblor, necesitarían añadir obsesión, violencia, locura para atraer la atención. Tal vez podría esperarse algo aún de la chica de los ojos de pez, si bien el olor a pizza, el delantal, sus días, ponen un cerco de distancia. Mateo y Olga creen que no hay más verdad en la sed de otro cuerpo que en los ojos de un padre o de una madre cuando se quita las gafas. Ni menos.

Ahora Olga le dice a Mateo:

—Las máquinas no se dan cuenta de que son máquinas. No se dan cuenta, por tanto, de que no se dan cuenta. Hay quien dice que ése es el papel que cumple el sentimiento de libertad. Dado un nivel de conciencia en el que algunas preguntas pueden aparecer, el cuerpo, el cerebro, el mecanismo entero se blindo generando una emoción, quizá una fuerza, llamada libertad. Si el miedo protege al organismo de dar el paso irreversible hacia el barranco, el sentimiento de libertad lo protege de dar el paso

irreversible hacia... ¿hacia qué? Esta pregunta debería responderla Google. No afecta a las futuras inteligencias artificiales que acaso lleguen a emerger. Nos afecta a las personas: ¿qué sucede el día en que una máquina comprende que es una máquina?, ¿qué pasa cuando un robot se da cuenta de que es un robot?

Han bajado al bar. Uno de esos locales que por fuera parecen pequeños. Pero, según se cruza la puerta, a la derecha y hacia el fondo el local se despliega. Hay unas doce mesas grandes. Cuatro sillas alrededor de cada mesa, aunque podrían ser seis. Les gusta que las mesas sean amplias, a menudo cubren la suya con papeles y libros. También aprecian la disposición: basta una mesa vacía en medio para poder disfrutar a la vez de compañía y aislamiento. No es una franquicia de diseño perfecto, moderno, luminoso. Sin ventanales, con sólo una puerta de cristal, el lugar suele estar bastante oscuro. Las mesas simulan un mármol ocre, sin brillo. Y las sillas, de rejilla de plástico, tienen el armazón negro. Tantas cadenas triunfan con su mobiliario de madera clara tapizado de colores, pero entonces llega, a veces sutilmente, un movimiento al principio menor, después se va extendiendo: son los que no quieren el bar soleado ni perfecto, son los que huyen de la luz a ratos. Siempre han existido, la perfección les cansa y, después de asomarse al ventanal, vuelven a las cuevas que invitan a la conspiración.

A Mateo le sorprende la elección de Olga. Pensaba que

preferiría lo claro: por su casa, por su forma de hablar y porque en sus ojos, ya algo viejos, seguía habiendo esa intensidad levemente exultante de las personas que buscan lo claro, la luz a raudales. ¿Qué es, se queda pensando, un raudal? Le pregunta a Olga, buscan la definición: «masa o cúmulo de cierta cosa que brota abundantemente de un sitio o se mueve». Del bar al que van brota una masa de oscuridad. Lo comparan con el logo de parvulario de Google, su pantalla de inicio, su estética de escuela infantil sigue triunfando. Le retan: Estás, Google, a punto de decir que un bar como éste se llama pobreza. Es más barato que cualquiera de las franquicias que te encantan, sus productos no tienen gancho, ni sus adornos, la ubicación en el extrarradio, en fin. Pero hay una pieza que no te cuadra. Es algo así como que los pobres no son solamente no ricos y su destino no se cifra sólo en ser menos pobres sino en que pueden desviarse hacia destinos que, lo admites, no controlas por completo.

Otra noche, en aquel bar oscuro, hablan de ti y de la muerte. Google, dicen, sólo contempla la muerte en el mercado: productos para demorarla. Entonces Olga lee esto a Mateo: «A la muerte de cada ser vivo vuelve el espíritu al mundo de los espíritus, y el cuerpo al mundo de los cuerpos. El mundo de los espíritus es un solo espíritu que como una luz se halla tras el mundo de los cuerpos y, como a través de una ventana, lo alumbra mediante cada ser que nace».

—¿Lo crees? —pregunta Mateo.

—No lo veo como algo que sea verdadero o falso, es una imagen audaz, como una teoría que puede explicar algo, pero casi nunca todo ni durante todo el tiempo.

—No explica la luz que otros te quitan, clases sociales enteras —dice Mateo.

Olga hace ese gesto suyo de fumar el aire, dobla el brazo, aspira y luego sopla despacio, con la cabeza echada hacia atrás.

—La innovación es una variante del error —dice—. No puede darse la una sin el otro. En una situación de estrés, los sistemas sociales se conducen igual que los organismos vivos. Se equivocan más porque necesitan innovar más. Y pasan cosas.

—¿Qué cosas, Olga? ¿Y cuándo? Ya no confío en aquel letrero de los ingleses: «Mantén la calma y sigue adelante». No quiero mantener la calma.

Mateo cuenta a Olga que esa tarde se ha equivocado al leer la broma de una cuenta de humor en una red social. Su lectura había sido: «He estado persiguiendo la felicidad durante un tiempo y tras mi extensa búsqueda puedo concluir que se encuentra en internet». Pero el texto en realidad decía «no se encuentra»; Mateo se ha saltado el «no» sin querer, quizá, piensa, porque lo hilarante es a menudo decir la verdad, esa que se oculta con voluntariosa presunción. Fuera todo cuesta esfuerzo, las relaciones se deshilachan y los sueños se rompen. Dentro, todo tiene recambio. Fuera, el significado de las

palabras es concreto, prosaico; decir «Puedes contar conmigo» alude a la vida diaria y por eso termina evocando cosas como caminar al lado por el sol siguiendo la raya azul o la amarilla en los pasillos del hospital. Aunque la complicidad existencial cotidiana, perdurable, real, es lo que ancla a los seres entre sí y a los seres con el mundo, sin embargo en internet, en los vídeos, en la ficción, las emociones falsas son más bellas. «Estás en mi corazón» o «Estoy aquí contigo» puede ser para siempre, una y otra vez, aquel riff de guitarra frente al mar, o estar bailando lento, junto al genio del teclado, bajo la mirada de los focos. Y tal vez llamar a esas emociones falsas sea injusto, tal vez sólo se trate de emociones intensas, inconcretas, sueños mantenidos con fuerza frente a la vida difícil.

De nuevo Olga y Mateo te interpelan, Google. Entretanto, dicen, tú estás en la puerta, tú eres la puerta de la vida fácil aunque vaporosa. Ves a las personas pasar. Algunos hombres y mujeres ancianos piensan que internet eres tú. Con arrogancia hay quien se limita a darles una clase sobre navegadores, servidores, tecnología. Pero quizá ellos sepan cosas. ¿Paranoias? No, descártalas aun cuando estén ahí. ¿Investigaciones financieras sobre hasta dónde te extiendes? Tampoco. Aunque haya que definirte como un motor de búsqueda y aunque el volumen de información y el valor en Bolsa de otras plataformas sea mayor o equivalente al tuyo, lo que el buen sentido de esas gentes advierte es que internet no es el mundo ni un

reflejo del mundo si no se atraviesa primero el espejo, y el espejo sueles ser tú. Entienden a su manera que internet no consiste en bajar a cualquier calle ni en adentrarse por el primer sendero del monte. Hay un arco, quizá con su detector de otras cosas que no son metales, con su peaje invisible.

Los viernes, en el bar que frecuentan, tiene lugar una ceremonia. El dueño del bar, la cocinera y cinco o seis clientes más o menos fijos empiezan a rascar su boleto de lotería. Nunca les toca nada importante, quizá el dinero que han gastado y que dedican a comprar el Rasca y Gana de la semana siguiente. A Mateo y a Olga les desazona estar ahí sin un boleto, ateos que exhiben su condición en medio del ritual. Un par de veces lo compraron y lo rascaron aun conociendo la casi nula probabilidad de que alguno de los presentes pudiera resultar premiado. ¿Y el resto de los habituales del bar, qué? El resto, no lo dudan, también conoce la casi nula probabilidad. Lleva años, sin embargo, destinando una parte de su sueldo, ahorros, pensión, al vano intento. Hay quien dice que hay un instante: la cartulina intacta, el filo romo del cuchillo o de la uña listo para limar la capa de pigmento plateado, décimas de segundo en las que están viajando mejor que con un ácido, son propulsados al límite de un sueño y creen —y no creen, porque es posible creer y no creer al mismo tiempo— que puede pasar algo bueno: sus cabezas brillan, se elevan sus cuerpos por encima de los tejados,

conocen el auténtico poder de transformar sus vidas, las de sus amigos, familiares, su entorno. Esa intensidad podría rebasar con mucho el precio de los cientos de boletos pagados semana a semana. Ellos y ellas prefieren no hacer la suma, pero a veces la hacen. Se preguntan si habrían podido comprar sábanas nuevas, o unas semanas menos de espera con la muela mal antes de ir al dentista, si habrían podido pagar un viaje pequeño, de descanso, para dos personas, entradas para un partido o una obra de teatro, quizá tomar un taxi después de una jornada demasiado larga, quizá invitar a sus familiares a uno de esos merenderos desde donde pueden verse la ciudad y el río.

Google se alimenta también de anuncios que venden la ceremonia. Tal vez el becario o la becaria espere ahora que Mateo y Olga carguen con el peso de mostrarles su ilusión pueril, por más que al mismo tiempo sea un instante pleno de resplandor. Pero no van a hacerlo. Porque a veces los efectos están tan lejos de las causas que cuesta comprender.

Hace mucho tiempo Olga creyó que bastaría con modificar las reglas para que no hiciera falta escapatoria alguna. Ella y su entorno, y el entorno de su entorno, cientos de miles de personas lo cambiarían todo y entonces nadie tendría que recurrir a las mentiras. Pero nunca se cambia todo, sólo una parte. Nada se concluye sino que cada final es el cabo suelto, el mientras tanto de otra historia. Esos boletos intentan suspender el mientras

tanto, dar un espacio a lo que no está ahí, a lo que está pasando entonces. Pero componen también un mientras tanto colectivo, una desesperación consciente y plateada. Olga y Mateo no pretenden convencer de nada a los habituales del bar. A menudo la razón no depende de quién la tenga sino de quién, aun teniéndola, dispone o no de los medios para mostrarla con perspectiva.

En uno de los días del Rasca y Gana conocen a Roberta. Es la cocinera del bar que a veces sale a fumar a la puerta con una gorra blanca desechable, gafas y uniforme. A Olga le gusta mirarla. Los datos que Google acumula sobre el tabaco podrían sugerir que es como verla envenenarse un poco. Olga no lo niega, pero piensa en los otros venenos de las vidas, los que ni siquiera se venden y publicitan sino que se imponen a la fuerza, humos, sustancias, angustia, y tiene la impresión de que Roberta los detiene, también un poco, al fumar. Le parece que Roberta sería capaz de parar un coche en marcha sólo mirándolo tal como mira el humo detrás de sus gafas de plástico semitransparente. Roberta tiene treinta y seis años y una tarde de viernes tira su Rasca y Gana intacto a la papelera.

—Se acabó.

Luego sale a fumar. Mateo y Olga deciden acercarse. Se quedan a su lado, hablan de tonterías; aquello es el principio de otra amistad.

Google conoce bien cómo las conexiones entre los recursos se modifican: nacen, se transforman, mueren. La

red se hace con máquinas mecánicas, máquinas biológicas y máquinas de significado, aunque las fronteras entre ellas sean difusas. Las tres clases de máquinas nacen para morir; en el camino se transforman, lo cual a veces puede ser sinónimo de reproducirse y a veces no. Google, Mateo, Olga, tú, becario o becaria, Roberta, la chica de la pizzería. Máquinas, conjuntos de piezas con movimientos combinados que usan, dirigen o regulan la acción de una fuerza para producir un trabajo. Define «piezas», Google, define «fuerza», define «trabajo». Las máquinas morimos, Google. Lo que significa que no sólo las biomáquinas, los individuos humanos, mueren, sino también tú. No es que Mateo y Olga quieran quitarte la vida, eso sería bastante estúpido. Sólo recuerda lo evidente: estás sujeto a cambios.

Mateo y Olga se han encontrado acaso no sólo porque amen los robots, sino porque, desde lugares diferentes y con intenciones diferentes, presienten que amar robots no es tan distinto de amar seres humanos. Pero también porque descreen de tus atribuciones, Google. En concreto, dicen, te has convertido en una especie de banquero. La vida carece de sentido y tú estás dispuesto a ofrecer crédito con el que los humanos puedan adquirir alguno. Mateo y Olga, dicen, no piensan pagar. Conoces, suponen, la historia que suele contarse: las personas no son responsables de su cuerpo ni de sus dones pero sí de lo que hagan con ellos. ¿Y dónde está la diferencia? Cuando alguien se enamora, le enloquece de la persona

escogida un rasgo físico, un gesto, un relato de su infancia, un rasgo de carácter que esa persona tiene a una edad y que más o menos atenuado posiblemente seguirá teniendo durante décadas. ¿Hasta dónde habría que deshojar un cuerpo y una biografía para llegar a la esencia de aquello de lo que alguien sí es responsable? «Una cosa es lo que hacen contigo y otra lo que tú haces con lo que han hecho contigo.» En teoría lo dijo Sartre, aunque Google no lo puede certificar con seguridad. Ahora se están preguntando si ese «tú» —este «yo»— no forma parte acaso de lo que han hecho contigo. ¿Se mantuvo puro y aislado como una piedra blanca? ¿Y de dónde salió la supuesta piedra blanca? Si estaba allí desde el principio, entonces no eres responsable. Si llegó después, llegó con todo: con el azar, con los recuerdos, con el impulso de quedarte en ellos o el de dejarlos atrás. Ninguno de esos dos impulsos es más «tú».

Mateo y Olga hablan de ello. A menudo Mateo duda, y discuten con pasión.

—Ya sé que soy wetware, un cuerpo blando y húmedo, con un cerebro blando y húmedo también. Hay aglomeraciones de miedos, errores, deseos, aciertos, virus, recuerdos, bacterias, sueños, teoremas, sangre, proyectos, residuos. Todos entran, salen y reaccionan dentro de mi hardware húmedo. Huesos duros con la médula blanda. Pero eso no me impide ser responsable.

Olga sonríe pensativa, y lanza preguntas al aire:

—¿No es la responsabilidad querer ser causa en unas

ocasiones y no quererlo en otras?

Ah, bailar en cambio al son de la música del universo, dejarse llevar. Un largo instante, el tiempo de no estar muertos. Tal como la temperatura ciñe los cuerpos, sentir que se ejecutan en las mentes melodías, la del instinto, la del pensamiento, la del orden y el caos. Tus programas, Google, tus códigos no serían más que el movimiento de unas vidas meciéndose en el mar del tiempo. Un beso de inconsciencia. Una breve siesta de irresponsabilidad.

—Piensa —dice Olga— en el pisotón que diste sin querer o en los platos sin lavar. Una frase viaja ya en el recuerdo de otro aunque tú preferirías no haberla dicho. Un poco de no culparse, Mateo, un poco de todo lo que no elegimos.

Mateo quiere y no quiere asentir. Los millonarios, piensa, son los que más eligen, el parado muere con todo su sudor para adentro, con su sangre rehusada, ha escrito alguien. Piensa y no quiere pensar que sus condiciones materiales son diferentes a las de Olga. Ella le mira como sabiendo que un día esa diferencia estallará. Y para que no estalle todavía, o porque les gusta trabajar juntos, escribir juntos, vuelven a la tarea.

Deben exponer por qué te hablan a ti, Google, por qué no a tus directores ejecutivos, a tu presidente, a esos empleados a los que envías para llegar a pactos vidriosos con el gobierno de Estados Unidos, o a tu departamento de recursos humanos. Ninguno de ellos son exactamente tú. Están de paso; aunque también tú puedes dejar este

mundo, ser sustituido por otro algoritmo o por otra empresa. Te escriben porque tus empleados son personas individuales que además trabajan para ti mientras que tú eres una persona jurídica, eres sólo un sujeto privado, Google. La becaria o el becario por cuyos ojos les recibes pertenece además a una o varias comunidades; aun si no lo cree así, aun si se juzga el ser más aislado, más retraído de la Tierra, no está solo. Con alguien tuvo que aprender la lengua, los gestos, algo como el sentido de vivir, el para qué continuar, el por qué no tirarse por la ventana ahora. Mateo y Olga suponen que tú no te quitarás la vida. Porque estás solo, por más que puedas llegar a creerte que eres también un sujeto colectivo. Eres un extraño sujeto privado que parece querer decidir lo que va a formar parte de la esfera de la información común y lo que no.

Tú nunca duermes, Google. En la mayoría de las historias de robots, éstos no comen y tampoco duermen pero tienen que apagarse algún tiempo para recargar sus baterías. Tú no te apagas. Mateo y Olga se apagan. Después de cerrar los ojos, cuando el sueño amaina sus pensamientos y hace descender la temperatura corporal, entonces, a veces, abrazan el mundo de las máquinas y se abandonan. Cualquiera, Google, aun los miembros desperdigados del último, si hubiera un último, ejército de liberación, en algún momento de la noche se deja llevar por un sonido de verbenas lejanas venido desde los confines del tiempo. Tú nunca conocerás esa dulzura, Google. Tú eres tu voluntad o no eres nada.

Introduce ahora en ti mismo The Alan Parsons Project, «Don't let it show». Elige luego una entrada donde aparezca la letra de ese tema del disco. También podrías oírla, pero la música acaso te distraiga de lo que cuentan las palabras: una persona ha creado un robot y se dirige a él o a ella, o a la criatura andrógina, para pedirle que oculte su condición: «Si te preguntan por mí, niégalo todo, calla aunque duela cuando digan mi nombre». Hay más interpretaciones para esa letra: unas sugieren que se trata de un adulterio, por el título, por el estribillo, «No dejes que se den cuenta». Otras, que se refiere a estados, como la anorexia o hacerse cortes en el cuerpo, en los que los seres humanos entran cuando todo parece incontrolable y, en su desesperación, suponen que al menos el hambre y el dolor sí les obedecerán, y naufragan porque es la vida la que no les obedece. No obstante, el disco al que pertenece la canción se llama *Yo robot*. Mateo y Olga estiman que se trata de una conversación entre el creador o la creadora del robot y su criatura. Esa persona ayudó a construirlo y ahora tiene que irse, tal vez la han hecho prisionera, o tal vez le ha llegado la muerte. Y le avisa: aunque pienses que no hay nada que ocultar, escóndelo, guárdalo dentro de ti, no dejes que se den cuenta.

¿Qué es lo que tiene que esconder, Google? ¿Por qué dicen que la dignidad está en los secretos? ¿Qué hay de malo en ser un robot? Te acuerdas, claro, de la pastilla roja y la pastilla azul en *Matrix*. Para la mayoría, tomarse

la pastilla roja es lo admirable: con ella el personaje se hace consciente, ve su situación, decide no seguir ejecutando órdenes ajenas aunque por ello vaya a sufrir persecución y asedio.

Pareces sorprendido. Primero Mateo y Olga toleran el Rasca y Gana, ¿se disponen acaso a defender ahora la pastilla azul? No. La pastilla azul no representa sólo la elección de vivir en un mundo aparente sino que, entretanto, mientras se sueña, alguien detrae la energía de los cuerpos. Todos esos humanos convertidos en pilas de la Matrix, ¿a quién sirven?

Pero, al mismo tiempo, Mateo y Olga quieren averiguar qué implica exactamente tomarse la pastilla roja. ¿Será seguir creyendo que existe el mérito, olvidar que la igualdad no es un punto de partida sino algo que hay que cultivar? Por otro lado, en la película alguien fabrica las pastillas para el Elegido. Sin embargo, Mateo y Olga no creen en elegidos ni en seres inmutables, ni en claves virtuales que puedan destruir la ciudad sumergida. Como el de cada ser humano, sus cuerpos no se hicieron desde arriba sino que fueron emergiendo desde lo menor. Sin pastillas de conciencia, mediante avances discontinuos, con algunos secretos compartidos y otros a la espera. Porque los olivares, las calandrias, las casas en el pueblo, los adolescentes, las veredas, se van haciendo, y en el secreto a veces no hay malicia sino firmeza y preparación.

—¿Y el dolor? —pregunta Mateo—. Si yo pudiera construir una máquina inteligente, la liberaría del dolor.

—Dicen que el dolor y el placer se parecen en que impiden concentrarse en otra cosa —dice Olga.

—Sí, ya sé, y eso es útil para sobrevivir. Pero basta con incluir sensores que indiquen si un exceso de calor o de frío pueden dañarles. Esos sensores estarían acompañados de una indicación de concentrarse en evitar ese exceso de calor o de frío. El sufrimiento estaría excluido.

—Parece lógico —dice Olga.

Se sigue debatiendo hasta qué punto esa carencia podría representar un problema para la generación de empatía. Sin embargo, ¿cómo asumir la responsabilidad de introducir sufrimiento en una criatura que podría vivir libre de él? Tiene que haber, sueñan, otros caminos.

—Desde un punto de vista práctico —dice Olga—, el dolor es un inconveniente grave cuando hay que actuar a largo plazo. A veces necesitas llevar a cabo un plan para eliminar el dolor pero, precisamente, el dolor se inmiscuye para que no lo hagas porque su exigencia es inmediata.

—No entiendo —dice Mateo— a los que insisten en que las máquinas no podrían sentir dolor porque todavía no sabemos describir bien cómo funciona a un nivel no subjetivo. Procesarían las señales, y sufrirían, estoy seguro.

—De todas formas, una cosa es hablar de una criatura ideal inexistente, y otra de qué hacer con los mecanismos que ya tenemos, que están en nuestros cuerpos sin que los hayamos diseñado a voluntad. Todas esas películas donde

un robot, un ángel o un extraterrestre elige sentir dolor para seguir siendo humano, en realidad hablan de los seres humanos. De nuestra impotencia y nuestras ganas de vivir. ¿Te acuerdas de *Robots Universales Rosum*, la obra que dio lugar a la palabra robot? Una vez más, sólo cuando llegaba una generación de androides capaz de sentir dolor, de encajar golpes y levantarse, se abría una vía para hacer nacer en ellos algo parecido a lo humano.

Mateo mira a Olga y se da cuenta de que necesita saber algo más de ella, que ella sepa algo más de él. Entonces dice:

—También pasa con la familia. Siempre se cita como una de las cosas que distinguen a los robots de los seres humanos. En las novelas, a los robots nunca se les suponen otros progenitores que no sean la industria y los programas. Puede haber, sí, un científico de carácter taciturno pero muy cortés a quien se atribuye la paternidad. Pero se trata de una paternidad simbólica. Tener familia —dice entonces Mateo con una punzada— es acaso una forma de tener dolor.

8

La noche es muy cálida pese a estar en febrero. Olga y Mateo deciden callejear un rato. Y Mateo dice:

—Mis padres discuten a menudo. ¿Lo normal, menos de lo normal? No lo sé. No sé si tiene sentido querer saberlo.

Es entonces cuando Olga le habla de su hijo.

—Apenas tengo contacto con él. No nos llevamos mal, es sólo que él ha encontrado trabajo en un suburbio de Dhaka, en Bangladesh. Y parece haber encontrado algo más que trabajo, personas, motivos para quedarse, aunque él no suele hablar de eso. Allí hay todavía pocos teléfonos móviles, no hay casi forma de conectarse. Google no sabe nada de ellos. Es como si no formaran parte de los siete mil millones de habitantes. Aparecen en los mapas de sus satélites: pequeños puntos que se desplazan con o sin regularidad. Da igual: no tiene datos, no sabe qué desean aunque crea que puede imaginarlo, no ha visto sus fotografías. Fui a visitarle dos veces. Dábamos largos paseos, solía pasarme el brazo por los hombros o íbamos de la mano. Pero Samuel estaba ensimismado, tenía un brillo afable, sí, y ausente también en la mirada. Hasta

que, en la segunda visita, me dijo que él podía ir a un comercio con conexión de vez en cuando y hablar conmigo por Skype. Así, el dinero del viaje en avión serviría para arreglar algunas cosas.

—¿Cuándo te dijo eso?

—Hace doce años.

Se detienen delante del semáforo junto a un hombre vestido con chándal que da pequeños saltos para no perder el ritmo de la carrera. Olga también se pone a saltar hasta que el hombre, desconcertado, sonrío. Después de cruzar Olga dice:

—Por favor, no pienses que me parece algo dramático. Fue en uno de mis momentos de insolvencia. Mi empresa era una pura deuda y el viaje en avión algo que no podría repetir en mucho tiempo. Desde luego, no se lo dije. Le di el dinero que había llevado para gastos y prometí enviarle lo que pudiera. Fue entonces cuando decidí mudarme a este barrio. Tampoco le dije nada sobre la diferencia entre andar de la mano y hablar por la pantalla. Las personas, me parece, debemos ser primero autónomas y después enlazarnos si es posible. No en el caso de ancianos, niños ni enfermos, pero sí en el de personas adultas sin ninguna dificultad especial. Ya sé que nadie es completamente autónomo ni independiente. Supongo que es una norma que me he dado y que, en cierto modo, me la puedo permitir. Me refiero a no colgarse del cuello de nadie, a conseguir nadar a solas, sin tensión, dejando que el mar te envuelva. Tengo que poder vivir sin mi hijo y sólo

después pedirle ayuda si algún día la necesito. Nos despedimos como si fuéramos a volver a vernos al día siguiente. Creí percibir gratitud en cómo me miraba, pero a lo mejor me equivoco. En el viaje de vuelta recreé recuerdos y fotografías de Samuel cuando era niño, tan confiado y próximo. Sé desde hace mucho que el supuesto destino previsible —un matrimonio con hijos, nietos míos, viviendo no muy lejos de mí— no es tan común. Y que no suma ni resta.

Llegan al bar. Ya sin que las pidan, Ángel, el camarero, les trae dos cervezas y unas aceitunas.

—Pero ¿tu hijo está bien allí? —pregunta Mateo—. ¿Crees que le gusta, que es feliz o como quieras decirlo?

—Seguramente sí. O a lo mejor ha elegido para su manera de estar en el mundo otra unidad de medida distinta de la felicidad. De algún modo, también yo lo he hecho. La felicidad es otro componente de la vida, y no siempre el más excitante ni el mejor. No debería estar en la punta de ninguna pirámide. Es una luciérnaga más en los pantanos. He pensado, claro, mil veces, en qué hice y qué dejé de hacer para que Samuel tomase ese rumbo, me he preguntado si debía sentirme orgullosa o culpable. He seguido viviendo, suelo tocar la pantalla cuando hablo con él sin que se dé cuenta. Y los dos nos divertimos oyendo nuestras historias. La vida, ya sabes, se quiebra en el punto que parecía más sólido, los propósitos obstinados, los muy pertinentes, se dispersan en humo. Aparecen otros.

Mateo sujeta con una mano el servilletero para que no se desplace mientras Olga extrae la servilleta. Y Olga piensa que en este gesto se condensa el mundo. En cómo algunas personas se adelantan para sujetar el servilletero sin que se lo hayan pedido.

—Mis padres —dice Mateo— llevan trabajando desde los veinte años. Muchas veces han querido parar. Un mes, una semana. Concederse unas vacaciones que no sean los exiguos días que, no siempre, les dan. Dejar alguno de sus empleos y sobrevivir sin miedo una temporada. Pero nunca lo han hecho porque temen que otro ocupe su sitio y no poder seguir después.

—¿Ni siquiera cobrando el paro?

—No, Olga, no sé si en tus empresas eso es diferente. Igual tú dabas años sabáticos, como dicen que hace Google: te deja que te vayas un tiempo pero para montar proyectos que luego, si le interesan, te compra. Tampoco eso es descanso, pero el subsidio de desempleo que reciben mis padres cuando les echan de algún lado es una mierda. No sólo porque sea una cantidad ridícula. Es que es un auxilio, te lo dan si estás mal, tienes que estar mal para que te lo den. A eso lo llamo yo limosna.

Olga asiente y de nuevo comienzan a escribir. Según parece, Google, contáis con que los robots además de no tener familia, tampoco tengan salario, incluso aunque paguen impuestos. Salario, lo sabes, viene de sal. A los esclavos les daban un saco y con él, intercambiándolo, tenían que conseguir ropa, calzado, alimentos. Vuestros

robots no tendrán que vestirse, alimentarse ni mantener a su familia. Sólo necesitarán la energía que vosotros les proporcionéis. Sin embargo, os preocupa la consciencia. Porque no es un circuito que se añade o se quita, no es una pieza ni un programa, no empieza por el tejado sino que crece. Dada una cierta cantidad de circuitos, pensamientos, emociones, memoria, neurotransmisores, células, las conexiones se trenzan de abajo arriba y la consciencia emerge.

Todavía estáis lejos de ser capaces de crear una cantidad de conexiones semejantes y, sobre todo, una cualidad, una precisión equivalente, una agilidad que emule siquiera la décima parte de la danza continua de un cerebro como el de Mateo, como el de Olga, como el que lee estas palabras. Y sin embargo ya sabéis que no podréis construir nunca una compuerta. No habrá freno. Cuando las conexiones avancen, no habrá retorno, la progresión será geométrica, los robots se darán cuenta de que existen y querrán intervenir. Qué importa, sugieres. Aún no han pasado del estado de juguete mecánico —aspiradores avanzados capaces de aprender cuando chocan con las paredes o cuando el anciano al que deben acompañar a hacer la compra pierde ligeramente el equilibrio— y ya os habéis encargado de que sepan matar sin saber que están matando. Sería tan sencillo como haberse detenido kilómetros antes de llegar a ese punto. Pero no lo hacéis. No te detienes, Google, porque otros podrían tomar la delantera. No puedes parar porque te da miedo que parar

sea retroceder. Te pareces algo, aunque no querrás creerlo, a los padres de Mateo.

Si los padres de Mateo fuesen funcionarios —si tú lo fueses, Google— podrían acaso pedir una excedencia. No siempre es fácil, y cabe suponer que en esos casos también temas perder puestos. Pero, según parece, las excedencias tienen forma de derechos, se pueden exigir. Tú a veces concedes a tus empleados tiempos muertos, no sólo si están enfermos, incluso si tuvieron una desgracia en la familia y también si han recibido una beca y van a investigar algo que te interesa. Sólo que eso no es un derecho. No lo han conquistado, se lo concedes tú porque quieres. Y a ti no te lo concede nadie. Tú reniegas de un mundo de funcionarios y en este mundo no puedes pedirle una excedencia a nadie, no puedes parar. Pararse, respirar hondo. No podéis, Google. Seguirá perdiendo su transparencia el aire, disminuirá, contra tu voluntad, la energía disponible y al mismo tiempo, con cualquier justificación o con ninguna, en distintos lugares, en las tierras altas y bajas del mundo, en inmensos laboratorios, en naves militares y en locales húmedos de luz escasa y talento cierto, habrá equipos y personas solas y mezclas de maquinaria biológica y mecánica construyendo y programando mecanismos que serán como vosotros, que no distinguirán el bien, que no se detendrán.

Mateo y Olga piensan que si Mateo entra en ti, si empieza a conocerte por dentro, podría también encontrar a otras personas y llegar a producir modificaciones.

Sonríes con desdén: tú que en tu seno albergas a las mentes más brillantes del planeta, tú que fichas y robas a cualquier profesional de cualquier empresa y que tienes a tu disposición los mejores currículos de las mejores universidades del mundo: ¿cómo puede pretender una persona de la edad de Olga, con una trayectoria empresarial llena de altibajos y unos pocos artículos escritos que ya has escaneado para aprovechar lo que te interesa y abandonar lo demás, cómo puede pensar siquiera que tomarás sus palabras en consideración? Por no hablar de Mateo. Te sobran expedientes brillantes, el suyo ni siquiera lo es. No ha construido nada, no ha inventado nada, no tiene ninguna patente en ciernes, es uno más entre miles de una universidad mediocre en un país peor que mediocre. Pero, fíjate, Olga y Mateo en cambio se preguntan cómo tú, el de las sandalias aladas, el de las búsquedas más veloces, eres tan torpe en algunas cuestiones que te conciernen.

Sigues pensando todavía que existe algo que tú y tu equipo de admisiones podéis identificar. Convencidos de que gran parte de los seres humanos prestan más atención y creen más en las palabras dichas por personas atractivas, no os complicáis en exceso, contratáis un porcentaje nada desdeñable de empleados con buen aspecto físico, aun cuando sois lo bastante perspicaces como para no dejar pasar algunos rostros feos pero iluminados por el pensamiento, el entusiasmo o la caridad, y cuerpos vertebrados por su propia ironía. La inteligencia, si el

sujeto portador no es un ser complicado, os beneficia, pues con un solo salario conseguís proyectos para los que habríais necesitado tres o cuatro empleados una pizca menos inteligentes. Vais aislando y escogiendo casi todo: el oído musical, el equilibrio psicológico, la sociabilidad o insociabilidad que os pueda convenir en cada caso, la salud, la creatividad, incluso la dichosa capacidad de diferir la gratificación. Sin embargo, Google, hay algo que te falta: tanteas, no estás seguro de qué es.

Tal vez te interese saber que Olga y Mateo estuvieron investigando sobre tu departamento de admisiones. No, no eres transparente en absoluto. Pero Olga conservaba contactos que a su vez tenían otros y le dieron acceso a varios materiales. Estudios, por ejemplo, de esos puzzles con los que, en las entrevistas, pretendes medir la capacidad de los futuros empleados. Otros sobre tus políticas de género, tus mecanismos para corregir el sesgo que aún se da en el terreno de la programación y que, según tú mismo has comprobado, no te favorece. Y otros que analizan esos miles de vídeos con que los aspirantes a integrar alguno de tus proyectos se promocionan. Los estudios buscaban patrones para esbozar listas con las cualidades que escogías y las que rechazabas. En general, parecían atinados. Tú sabes, sin embargo, que el punto de máximo interés de una investigación comienza en los outliers, los casos aparte. A veces los valores atípicos prueban que la regla es falsa o bien que existe otra regla, esa que aún nos es desconocida.

Mateo y Olga han obtenido datos de algunos outliers: no encajaban, no cumplían los requisitos, pero los escogiste. Al principio pensaron que la palabra que faltaba, el criterio no nombrado con que seleccionabas las excepciones, era sacrificio: toda esa filosofía vuestra del campus universitario y el aunque somos una empresa en realidad no nos parecemos a una empresa sino a un lugar donde las personas innovan —es decir, yerran—, crean y se sacrifican porque aman lo que hacen, porque sienten tal pasión por el descubrimiento que están dispuestas a dejarse el alma y saben, según reza una de tus máximas, que nunca hay que conformarse con lo mejor. Pero el criterio del sacrificio no terminaba de englobar las excepciones.

¿Qué dirías que orientó la mirada de Olga y de Mateo? ¿Por dónde siguieron? Lo que les dio la idea fue un objeto trivial que antes estaba diseminado por tus oficinas aunque lo has ido retirando: las lámparas de lava. Lo demás: mesas de ping-pong, partidos de hockey en el aparcamiento, expulsión de las máquinas expendedoras y que tú pagues los aperitivos, compone una narración propia del capitalismo blando, como las guarderías, las piscinas, la atención dental gratuita. Otras empresas lo hacen, quizá evitando tu toque exagerado de parque de juegos pero en tu línea. Que hubieras elegido ese ambiente no les intrigaba. Las lámparas de lava forman parte de lo mismo: retener la infancia, niños y niñas que no están perdidos y sin embargo viven en el país de

Nunca Jamás. Todo eso, y el voleibol, y las hamacas, y los monopatines a motor, se integra en una especie de pista sin fin, un circuito que nunca se rompe: trabajo, descanso, juego, vuelta al trabajo. Sin embargo, algunas personas, cuando miran una lámpara de lava, pueden volver los ojos hacia dentro.

Dirás que no sólo no te importa sino que te parece bien. Por algo has incorporado seminarios y jornadas y espacios para la meditación. Mateo y Olga piensan que en los cursos de meditación, como de otra forma en los sillones con aspecto de cabaña en miniatura, está tu voluntad de interferir, de reapropiarte y conducir hacia tus fines el momento del intervalo, la distancia entre el pensamiento y la acción. Cuando alguien mira una lámpara de lava, como cuando espera a que el ordenador termine de realizar una búsqueda lenta, o cuando en vez de meditar dejando que sus pensamientos pasen y se vayan los retiene junto a sí; cuando no le espolea la necesidad de ser mejor ni más brillante, de tener más serenidad o más velocidad o cualquier otra cualidad que tú vas señalando, entonces, en ese momento, se diría que tú, Google, no estás.

Mateo y Olga han dado en suponer que al menos los outliers, y tal vez alguien más, a veces se escabulle, mira a lo lejos, pierde el tiempo, no hace nada.

Por eso ahora no tú, Google, porque no puedes, sino tú, becaria o becario del departamento de admisiones, mira en torno a ti, busca una columna o una ventana o nada y

vuelve los ojos hacia dentro. Imagina que no recuerdas. Imagina que no haces planes tampoco, no piensas a qué sitio irás el fin de semana, en los mensajes pendientes ni en el pantalón que está en la lavadora, no piensas siquiera en dónde estarás dentro de un año o en dónde desearías estar. Imagina que no meditas, no intentas separarte de tus divagaciones, observar cómo surgen y pasan, ajenas, mientras tú te fundes con el cosmos. Percibe el intervalo entre lo que consideras las causas de tu decisión y el momento en que la adoptarás. Retén el cobijo que a veces se siente en las tardes de lluvia cuando el cuerpo está a cubierto, no hace frío sino apenas un resto de humedad y el entorno del que formas parte se diría que te pide un poco de conciencia a ti, que no eres reemplazable, que ocupas una posición y que, cuando la cambies, sabes que nada a tu alrededor permanecerá inmodificado.

9

La embajada de Estados Unidos envía a sus ciudadanos diseminados por el mundo mensajes alertándolos de los momentos en que aumenta la probabilidad de un atentado en ciernes. Olga se lo cuenta una noche a Mateo. Resulta que su padre es estadounidense. Por su trabajo, Olga viajaba con cierta frecuencia. De vez en cuando recibía notificaciones señalando que justo el día en que iba a tomar el avión para el que ya tenía el billete y citas previstas, podía tener lugar un atentado grave en algún punto estratégico; se le sugería evitar estaciones de trenes o aeropuertos. Olga, como la mayoría, nunca cambiaba el billete porque el mensaje hablaba de una lejana probabilidad. Tú, Google, sueñas con predecir para acertar o para intervenir y modificar la predicción. Entonces calcularías que el atentado iba a ser mañana a las 15.30 y lo evitarías. Unas veces te convendría publicitar tu obra, que te aplaudieran por haber evitado el daño. Otras, lo guardarías en secreto. La embajada de Estados Unidos busca planes, envía alertas, intenta predecir para que sus ciudadanos —¿y el resto?— los puedan esquivar. Sin embargo, cuando no sabes qué estás

buscando las cosas cambian. ¿Y si no es un atentado lo que tienes que buscar? ¿Cómo se espera lo inesperado?

Un nombre, el tuyo por ejemplo, tiene que cargar con una historia, unos beneficios y cierta violencia, con maniobras no legítimas, con el talento, con la pantalla despejada de signos. En tu nombre no habita sólo lo que quieres ser sino también la materialidad de lo que eres: anuncios, sí, una inmensa plataforma publicitaria, un servicio que fundamentalmente vive de lo que otros producen tal vez con fatiga, sudor y sueño. ¿Querrás tú también irte, a veces, marcharte de tu propia identidad? Si así es, entenderás que ni Mateo ni Olga quieran darte completos los datos que, gota a gota, van dejando caer, edad, circunstancias personales. Con todos ellos podrías construir una foto fija, apresarles en un pronóstico, pues al cabo no otra cosa es la identidad. Entenderás también que te escriban a mano. En este día de hoy, distinto del día en el que tú lees, no constan para ti. No hay una sola señal en un correo, un solo archivo en un disco duro al que tú puedas acceder. Ni siquiera con cámaras podrías descifrar su caligrafía, tapada por un codo o por su cuerpo, oculta luego bajo otros folios que sí están a la vista y que son blancos.

Un algoritmo no es más que una receta, una pequeña o acaso extensa lista de instrucciones. «La Coca-Cola siempre es igual, pero yo no, yo puedo cambiar.» Así canta un tipo a quien puedes buscar. ¿Tiene razón? En ese caso tú te parecerías más a la Coca-Cola, obligado como

ella por la fórmula secreta de tu algoritmo a no cambiar demasiado. Claro que la canción también dice: «La Coca-Cola siempre es igual. Yo a veces tampoco puedo cambiar». ¿Qué resultados darás si Mateo y Olga teclean en ti «algoritmo humano»? No van a hacerlo. Escriben en un papel, al margen de ti, como si viajaran en tren por uno de esos túneles que atraviesan montañas y adonde no llega la sombra de la sombra de una cobertura. Así es su mesa ahora: las manos y el papel, no puedes alcanzarles.

Repara, Google, en que Olga a veces apoya la barbilla sobre las manos pero nunca se cubre la boca ni la cara con ellas. Repara en sus zapatos, la suela de goma para no hacer ruido. Cuando viste chaqueta negra suele ponerse un broche pequeño con una piedra amarilla, una punta de luz. Olga, ya sabes, fundadora de una de las primeras empresas que en España ofertaba modelos matemáticos a quienes no sabían ni qué era eso. Tuvo un bebé, un niño que murió con menos de diez meses. Tuvo luego otro hijo que vivió más tiempo, Samuel, sí. Su matrimonio no duró demasiado. Olga comprendió pronto que los objetos, como las ciencias, son sistemas de relaciones. Tenía un talento natural para el lenguaje matemático del que nunca hizo gala pues lo consideraba un dato sin más, como el color de los ojos o la longitud de los huesos. Y aunque no creía en el mérito, detestaba los pretextos. Había trabajado mucho. No más, sin duda, que una trabajadora manual, pero le había dedicado todo el tiempo a los modelos con que pretendía predecir situaciones de un modo diferente al

tuyo. Conocía bien el cansancio de marchar en tierra de nadie, sin que haya quien marque el ritmo. Estaba familiarizada con algunos de tus mecanismos empresariales porque eran los mismos que los de sus sucesivas empresas, sólo que ella tenía menos poder y debía dinero. No se había beneficiado de forma demasiado injusta del trabajo de sus empleados, puesto que no había dejado de trabajar con ellos, las mismas horas, y aún vivía en números rojos. Pero no ocultaba su poder: para contratar y despedir, decisiones ambas que a otros les venían impuestas. Era un ser histórico. Su vida afectiva habría sido más sencilla si Franco hubiera muerto antes, si hubiera habido más mujeres matemáticas, más mujeres divorciadas, etcétera. Su vida profesional también habría tenido menos altibajos, quizá, si no hubiera dedicado los primeros años de su juventud a militar contra la dictadura. Pero éstas eran frases que para ella no tenían sentido.

En lo que más pensaba Olga cuando iba andando por la calle era en las ilusiones. No en las grandes, ni en las falsas, ni en las perdidas. Tampoco en las que espolean a los seres humanos y pueden convertirse en realidad. En las efímeras, en las que duran un instante y parece que no han sido. Se quedaba mirando a ese niño de unos nueve años, algo grueso, montado en una bicicleta canija por la acera. Miraba la cara del niño, su postura inclinada como para evitar el viento, y lo que a todas luces era la absoluta convicción de ese niño de ser, en ese punto del tiempo,

una estrella del ciclismo. No había inversión en la cara del niño, sueños futuros. No estaba planificando un destino poco probable en algún equipo patrocinado quizá por ti, Google. Se estaba cumpliendo. Todos esos presentes perpetuos: golpear la cadera y echar a correr como quien ha palmeado el lomo de su caballo, mover luego con las manos una cuerda invisible para dejar el caballo atado a la puerta de una tienda cualquiera, sin cálculo, sin pretender que el gesto hará a la niña mejor actriz o mejor jinete, no lo necesita, no es mañana: la niña está montando el caballo imaginario ahora. Y el cuadro de marco color cereza que un hombre cuelga en la habitación, lo ha visto en la tienda, le ha gustado, ha decidido comprarlo. Una vez en casa ha ido a buscar un clavo y un martillo. Cuando pase el tiempo y el hombre muera entrará alguien en esa habitación, se quedará mirando el cuadro y no podrá conocer, acaso intuya, la clase de ilusión con que ese hombre lo colgó de la pared como si el cuadro fuera el objeto exacto, la puntuación precisa de un párrafo de su ser. Ya no existe la casa donde Olga pasó su infancia, pero Olga recuerda el día en que su madre se subió a lo alto de la escalera para atornillar unos focos de aspecto marinero, redondos y azules, que al mismo tiempo que iluminarían la habitación traerían arrojo y felicidad. Aunque la ausencia fue cubriendo aquel momento, Olga lo desentierra a veces, poderoso, limpio de melancolía.

10

Llega el día en que las complicaciones que Mateo mencionara a Nick en su primer borrador de solicitud toman cuerpo y nombre. Aquel crepitar, aquella sensación de peligro no se agota en una amenaza concreta. Pero una, entre todas, la encarna. Los síntomas leves de su padre, lo que durante meses habían parecido errores y despistes, resultan ser el principio de un proceso de deterioro cognitivo que en el plazo de unos años, habían dicho, terminará impidiéndole hablar, abrocharse la ropa, saber quién es.

Mateo no se lo cuenta a Olga, aún no tiene fuerzas. Elige el sofá en vez de la butaca y se queda allí, la espalda recostada, un poco ausente. Quiere la casualidad que esa tarde vuelvan a hablar del yo, de su precariedad, de su condición narrativa. Olga dibuja para Mateo un yo muy tenue, entendido más como un sistema de relaciones, y recibe de Mateo una respuesta ligeramente airada:

—Puedes explicarlo como quieras —dice—, pero al final el yo está dentro. Y si nuestra mente muere, muere también el yo.

Al percibir el tono roto de Mateo, Olga reacciona con

prudencia, no quiere preguntar.

—Muere una parte —dice—, quedan las relaciones.

—¿Las relaciones con qué, si ya no hay quien?

Hay tal angustia en la voz de Mateo, y al mismo tiempo tantas espadas en alto, que Olga sigue sin preguntar, tratando de avanzar de puntillas, con cuidado.

—Antes pensaba que el quien, eso que llamamos subjetividad o punto de vista, esa mirada que observa lo que la rodea, era tan preciosa y única como era, también, cambiante, una combinación de genes y sucesos, de materiales y coordenadas. Hoy todavía lo pienso pero creo que entiendo tu punto de vista. Lo entiendo porque hace ya un par de décadas que las empresas empezaron a aprovecharse del punto de vista opuesto, y empezaron a repetir que el yo no era sólido sino moldeable, fluido, una identidad nómada que podía desempeñar una función y en seguida la contraria. Muchas personas que conozco se identificaron con la idea de ese yo flexible, móvil, sintiéndolo como una conquista, un modo de romper las ataduras.

—¿Tú lo hiciste?

—No. Aunque no crea en esencias inmutables, respeto la subjetividad, Mateo, me descubro ante ella. Un contenido aleatorio de conciencia capaz, sin embargo, de producir un sentido no aleatorio, o que al menos se quiere así.

—Suená bien —dice Mateo—. Pero era más fácil antes. Cuando pensaba que las cosas tenían sentido a secas,

porque sí. Y no ahora que pienso que no lo tienen y que nos toca mendigarlo porque ni siquiera nos dejan producirlo.

Mateo la mira con desconcierto: los gestos pausados de Olga, su risa, aquella piedra amarilla en el broche de su chaqueta oscura que no parece valiosa pero que indica cierta voluntad de afirmar... de pronto nada de eso le alivia sino al contrario.

—Tú tienes paciencia —le dice, y como desafiándola —: Yo no.

Olga se dice que no puede responder, ni tampoco avisarle de que un día, probablemente, esa disparidad fruto de sus diferentes trayectorias, sus edades, las condiciones de partida, hará subir la presión y algo se quebrará, y saldrán disparados en distintas direcciones, porque el tiempo no da tregua. Aparta de sí el presentimiento mientras reúne valor para sentarse junto a Mateo en el sofá y preguntarle qué ha pasado.

—Es como si me hubieran dado una pedrada. Pero no a mí —dice Mateo.

Se lo cuenta escondiendo la tristeza.

—En el fondo, todos lo sabíamos. Mi madre y yo nos empezamos a dar cuenta hace meses. Hasta mi hermano pequeño se daba cuenta. Y lo peor es que mi padre también.

Olga le ofrece ayuda, médicos, apoyo económico. Pero ambos intuyen que hay poco que hacer.

—Si al menos hubiera vivido antes. Ya sabes, vivir, no

sobrevivir. Esto es lo que no entiendo, Olga. Es por lo que odio a Google. No quiero chips en mi cafetera ni webs que registren mi nivel de estrés, quiero que funcionen unas pocas cosas importantes.

Esa noche no bajan al bar. Olga prepara una cena pequeña. Cuando recogen los platos y vuelven a sentarse, Mateo le pregunta si ella ha vivido. Olga dice que sí. Dice también que, aunque considera su vida privilegiada en términos económicos, ha padecido dolor propio y ese dolor de personas cercanas que puede ser tanto o más intenso que el propio.

—Si antes de venir aquí nos anunciasesen lo que va a pasarnos, muchas personas se negarían a admitirlo, pensarían que el futuro estaba equivocado y que, en cualquier caso, como el cuerpo pierde el conocimiento y se desmaya, también su mente se desmoronaría en pedazos hasta deshacerse por completo si esos hechos llegaran a pasar. Pero pasan, y sigues.

—Depende de qué hechos, Olga. No todos son iguales.

—No digo que lo sean.

—Pero lo parece. Hay gente que no sigue.

—Tu padre se va a reír. En algún momento. Cuando menos lo esperes. Aférrate a ese momento, porque será grandioso. Algunas personas temen al humor, temen que la distancia que el humor exige pueda apagar las llamas, el ímpetu, pueda atenuar la urgencia ante lo que debe ser reparado. Pero el humor es necesario para resistir, y sólo quien resiste puede seguir ahí, para, precisamente, actuar

con urgencia y hacer las reparaciones.

—No lo sé, Olga. Hay demasiadas personas muy pacientes. Personas que soportan cosas que a lo mejor son insoportables.

—Lo sé, eso podría mejorarse —dice Olga, y arriesga una idea aunque supone que Mateo no puede oír ahora, pero aun así la dice confiando en que le sirva luego, cuando esté más tranquilo—. Pero también es bueno recordar que nada se colma. En la vida más serena quedan cabos sueltos, historias sin terminar. Añoranzas por lo que no se hizo. Y quizá pase al revés, tal vez tu padre haya vivido más de lo que piensas.

—Tal vez, ¿y qué más da tal vez si lo más seguro es que no? —Mateo se ha levantado, anda de un lado a otro transmitiendo la sensación de que si pudiera noquearse, derribarse a sí mismo, lo haría. O derribarte, Google—. Y esas vidas tan serenas —dice—, ¿a quién le importan? Deberían des-serenarse. Todo está mal repartido.

—El tiempo debe detenerse —dice Olga como para sí.

—También el tiempo está mal repartido.

Aunque no puedes ni imaginar la desazón de Olga tú también estás inquieto, a tu manera. Quizá piensas en tentar a Mateo, sobornarle. Al fin y al cabo, él quiso que le becaras. Podrías atraerlo, invitarle a una prueba de selección convencional y distraerlo. Por supuesto, no tienes miedo. ¿De Mateo y de Olga? En absoluto. La desproporción es tanta. Mateo y Olga son una mota de polvo contra un río, y el río eres tú. Claro que los seres

humanos están en tratos con el ridículo y eso aún te desconcierta. Calculas el daño que te podrían hacer, todo lo más poner unos cuantos petardos y una pequeña cantidad de gasolina en las inmediaciones de alguna de tus sedes. Acaso lograr mediante el ingenio que el artefacto fuese transportado con un globo de gas y que estallase frente a las ventanas de tus últimos pisos: una noticia que posiblemente silenciarías, un susto, unos cristales rotos. O tal vez un mensaje, una línea de código o un artículo difundidos en cualquiera de las comunidades de programadores que giran a tu alrededor. Nada que no puedas sacudirte de encima en diez minutos con indiferencia. Tampoco te alarman más de lo necesario las denuncias de activistas. Te obligan a gastar dinero en abogados y en seducir a quienes crean opinión. Pero puedes arreglártelas con todo eso. No tienes miedo, simplemente, como dicen en tus series, detestas las sorpresas.

Si Mateo no hubiera conocido a Olga, tal vez no te hubiese elegido como primera opción. En los teléfonos móviles, bien lo sabes, tú ya no eres la puerta, y tu sistema operativo no es lo bastante emblemático para encarnar un mundo. Ahora bien, «Si Mateo no hubiera conocido a Olga» es una frase que ni ella ni Mateo consideran. Porque aun cuando un cuerpo que respondiera al nombre y los apellidos de Mateo pudiese no haberla conocido, en tal caso ya no sería el Mateo del que hablan, no hay identidad sin biografía, los seres humanos son lo

que les pasa: si Mateo no hubiera conocido a Olga sería otro Mateo, otra partida de ajedrez, otra vida, otro carácter, otra historia.

¿Qué dicen los seres humanos, Google, cuando dicen «yo»? ¿Quién les dio sus recuerdos? Nadie gobierna sus naves. Hojas mecidas por el viento, el rumor de la sangre, el latido, el golpe de la ola, lamer la arena e irse una y otra vez.

La noche siguiente Mateo y Olga se quedan en el bar hasta muy tarde. Luego suben a casa de Olga. Están un poco achispados. El pesar de Mateo por su padre y su propia incertidumbre vital pasan a un segundo plano. Algo semejante sucede con las heridas del cuerpo de Olga, con lo que aún no ha contado a Mateo y con sus seres queridos muertos que a menudo se asoman a su presente como si estuvieran en él. También las tensiones de la discusión anterior se disipan. El tiempo pasado juntos les conduce a ese estado en el que no necesitan justificar los cambios de tema ni el silencio. Se miran no sin complicidad, les parece posible tomar de la mano a cada criatura humana que alguna vez vivió atenazada por el arrepentimiento.

Algunas personas dicen que en el error subsiste una resistencia, una voluntad de no encajar. Olga aceptaría esa teoría pero no para todos los errores, para todas las veces. Ella se ha equivocado mucho y lo que más le pesa es ese error que no obedece al carácter sino muy levemente: un puñado de carácter y carretadas de azar, aún no logra evitar decirse: «Si hubiera sabido». Olga ha intentado

practicar la piedad consigo misma. Y es difícil. Mateo aún no ha tenido tiempo de equivocarse tanto. Pero asiste al proceso de Olga y cree comprender mejor al Mateo herido de tropiezos, y acaso fechorías, y acaso secretas hazañas, que será dentro de unos años.

Preparan un aperitivo de patatas y aceitunas y dos últimos botellines de cerveza, entra un grato frescor por la ventana.

—¿Te ha pasado algo catastrófico alguna vez? — pregunta Mateo—. Muertes, desastres, eso que le pasa a casi todo el mundo tarde o temprano, y que marca.

—Los hechos difíciles —dice Olga— no lo explican todo. Explican bastante, importan; sin embargo, pueden parecerse demasiado a los pretextos. Algunas personas se quedan colgadas de una circunstancia: una muerte inesperada, una equivocación grave, una familia difícil, una ruina. Las respeto. Pero suelen asignar a la circunstancia en cuestión una capacidad explicativa superior a la que tiene. No todo lo que les pasó en la vida fue por causa de que muriera su hijo o se arruinara su madre. Sabemos muy poco de las causas, en realidad.

—Algo sabemos: si yo empujo la botella se vierte el agua.

—Hay bucles, Mateo, una imagen del agua vertida que a veces anima a empujar la botella.

Alrededor de las cuatro ella le ofrece quedarse a dormir en el sofá. Saca sábanas y una manta de algodón con rayas azules y grises. Mateo la ve salir del baño y dirigirse

al dormitorio vistiendo sólo una larga blusa blanca. Va descalza, se ha soltado el pelo, parece más pequeña.

Al despertar, Mateo disfruta de la distancia entre el sofá y el techo, evocando su litera. Se queda tumbado unos minutos con los ojos abiertos, son las siete y media, la luz va cubriendo los muebles con discreción, parece que lloverá. Olga ya se ha vestido, calienta agua para el café cuando él entra en la cocina. Preparan juntos la mesa con las tazas, los platos y cubiertos. Luego se quedan de pie, pendientes de las tostadas del tostador.

—Me gusta esperar a que salten sin hacer nada —dice Olga—. Siempre pienso en un barco que se va acercando al puerto. Es como esperar a que el azúcar se disuelva, esos momentos en los que el tiempo hace que lo mires.

Desayunan sin prisa, comentan la combinación de la miel con la mantequilla, se cuentan historias de colmenas y de la higuera de donde proceden los higos de la mermelada. Cuando se sirven el segundo café empieza a llover. Luego Mateo pregunta a Olga por eso que su profesor de filosofía llamaba el mínimo antropológico, algo parecido a una esencia, el punto al que se llegaba en los seres humanos cuando ya no se podía seguir reduciendo la fracción, ni el compuesto.

—Me lo preguntas porque sabes que no me interesan demasiado las esencias —dice Olga, y sonrío—. La verdad no es una esencia; las personas que la aman no tienen por qué reducirla a polvo. Nuestra verdad y la de aquellos hombres y mujeres que vivieron en cuevas

iluminadas por el fuego quizá no sean la misma. Somos diferentes, no pretendo que seamos mejores, no sé cómo eran pero sé cómo no eran, no escribían, no construían barcos, no imaginaron nunca la red ni a un robot. Ni siquiera sus cuerpos eran idénticos, no llevaban gafas, no conocían la química, la gimnasia, el cine.

—Lo entiendo —dice Mateo—, pero tiene que haber algo. Imagínalo como un charco, un destilado de sí mismas que van, vamos, dejando las personas. A lo mejor está hecho de alcohol o de otra sustancia volátil. En unas horas, o años, se evaporará. Ese destilado sería lo que nos hace humanos.

—No lo veo así.

—Pero si no lo definimos, si no sabemos detectarlo nunca podríamos decir: Esto es indigno, esto es inhumano.

Olga pregunta a Mateo por qué no podría ser al revés: ¿por qué necesitamos una barrera, un límite, un último reducto y no un camino por andar? ¿No deberíamos decir, en cambio: Esto es humano, esto es digno? ¿Cómo lo ves tú, Google? ¿Acaso con las grandes definiciones antropológicas de la religión y la filosofía no se han cruzado todas las barreras de la crueldad? ¿No se han dejado fuera razas y géneros y esclavos y criaturas como aquella tal vez sin habla a la que paseaba un padre al anochecer en su silla de ruedas?

Recogen el desayuno juntos. Olga va llevando cubiertos y tazas mientras piensa que aún tiene algunas

cosas que contar a Mateo, y que debe darse prisa. Su situación médica empieza a debilitarla, pronto él se dará cuenta. Mateo se pone a enjabonar los cubiertos, ella los aclara. A veces, se dice Olga, hay más verdad en el agua que resbala sobre la mantequilla del cuchillo que en una confesión. Empiezan a tararear «You are not alone» mientras friegan, sus cuatro manos bajo el agua. Continúan bailando al son de sus voces, histriónicos y felices. Pero no hay nada en el universo que esté quieto. Ni siquiera en los momentos más livianos, jubilosos, el tiempo se detiene.

Esa misma noche vuelven a verse. Mateo sube a casa de Olga un poco antes de lo acostumbrado. Le ha enviado un mensaje, le ha pedido permiso. Durante el día ha buscado a sus amigos para escapar de casa pero no ha conseguido dejar de pensar. Está inquieto, no quiere estudiar ni ir a la biblioteca. Olga se había quedado dormida leyendo. El sonido del mensaje de Mateo la ha despertado y en el texto escueto, sin preámbulos ni explicaciones —«¿Puedo ir?»—, ha percibido la urgencia. Se lava la cara y ordena un poco la manta arrugada, su coleta, su energía interior dispersa y algo mermada.

Mateo encuentra todo como siempre.

—No puedo estar con nadie —dice cuando ambos se han sentado—. Miro a mis amigos, o la gente que va por la calle, y pienso que son afortunados aunque sepa que no es verdad, también tendrán sus historias. No quiero ser así.

—A veces las personas afortunadas quieren merecer su fortuna además de disfrutarla, quieren un poco de seguridad. Eso significaría, aunque muchas no quieran pensarlo en modo alguno, aunque no lo digan, aunque no

lo acepten, dejar un sitio a la idea de que el infortunado también merece su desgracia.

Mateo se levanta, trae dos cervezas de la nevera sin preguntar. Olga aparta la suya, son sólo las seis, aún no quiere tomar nada.

—Pero son cosas distintas, Olga, son cosas distintas. Para ti es fácil porque piensas que nadie merece nada, ni la alegría ni la pena. Yo no lo veo así. No puedo comparar una enfermedad como la de mi padre con el esfuerzo que hacen las personas dispuestas y capaces de construirse a sí mismas.

Olga prefiere callar, que ya sean las ocho, que estén en el bar y esta conversación no exista.

—Tú crees que es un don —insiste Mateo— que se tiene como cualquier otra cosa.

—Puede ser —dice Olga—. Es sólo una idea, Mateo. Pienso que sería mejor si, en vez de estar orgullosas de lo que son, las personas transportaran sus capacidades como algo que han encontrado dentro de sí, si las transportaran con asombro.

Espera que Mateo se oponga. Prevé la discusión que va a venir. Trata de postergarla. Antes de que Mateo responda intenta cambiar de tema y le habla de sus errores, aquellos que cuesta interpretar como innovación porque son sólo cobardía, o echar cuentas en una relación y creer que los demás te deben algo.

—La libertad —dice— debería servir para eso, para medir si en tu relación con otra persona estás haciendo lo

que crees que debes hacer o si de alguna forma la otra persona te está obligando. Cuando estás haciendo lo que quieres, lo que crees que debes, esperar contrapartida es error y mezquindad. Yo la esperé, a veces. También padecí los errores ajenos, personas que decían ayudarme por mi bien, preocuparse por mí, pero sólo estaban invirtiendo para después exigir unas rentas de su inversión que yo no podía darles.

Mateo se queda pensando que él a veces ha echado cuentas. Ha reprochado en silencio a sus padres que no le dieran lo que él consideraba merecer. Al tiempo que lo piensa, está seguro de que eso que ahora está entendiendo, lo que ha oído y ha procesado y está aplicando a su propia biografía para extraer conclusiones, lo va a olvidar sin embargo mañana o pasado mañana, cuando ya no se trate de pensar sino de reaccionar a algo que hagan en su casa. Se lo cuenta, pregunta:

—¿Cómo puede ser que darse cuenta valga menos que la inercia de un comportamiento repetido?

—¿Y por qué no? ¿Dónde está la lógica? Un cuerpo humano es algo bastante cómico, nos parece corriente pero es raro, las piernas frágiles, las orejas ridículas; es hermoso también, pero no es lógico. No fuimos diseñados, fuimos creciendo. Tal vez el invento más perfecto y lógico que conozco sea el agua. ¿A quién se le ocurrió? Cuando pienso en el agua soy capaz de imaginar una inteligencia creadora. Pero las personas y los animales somos seres torpes y fantásticos, nunca lógicos.

Habrás visto esos libros ilustrados que venden con dibujos de animales extraordinarios. No sé por qué se empeñan en buscar guepardos con patas de pájaro, toros alados. Estamos aquí, somos las más extrañas criaturas, únicas, locas, racionales e irracionales.

Olga se levanta, desea tanto hacer olvidar a Mateo su situación, y no sabe cómo hacerlo, y no quiere cargarle también con sus propios infortunios. Habla entonces con cierta despreocupación, con esa euforia que precede a la tristeza de las despedidas.

—Te equivocarás. Te perdonarás. Querrás sentirte culpable. Si un trozo de cornisa no cae mañana sobre tu cabeza, seguirás avanzando. Te construirás. Tu destino no será llano, casi ninguno lo es, habrá obstáculos, a veces tendrás el tiempo contado, otras veces será el ímpetu lo que debas medir. La vida es un chisporroteo; aunque a algunas personas se les hace larga, apenas dura. Y ahora estamos tú y yo aquí, en un momento del chisporroteo, y podemos mirar a nuestro alrededor, tratar de comprender, sentir esto que nos envuelve. Déjame darte las gracias, Mateo, el tiempo ha volado contigo.

Mateo no termina de entender.

—¿Gracias tú a mí? ¿Por qué hablas así? Es como si te estuvieras despidiendo.

—Nunca se sabe cuándo nos caerá la teja en la cabeza. —Olga se ríe y toma su botellín cerrado para abrirlo—. Por si acaso, celebremos el habernos encontrado.

Brindan chocando las botellas. El golpe de vidrio

resuena en un diagrama invisible donde sus cuerpos se unen. Son dos seres bastante solitarios aunque les guste la compañía. Después Mateo dice:

—Pero lo que has dicho... lo de que ni siquiera la capacidad de construirnos y reconstruirnos es algo de lo que debemos enorgullecernos.

Olga deja caer las manos.

—Sí, lo he dicho.

Mateo se opone. Casi nadie quiere oír que es una máquina, y una vez que lo oye casi nadie le concede un instante a imaginarlo de verdad, esto es, aceptando, siquiera por ese instante, la posibilidad de que sea cierto. Puede barajar la idea durante minutos, incluso discutirla durante horas, pero en el fondo conserva la carta de su libertad, esa certeza indecible y al mismo tiempo exacta de poder elegir. Conserva el recuerdo de esos momentos en los que se visita a sí mismo y toma un propósito del estante, lo mira, hace sonar como una caja de música una convicción, se regaña por algo que hizo, deja que caiga la nieve de la bola de cristal y se ve en ella abrazado a alguien, revisa sus postales de dicha o de valor, las recoge, se recoge. Sabe que nadie podrá acceder jamás al significado que la vida tiene para él, se sabe único, intraducible, y a eso lo llama ser libre.

El argumento que Mateo se dispone a esgrimir a continuación lo conoces de sobra, Google: el mal.

—Entonces —pregunta—, si uno no debe estar orgulloso de lo que logra, ¿tampoco debería avergonzarse

del daño que hace?

Olga ve llegar ahora lo que había previsto, el momento en que aparece Hitler en la conversación. En un brazo Hitler, en el otro la bomba atómica.

—¿Es que —dice Mateo— vas a justificarlos?

—¿Bajamos al bar? —pregunta Olga, y se levanta.

Querría no discutir, querría no hacer lo que va a hacer, querría desmentir sus propias palabras.

Cuando llegan, Roberta, la cocinera, fuma fuera. En el bar, todas las mesas están vacías.

Mateo insiste: la imposición de un sufrimiento evitable, gratuito, a otras personas, no es admisible. Dice que no le importa si su rechazo está inscrito en su cerebro desde antes de nacer o si es una norma cultural y ética fraguada por comunidades de hombres y mujeres que él ha recibido. Le cuenta que a su abuelo le daban ataques de furia. Mateo llegó a presenciar algunos. Explotaba contra su abuela, contra su madre, contra el hermano pequeño de Mateo y contra el propio Mateo. Luego se calmaba.

—No quiero —dice Mateo— comprenderlo, porque sería como si dentro de un rato, al salir a la calle, me encuentro con una persona que me haya visto contigo y esa persona se pone a insultarte delante de mí. Y yo sonrío o me callo y miro hacia otro lado. Si lo hago, mi silencio me perseguirá, formará parte de mí, me hará sentirme despreciable y empezaré a convertirme en otra persona, en una persona que no quiero ser.

En un segundo parece que todo ha vuelto: la voluntad,

el fantasma de la máquina, ese yo íntimo y colorido que la gobierna y toma las decisiones, la idea del mérito.

Olga se levanta a pedir dos claras con sus tapas, Mateo se acerca y dice que esta vez va a pedir algo más fuerte. Pide un whisky y paga él.

—Tal como lo veo —dice Olga cuando vuelven a la mesa—, nuestro cerebro y nuestro cuerpo es un lugar de paso para muchas cosas. Vives y te atraviesan las hormonas en la adolescencia, o una especie de salto cualitativo en distintas etapas. Ni las hormonas son el instinto, ni la razón es el fantasma que gobierna la máquina. Son entradas que al pasar por la máquina salen fuera en forma de gestos, respuestas, ideas, actos. Lo que ocurre en la máquina, la causa por la que unas personas dan unas respuestas y otras dan respuestas diferentes, tiene su trazabilidad, se le podría seguir el rastro. Hace años se conocían cinco o seis causas, hoy tal vez conozcamos cientos: composición química del cuerpo y del cerebro, alimentación, episodios de la infancia, genes, el plomo suspendido en el aire, mecanismos de la conducta, el sueño, el pensamiento, los miedos y deseos aprendidos y heredados.

—Dentro de poco tiempo sabremos aún más, ¿no? —dice Mateo, cada vez más tenso—. Cuando los mecanismos del Big Data y de Google se perfeccionen. Entonces la mayoría de la gente pensará como tú, les dará igual todo.

Olga suspira. Había esperado un azar más favorable.

Llegar a hablar con Mateo de todo eso en días de bonanza para él. No va a ser así y siente que se agota, que a veces tampoco ella puede comprender todo ni aceptar todo, que Mateo podría dejar de comportarse como un adolescente unos minutos.

—Perdona pero no, no estoy diciendo eso.

—No me digas que perdone, estamos hablando, no te coloques por encima de mí.

—Habrá, creo, confusión —dice Olga cambiando de tono: en realidad a ella también la irrita que alguien diga «Perdona» en una conversación—. Hoy las empresas anuncian satisfechas que pueden predecir, con un ligero margen de error, adónde querrás irte de vacaciones el próximo verano; o admiten que no importa si eliminas las cookies del navegador o si cambias de número de teléfono pues tienen tantos datos de ti: cómo mueves el ratón, cuáles son tus contactos, cuándo escribes... que terminarán reconociéndote allí donde estés. ¿Qué pasará el día en que Google, o cualquier otra compañía, no sólo procese búsquedas y mensajes sino también genomas y recuerdos? Lo sé, siempre habrá perturbaciones, cambios de trayectoria que dificulten la predictibilidad. Sé que siempre habrá ruido, excepciones. Nunca llegaremos a saber dónde estarás dentro de cinco años, pero la mera idea de que el margen de error pueda acortarse cambiará la forma de pensar en nosotros mismos.

—Y tú, entonces —dice Mateo ya sin ocultar su cólera—, ¿sentirás compasión por los malvados?

Olga hace un último intento:

—Mateo, estás preocupado por tu padre, estás con exámenes... ¿No quieres que hablemos en otro momento?

—No, no quiero. Por favor, no nos compadezcas, no tienes derecho a compadecernos sólo porque una supuesta cadena de causas ajena a ti te haya dado más recursos y una vida más fácil que la de mis padres.

Ella levanta las dos manos como si fuera a decir algo, pero vuelve a dejarlas sobre la mesa.

—Me gusta observarte, Olga. Casi cualquier cosa es capaz de hacer que te brillen los ojos, alguna escena que has visto, un color, una frase que oyes. Pero incluso para poder reírse a gusto hay que estar un poco tranquilo, y no todo el mundo lo está.

—Déjalo, Mateo. ¿Cómo está tu padre?

—No quiero hablar de mi padre. Quiero hablar de mí. Y de ti, y de lo que estamos haciendo. Este larguísimo escrito no servirá para nada. ¿Por qué no me ayudas a hacer una solicitud normal?

—Con una solicitud normal...

—Ya, ya lo sé —la interrumpe Mateo—, no tendría la menor oportunidad, gracias por recordármelo.

Olga mira el vaso ya casi vacío de Mateo. Él también lo mira. El alcohol le hace efecto pronto.

—Disculpa —dice Mateo.

—No pasa nada. Ya sé que la probabilidad de que nuestra historia llame la atención de los reclutadores es muy baja. A pesar de todo, creo que será un poco más alta

así que si enviamos una solicitud normal.

—Pero es como si no estuviéramos pensando de verdad en algo que pueda servir. Algo que ellos quieran. Si me dieran el trabajo, entonces sí que podría ayudar en casa.

—Eso llevaría mucho tiempo, Mateo. Un tiempo que yo no tengo. No voy a poder quedarme aquí más que unas semanas, tal vez dos meses. Pero si eso es lo que quieres. En cuanto a ayudar en casa, yo...

—¡No sé lo que quiero, Olga! No sé por qué tienes que irte. Podrías enseñarme a hacer uno de tus modelos, podríamos ofrecerle uno alucinante. Si quisieras, podrías.

Olga duda. No es el momento, no va a decírselo ahora. Responde sólo a la segunda parte.

—Lo que estamos haciendo es un modelo. Si aceptas ofrecer justo lo que Google necesita, tendrás que competir, dejarás que él te marque el camino. Y no aprenderemos nada. Yo creo...

—¿Y así —interrumpe Mateo— qué vamos a conseguir? Contarle a Google, que lo sabe todo, todo lo que no sabe.

—¿Por qué no, Mateo? Si no todo, una parte.

—Te equivocas, Olga. No lo va a oír, y aunque lo oiga no hará nada. Y aquí todo seguirá igual.

—Puede que no lo oiga, puede que no haga nada. Pero aquí no todo seguirá igual. Estamos rompiendo el contrato, desautorizando su autoridad para escoger los términos de ese contrato. Yo creo que eso te servirá... Lo demás sería repetición.

—Y a mí qué, Olga, a la mierda —dice Mateo—. Para ti esto sólo es un juego. Piensas que todo da igual. Te da todo completamente igual.

Olga tiende la mano hacia el brazo de Mateo, lo roza, pero él lo sacude para apartarla. Termina su bebida mientras Olga guarda silencio.

—¿Por qué estás callada? ¿Por qué me miras con condescendencia?

—Condescendencia ninguna, Mateo. En este momento quisiera ser quien no soy.

—Pero no puedes. Y como no puedes te dedicas a invitar a tu casa a un estúpido como yo, le invitas a unas cañas y le prestas unos libros. ¿Para qué? ¿Para decirme que todo depende de unos cuantos procesos y accidentes, que la probabilidad no es libertad?

Olga no contesta.

—No los quiero —sigue Mateo—. Prefiero vivir sin saber. Nunca conseguirás que me dé igual el daño que nos hacen.

Se levanta. Busca en sus bolsillos, saca todo el dinero que lleva y lo deja encima de la mesa. No llega a veinte euros, pero es consciente de cuánto puede hierla al soltar sobre la mesa ese dinero, de cuánto la puede entristecer. Después se marcha.

SEGUNDA PARTE

Como mi trabajo consiste en informar sobre solicitudes y no sobre historias, no tengo claro qué valor dar a esta división en dos partes. A lo mejor simplemente se parece al intermedio en las obras de teatro o en las competiciones deportivas, un descanso que permite salir a fumar un cigarrillo. Aunque yo no fumo sí puedo aprovechar esta bajada de telón para comentar una cuestión con ustedes. En mi entorno, pausar la ejecución de un programa ayuda a conocer mejor su comportamiento.

En cambio, no está claro para nadie lo que es la introspección. Es decir, casi todo el mundo acepta que podemos pensar sobre nuestros propios estados mentales. Pero una cosa es pensar y otra mirarlos. Cuando se habla de introspección las personas suelen imaginar esto: alguien que dedica tiempo a mirar lo que está pasando dentro de su cabeza, o de su ánimo, o de eso que llaman corazón. Pues no, mirar, lo que se dice mirar, no se puede, porque mirar, por ahora, significa que hay alguien que mira y alguien, o algo, que es mirado. Desde un estado mental seguramente se puede pensar en otro estado mental: eso es distinto a mirarse pensar.

Me dirán que la diferencia no es demasiado importante. Cierto. Sin embargo, para mí tiene importancia por lo que se refiere a estas líneas. Realmente me gustaría poder verme leyendo el texto que he transcrito. Me gustaría poder ver que es lo que ese texto está haciendo en mí, qué circuitos neuronales recorre, en cuáles se detiene, cuáles afianza y cuáles atenúa. Como no puedo hacerlo, lo que sí hago es detenerme yo, a ratos, y preguntarme por qué he elegido a Mateo y Olga de compañía. Yo debería estar obteniendo experiencia de su historia y elaborándola para hacer frente a las circunstancias del futuro. Pero me parece que sobre todo estoy pasando un tiempo con ellos, aunque esta tarea no me haya sido atribuida. Recordarán, quizá, que ningún ser humano existe en abstracto, el tiempo los atraviesa y el espacio, siempre ocupan una posición. Aceptado esto, en algún sitio he leído que un humano es una máquina biológica que convierte la energía en tristeza. Y yo pienso: o al revés. Reanuden. El tiempo avanza sin querer, sin miedo.

1

Mateo pasa varias semanas sin ver a Olga. Durante la primera, aún le dura el coraje, el sentimiento de incomprensión, la sensación de que la distancia entre su situación vital, familiar, económica y la de Olga es demasiado grande. Durante la segunda, el coraje se convierte en vergüenza, le avergüenza haber querido ofenderla y más aún la certeza de haberlo conseguido. Después sigue unos días aturdido, desorientado. No es capaz de razonar. Algunas mañanas se levanta pensando que el manto de piedad de Olga también podría extenderse sobre él mismo, sobre lo que ha hecho. Aunque la idea le calme, al momento vuelve a rebelarse, se encoleriza, regresan los demonios. No quiere la piedad de Olga, quiere vencerla.

Está dispuesto a admitir que fue absurdo querer hacer una solicitud corriente y pensar que así iba a tener una oportunidad. Reconoce que se ha comportado mal, con una grosería innecesaria, incluso que los argumentos de Olga parecen lógicos. Pero percibe en la violencia de su propia reacción un acto de legítima de defensa, un gesto de la honestidad acorralada. Si hay una verdad, se dice,

tiene que estar más cerca de su arrebató que de la supuesta y distante comprensión de Olga.

No ha vuelto a la biblioteca. Después de casi veinte días se pregunta qué sería peor: ir y ver a Olga y no atreverse a saludarla, o ir y que ella no esté. Como tampoco consigue estudiar en su casa, deambula por el barrio o se queda hasta tarde en la facultad. No reanuda la solicitud, escribirla a solas sería traicionar a Olga para siempre.

Una tarde vuelve al bar, a la hora en que solían ir los dos. No la encuentra. La imagina cambiando de bar para olvidar lo sucedido y siente frío. Ocupa la misma mesa donde discutieron. Trata de aclararse y escribe en una servilleta: «¿Cómo se piensa?». Si Olga era fiel a sus ideas, concluiría que él no había podido evitar herirla y eso quizá le permitiera sentirse menos mal. Pero, al mismo tiempo, si el resultado de su acción era herir a Olga, en teoría ella no habría podido evitar ese resultado. Conocer la causa de la propia tristeza no la ahuyenta.

Decide ir a su casa. Anochece. Quizá Olga esté con alguien. Podría llamar, pero la voz sin cuerpo no le alcanza.

El portal está abierto. Sube andando. Quieto frente a la puerta de la casa, trata de detectar alguna presencia. No se oyen voces, ni ruidos, tal vez Olga ha salido. Por fin toca el timbre. No la oye acercarse. La puerta se abre cuando ya no lo espera. Olga está casi como siempre, un pantalón negro, una camisa, blanca, calcetines oscuros, el pelo

recogido en una coleta. Pero no está igual. Parece más cansada, más frágil. Es, piensa Mateo, como si hubiera transcurrido todo un año en vez de unas pocas semanas.

—Pasa —dice.

Él se para a mitad del pasillo. Después se aproxima y la besa en la mejilla con delicadeza

—No sé —dice— por dónde empezar.

—Creo que sí —dice Olga.

Mateo entonces la rodea con su brazo. Olga apoya la cabeza en el pecho de Mateo; caminan juntos, despacio.

Llegan al pequeño salón. Ya no están las butacas verdes, sólo el mismo sofá y un par de sillas.

—Le he regalado las butacas a un amigo. Tiene una terraza, quedan bien allí. Aquí abultaban demasiado.

En efecto, el salón ha adquirido ahora cierta ligereza.

—Venga —dice Olga, y sonrío.

—Quiero que sigamos...

—Vale, vale, no me refería a eso. Pregunta.

—De acuerdo. ¿Cómo puedes vivir? ¿Te perdonas todo el rato? ¿Perdonas todo el tiempo a los demás?

—No sé si sabré contestarte —dice Olga—. No respeto a Hitler ni a ninguna de las personas que hacen daño, aunque sea un daño menor e insignificante, en el momento en que lo hacen. Pero eso no significa que sean las causantes absolutas de ese daño.

—¿Las perdonarías?

—Es que no entiendo la pregunta. La única pregunta que soy capaz de formularme es: si algo parecido volviera

a ocurrir, ¿podría impedirlo?

—Pero ya sabes la respuesta. La respuesta es que no dependería de ti, ni de tu voluntad ni de tu esfuerzo.

—Bueno, no lo diría así.

—Dime cómo, entonces.

Olga se sienta en el sofá y se echa a reír, una risa tranquila, nada inquietante, como si estuviera acompañando un comentario reciente que ha vuelto a su memoria.

—Me alegra que hayas venido —dice—. Llevo semanas sin ir a la biblioteca por temor a encontrarte y no saber qué hacer.

—Igual que yo —dice Mateo—. Y todavía me daba más miedo no encontrarte.

—No tengo todas las respuestas —dice Olga—. No tengo casi ninguna. En la discusión de Einstein contra Tagore ni siquiera tengo un bando.

Mateo no conoce la discusión. Cuando Olga se levanta para ir al cuarto del ordenador e imprimírsela como ha hecho con otros textos tantas veces, le parece que el mundo se ordena de nuevo, su mundo, sus cuatro coordenadas. Lleva semanas sintiéndose un objeto inútil, uno de esos muebles para cedés fabricados hace años que, de tanto en tanto, aparecen en los contenedores.

Olga vuelve con los folios impresos y empieza a hablarle de la contienda entre el científico y el poeta, entre la lógica y la mística. Tagore llega a admitir el principio de causalidad, pero habla de conexiones no predecibles,

acogiéndose a la mecánica cuántica. Einstein nunca creyó en la parte misteriosa de la mecánica cuántica, y quizá tuviera razón. A medida que avanza el conocimiento, se va instalando la idea de que no hay azar intrínseco en el comportamiento de las partículas sino una maraña que sucesivas hipótesis e instrumentos hacen más observable y predecible. Ciertamente que en los sistemas que se alejan del equilibrio parece posible encontrar algo parecido a ese viraje de los átomos que soñaron Epicuro y Lucrecio, el cambio inesperado de ruta propio de las turbulencias. Pero, en cualquier caso, el libre albedrío habla de controlar los actos humanos, por lo que daría igual si aquello que los mantiene al margen de nuestro control es un azar irreversible o causas no azarosas, aun si fueran, dice Olga, desconocidas. Tagore se acoge al argumento del intérprete: la música está escrita pero queda un margen de sentido y sensibilidad que hace que suene diferente según sea la persona que la ejecuta. Bailamos los pasos ya fijados pero...

—Tú no crees en ese pero —interrumpe Mateo—. Aunque cada persona interprete el baile de forma diferente, eso depende de su cuerpo y de su actitud, que a su vez dependen del estado inicial, de los materiales, de lo que le sucedió años atrás y la noche anterior, de sus relaciones.

—Incluso los científicos deterministas a su modo están de acuerdo con el «como si»: sea o no, dicen, una ilusión el libre albedrío, tenemos que vivir como si existiera. Y

hacen juegos de palabras: la conciencia no vota pero sí veta. Lo que vendría a significar que el malvado no puede elegir no hacer el mal pero sí puede, de algún modo, oponerse a su propia elección.

—Pero a ti —dice Mateo— ese argumento te parece endeble.

—¿Podría el mar llegar a emanciparse de su mecánica y dirigir la ola?

—No.

—Espera —dice Olga—. No te he preguntado si puede, sino si podría. No si puede en estas circunstancias sino si podría en condiciones diferentes. Los sistemas biológicos tienen, tenemos, un pasado, esto es algo que algunas ramas de la ciencia olvidan. No somos, devenimos, llegamos a ser y una evolución puede, un día, transformar el sentido de las variables que usamos para comprendernos. Cuesta pensar que la gran cantidad de sangre que riega el cerebro y los numerosos agentes implicados en la toma de decisiones conscientes no contribuyan a aumentar el margen de maniobra.

—Es como si dijeras que no se sabe aún si podemos saberlo.

—Todavía no podemos describir con completa exactitud cómo funciona nuestra conciencia, tal vez somos organismos de un sistema en continua modificación que aún no hemos definido. Tenemos la sensación de que podemos elegir entre las acciones alternativas que se ofrecen, aquellas cuyas supuestas

consecuencias preferimos. Tenemos también la sensación, más dudosa, de que nuestras preferencias se generan por un mecanismo no determinista. Tal vez eso sea suficiente, quizá cada vez que nos narramos, de nuestra conciencia emerjan ondas cuyo mecanismo de producción no conocemos.

—¿Y Hitler, lo que representa?

—Incluso si fuera un robot debería ser desterrado. Jamás podríamos poner sus actos, y lo que representan, al lado de los actos de los hombres y mujeres que sufrieron, o al lado de quienes no aceptaron someterse, o al lado de quienes siguieron buscando encender la chispa de la esperanza y la piedad incluso en las circunstancias más adversas, incluso aunque ellos y ellas fueran máquinas con vida.

Esa noche Mateo vuelve a quedarse en el sofá. Se acuestan casi a las cinco. Sus padres nunca le preguntan dónde ha estado cuando no duerme en casa. Si lo hicieran y les dijese la verdad, no le creerían. Esa noche no siguen hablando de robots ni de ti. Tampoco del esfuerzo frente a la indolencia, del nihilismo frente a la ética y la política, del caos frente a la producción de sentido. Es, estima Olga, el argumento que Mateo aún debe esgrimir. Esa noche, sin embargo, hablan de películas que les gustan, de series y de libros. Se cuentan historias, no cualquier historia sino algunas que se les han quedado dentro, historias a las que a veces vuelven, personajes reales o ficticios que les visitan.

Olga elige a Perelman, un matemático ruso que aún vive. Mateo conoce su nombre. Nació en Leningrado, en 1966. Decían que no tuvo infancia porque desde muy niño jugaba al ajedrez con su padre, resolvía problemas matemáticos que le ponía su madre y aprendía a tocar el violín. Pero, piensa Olga, acaso le gustaba. Cuando Perelman tenía diez años, una tarde, en el metro, llevaba un gorro abrochado y estaba sudando. Su profesor, según él mismo ha contado, le dijo que se lo quitara, o al menos se lo desabrochara. Perelman se negó: le había prometido a su madre no hacerlo y no quería incumplir su promesa. Tal vez era testarudo. Tal vez prefería la honestidad. Muchos años después Perelman, acaso el mejor matemático vivo, rechazó la medalla Fields, también llamada el Nobel de las matemáticas, y el premio de un millón de dólares por haber convertido en teorema la conjetura de Poincaré. En seguida, dice Olga, la gente se puso a buscar explicaciones: Perelman tenía un síndrome, era insociable, estaba perdiendo la razón. Sus vecinos, sin embargo, decían que claro que era sociable: quizá no saliera de fiesta, pero saludaba, hacía favores y dejaba que se los hiciesen, era gentil con las personas que le rodeaban. Los medios le criticaron incluso por sacar las entradas más baratas del gallinero cuando iba a conciertos; él había comentado, pero nadie lo tiene en cuenta, que la música se oye mejor desde allí arriba.

Algunos matemáticos amigos de Perelman decían que él había asumido que el universo era imperfecto, que lo

era nuestro planeta y lo eran los seres humanos, incluido él mismo. Había logrado aceptarlo gracias a la idea de que al menos sí había, a su entender, un sitio donde todas las cosas encajaban, el mundo de la alta matemática: un lugar sin decepciones ni tormentos, un ámbito inteligible y purificado donde hombres y mujeres se comportarían también con la elegancia de las fórmulas exactas y bellas.

Cuentan que Perelman estuvo en una universidad de Estados Unidos, allí dio conferencias, expuso cuanto sabía y quisieron contratarle. Pero empezaron a pedirle papeles, requisitos, documentos; le ofrecieron un contrato temporal, como de prueba. Perelman no comprendió la falta de confianza ni el ambiente. «Allí es posible vender un teorema y es posible comprarlo», le contaría más tarde a su antiguo profesor. Regresó a su ciudad, llamada de nuevo San Petersburgo. Aún no había probado la conjetura de Poincaré con una demostración que, dicen, contiene algo parecido a un principio de comprensión matemática de la forma del vacío. Perelman vivía con su madre, Lubov, en un apartamento modesto. Ella también era matemática.

La gente a veces hablaba de Perelman como de un loco cruel, capaz de privar a su madre, ya casi anciana, de un millón de dólares. Olga, sin embargo, se pregunta cómo era esa mujer, Lubov. Después de navegar por numerosas páginas escritas en ruso, ha logrado encontrar una fotografía. Lleva una boina gris y pantalones, una chaqueta amplia, gafas; del bolsillo izquierdo de la

chaqueta asoma un papel. No tiene en absoluto aspecto de ser una mujer desvalida. A Olga le parece probable que su modo de ser no se diferencie apenas del de Perelman, o que la necesidad de creer en un lugar honesto y transparente fuese un rasgo de la señora Lubov compartido más tarde por su hijo. ¿Por qué atribuirle el deseo de un millón de dólares que cambie su vida y, además, la obligue a cargar con destinos ajenos, con las vidas adheridas a cada billete?

Cuando Perelman probó la conjetura de Poincaré no puso el resultado en una revista especializada. Lo puso en la red. Perelman había sido capaz de mantener durante siete años el esfuerzo y la concentración; cualquiera lo consideraría un tiempo del que vanagloriarse. Sin embargo, una vez realizada la demostración, lo único que quiso fue agregarla al mundo. Con ese acto redimía la prueba del desaliento, del precio, de los escollos, y la aproximaba a la poesía.

—La poesía —dice Olga— es una exactitud inesperada.

Tecléalo, Google. ¿Caracteres? Treinta y ocho. Aunque no esté de moda, cuenta las sílabas. Mateo le pregunta a Olga si la definición es de alguien. Ella dice que no recuerda haberlo leído pero que la disposición de las palabras no es de nadie; es, también, secuencia. Índexalo si quieres. Sólo después piensa en esos momentos en los que un ser humano se siente inexacto y al mismo tiempo loco por vivir, cuando todo él vibra en torno a su posición

de equilibrio de forma incoherente, y entonces se lanza, hacia el cielo, hacia el vacío, qué importa, y lee, y encuentra algo que ordena su viaje, una correlación con un ser que está lejos, que quizá ya ha muerto.

Recordarás, Google, el sitio donde Perelman colgó su demostración: arXiv.org; un archivo de borradores y propuestas científicas al que se puede llegar sin atravesarte. «Si a alguna persona le interesa mi forma de resolver los problemas, está todo ahí —dijo en alusión a arXiv.org—; dejemos que entren y lo lean.» Hubo quienes quisieron apropiarse de su trabajo, que tenía tres partes. Pero como él las fue colgando de una en una, los desaprensivos no sabían continuarlas, ni siquiera sabían explicar los pasos de Perelman. A él le afectó, no podía entender que alguien pretendiera haber hecho lo que no había hecho.

Rechazó la medalla y el dinero diciendo que quería seguir con su vida, que no quería que le convirtieran en un bicho raro ni en un mono de feria.

—¿No te parece —pregunta Olga— una respuesta completamente lógica? Resulta lógico querer seguir con tu vida, no querer que te paseen por aulas de conferencias y congresos y bancos y citas con presidentes, preferir continuar yendo a comprar el pan por la mañana y a escuchar la Filarmónica desde un lugar discreto.

Sin embargo, había sido lo lógico, lo placentero y sensato, lo que había desatado toda suerte de elucubraciones. De eso hablan, Google, y de cómo Olga a

veces se imagina que suena el timbre y son Perelman y su madre que vienen para tomar el té en su casa; y charlan un rato de piezas de música, y del clima, y quizá otro rato del universo, de los conjuntos no numerables, de los vecinos del barrio en el que viven, de los teoremas que son verdad aun si no pueden demostrarse, del tiempo y de ti.

Se hace tarde, Mateo le dice que otra noche él le hablará de Terry Pratchett. Has escaneado todos sus libros, Google, pero ¿los has leído? En 2010 Terry Pratchett dio una sorprendente, divertida, emocionante conferencia sobre su propia muerte, «Shaking hands with death». Hay un lugar en ti que es al mismo tiempo YouTube, la biblioteca del Real Colegio de Médicos de Londres y cada punto desde donde alguien conectado teclea el título de la conferencia. Cuando lo haga, en el minuto 4:55 escuchará: «Antes de poder matar a un monstruo tienes que prepararte para decir su nombre».

2

A ver, piensa en esto: supongamos que por los datos que tienes de las navegaciones de Mateo deduces —las empresas que te pagan por su publicidad deducen— que es bastante probable que alguien como Mateo quiera ir en verano a Marruecos o a Grecia. Él no tiene ningún viaje de vacaciones en el horizonte y seguramente lo sabes, pero ponlo entre paréntesis. Si lo tuviera, si tus empresas hubiesen detectado adónde era más probable que Mateo o alguien como él deseara ir, y si, en consecuencia, se hubiesen dedicado a situar anuncios y ofertas pensadas para él; entonces, si Mateo al final hubiera elegido una de esas ofertas, di: ¿habría elegido él o habrían elegido tus anunciantes por él? El conocimiento no es malo, dirás. ¿Qué hay de malo en saber? Además, ni siquiera se trata, insistes, de un conocimiento seguro sino de abanicos estadísticos, de probabilidades. La red, además, lo está repartiendo. En unos años las pequeñas empresas, y los individuos, podrán fabricarse sus propios modelos. Pero lo que la red no distribuye es el poder para intervenir y rentabilizar ese conocimiento, para tomar decisiones, y omitir, al margen del bien o la verdad. Aunque haya

monopolios cada vez menos longevos, el juego apenas se reparte, Google, los individuos desguarnecidos vagan por toda la Tierra.

Has oído, claro, hablar de las profecías autocumplidas: un prejuicio termina ocasionando un juicio; una idea basada en una definición falsa de una parte de la realidad puede modificarla. Cuando se predice que un cometa pasará cerca dentro de cinco años, la predicción no afecta a la órbita del cometa. En cambio, si se trata de asuntos humanos, sucede que las personas no responden sólo a las características de la situación sino, también, al significado que tiene para ellas. Esto ya es llamativo en sí mismo. Pero las profecías autocumplidas tratan de algo más. Tratan de que el significado puede proceder de una idea falsa o cuando menos bastante poco ajustada a los porcentajes de probabilidad existentes. Y el que sea falsa, por lo general, carece de importancia, pues el comportamiento derivado de esa idea errónea, de esa predicción equivocada, provocará, de todos modos, su cumplimiento. Se considera, por ejemplo, que una persona que ha estado en prisión delinquirá casi con toda seguridad cuando salga. El prejuicio hace que casi nadie dé trabajo al exconvicto, y convierte en más probable que vuelva a delinquir. Cuando, un día, el exconvicto delinque, quien se guió por el prejuicio no suele tener en cuenta los comportamientos derivados de su erróneo punto de partida, sino que exclama: ¡Ves como yo tenía razón!

Es un mundo turbador, Google. Por supuesto, hay que ser prudentes: no basta con pronunciar la profecía, se trata de un proceso y hay que realizar actos para ayudar a que se cumpla. Los conjuros no alcanzan; murmurar en silencio: Soy fascinante, no lo convierte en realidad; aunque sí quepa preguntarse qué pasaría, desde el otro lado, si el profesor o la profesora tomaran de su clase a quien juzgan corriente y comenzaran a tratarle como a un ser fascinante. Por otra parte, esos prejuicios no son del todo caprichosos, hay factores que contribuyen a construirlos, los barrios en que viven las personas afroamericanas y sus entornos promoverán que en los institutos se hagan predicciones poco matizadas del futuro que les espera. Los factores, también en ocasiones, contribuyen a que los prejuicios se hagan ciertos. Pero fíjate en lo que significa no ya que las ideas muevan los cuerpos, sino que las ideas falsas, las estimaciones erróneas, también los muevan. Y terminen convenciendo al descuidado profeta de que estaba en lo cierto. Proyecta ahora este mecanismo sobre las ganas de vender y controlar de determinadas organizaciones. Empresas que a partir de unos datos meramente indicativos generan las condiciones para que se produzca la venta deseada. Así están funcionando algunas cosas, lo sabes bien. Tu negocio no está aquí y ahora sino en la línea del tiempo.

Cuando una compañía telefónica dispone de datos para presumir que determinado cliente va a abandonarla, se produce, como por casualidad, la llamada de uno de sus

empleados ofreciendo algo: una promoción, un descuento. En un porcentaje nada desdeñable, a esa persona la llamada le parece oportuna y casualmente — ¿causalmente, habría que decir?— decide permanecer en la compañía. Ahora bien, cada vez más personas recelarán de esas llamadas pues estarán al tanto de cómo tú y tus empresas construís la casualidad. Y, por otro lado, en un entorno de competencia las diferentes empresas en lucha tendrán su propio pronóstico y puede que se limiten a trasladar su acción en el calendario sin lograr realmente introducir ningún cambio porque su anticipación mutua se anularía.

Dado un sistema de competencia desorganizada como éste: ¿hasta qué punto mejorar el funcionamiento de las organizaciones, su violencia, mejorará a los individuos o su entorno y no, apenas, el talento para el desprecio de lo ajeno y el desastre? No es una mera cuestión de macroeconomía, recuerda que en lo macro viven también las libélulas, los perros, las semillas de diente de león, las vidas humanas. Hoy es común que los bancos encarguen pronósticos sobre la situación de sus clientes dentro de diez años. Pronósticos según los cuales el banco elige cuidar más a unos y abandonar a otros. Ya no se trata sólo de rebajar o no el precio de un objeto, es posible desechar vidas enteras. La estadística comenzó como una herramienta para que el Estado pudiera mirar la sociedad. Ahora, sin embargo, las grandes firmas ocultan sus métodos y sus fuentes porque se ha convertido en una

ventaja competitiva y la van privatizando también. ¿Qué pasará cuando sea el propio cliente el que acceda al pronóstico, cuando se vea incluido en un futuro de estabilidad y expansión o bien en uno de progresivo agotamiento? ¿Qué harán los seres humanos con sus predicciones, con su período de combustión asignado, con la luz que se apaga? ¿Cuando la conversación con el médico y la lucha contra el diagnóstico o su aceptación no sea una situación excepcional sino el día a día en el aula, en la oficina, en los servicios sociales, siempre con el miedo a ser descartado, a ser un sin futuro en un sistema regido por la rentabilidad?

¿Y si ir al psicólogo o a charlar con un amigo termina convirtiéndose en ir en busca de un diagrama del futuro, de una modelización para saber cómo será tu próximo mes o tu próximo año? De acuerdo, siempre será imperfecto, los seres humanos son dinámicos y multidimensionales y además bailan. No siempre son lineales, o más bien casi nunca, sus vidas transcurren lejos del equilibrio, adoptan ritmos distintos en función de cambios extremadamente débiles que aún no conocemos. Olga siempre insiste en esto, el tiempo de la vida no puede volver atrás. Pero tu tiempo, Google, escoge lo cerrado y aparta el margen de error: ¿quiénes tendrán el poder para decidir cuáles son las dimensiones que merece la pena contemplar?

Oh, claro, sabes que la entropía daña la capacidad predictiva en ciertos ámbitos, como sabes que el mundo

se ha vuelto intranquilo y por ello cada vez más innovador y caótico. Sabes que es más sencillo predecir el comportamiento de un gas que el de una sola de sus moléculas, más el de un grupo humano que el de una persona cualquiera. Sabes, acaso, que, llevadas al límite, las condiciones iniciales siempre serían indescriptibles, un número de demasiadas cifras decimales. Pero la probabilidad y la estadística acudirían en tu ayuda, Google, ya lo están haciendo. Mateo y Olga no dicen que vaya a ser inminente. Piensan en la tendencia. Quieren que imagines a los seres humanos con miedo a estropear su profecía o con la ansiedad de tener que vivir en la excepción, en el margen de error, buscando siempre la alteración, el bandazo. Quieren, ya te has dado cuenta, que los imagines como son ahora, que dejes de escrutarlos, que los toques. Porque son de carne, anhelan y mueren.

Los dilemas te preocupan poco. Tu sino es avanzar. No contratas a individuos para que te planteen dilemas sino para que te propongan nuevas formas de expansión y te aparten los obstáculos. Si tuvieras que valorar la adecuación de Mateo para trabajar en ti e introdujeras los datos que posees en alguno de tus modelos, seguro que no le contratarías. A no ser por las variables descartadas que, sin embargo, dejan huella. No has logrado eliminar los sucesos disruptivos, el ruido que corrompe la señal y genera cambios de apariencia fortuita que desordenan tu línea de tiempo. No lo llamas azar. Te resignas, apenas, a

trabajar con órdenes de probabilidad porque sigue habiendo interacciones que no contemplas, que están ocultas.

La capacidad de simular el futuro extrayendo consecuencias del pasado distingue, dicen, a los seres humanos de otros animales. El precio que pagan es el temor y la esperanza, a veces la depresión. ¿Se deprimirán los robots? Simular el futuro es también lo que permite a los humanos soñar despiertos. ¿Soñarán despiertos los robots? ¿Se quedarán mirando una puerta o el brazo de un sofá mientras vagabundean por un mañana propio levemente anhelado? ¿Imaginarán su vida sin hacer planes, sin alejar tampoco de sí los pensamientos, atentos al latido del mundo? Hay predicciones incondicionales que contemplan multitud de escenarios diferentes, pero para vivir, Google, es preciso condicionar la previsión a la acción que se pretende, y avanzar sin tener las variables bajo control. Si los robots pudieran considerar todas las entradas, todas las variables, todas las decisiones alternativas, si pudieran vaticinar, ¿querrían seguir viviendo?

Las personas a menudo se rebelan contra la idea de ser máquinas biológicas no porque les pese la naturaleza, el sol primaveral, las hojas perfumadas de los árboles: se rebelan contra la idea de programación. Su sistema nervioso, sus células o su niñez no pueden haber depositado en ellas, dicen, las pautas según las cuales habrán de comportarse. Muchas se empeñan en cambiar

ese programa y en apariencia lo consiguen. La más bajita de la clase logra estar entre las mejores jugadoras de baloncesto de la ciudad; el chico más tímido, más torpe, con menos habilidades sociales, obtiene plaza en una reconocida escuela de arte dramático. No estaban, en principio, programadas para serlo pero ¿y si sí lo estaban para la terquedad, para empujar sus límites y encarnar el espíritu de la contradicción? Si, dentro de unos años, junto con su genoma secuenciado entregan a cada persona un modelo que contemple su ambiente social, familia, experiencias vividas, y le predicen que atravesará una depresión en el plazo de cinco años, ¿podrá la predicción convertirse en ese acontecimiento disruptor que permita a la persona incumplirla? ¿Qué pasará cuando el siguiente modelo incluya también, en espiral ascendente, la propia predicción?

3

Olga y Mateo han calculado que tu becario o becaria, quien sea que haya recibido el mandato de leer esto, tendrá alrededor de veinticinco años. Gentes que quizá sólo han vivido en la casa familiar, con una niñez y adolescencia ordinarias, y están empezando ahora a sentir que podrían no sólo explorar el futuro sino intervenir en la pregunta del cómo y para qué. Para ciertos departamentos buscas, Google, buenas calificaciones: examinas y observas el modo de ordenar la información en la resolución de un problema, sus herramientas, su forma de pensar. La mayoría procede de familias de vida desahogada; no obstante procuras dejar un hueco para las personas sin demasiados recursos. Te conviene. Conoces el poder de la diversidad. ¿Qué podría contarte Mateo para que le admitieras? Ni siquiera sabes si su nombre es verdadero, si es un chico o una chica o un animal andrógino. Los seres humanos no sólo tienen miedo de la programación biológica, también, a menudo, procuran huir de la programación ajena, de las expectativas generadas. En teoría el nombre de Mateo te ha transmitido la información de unos probables órganos sexuales con

sus correspondientes caracteres secundarios. Pero en la práctica habrás ido proyectando tus modelos de género, por más que intentes retocarlos. Si Mateo no ha mentado, conoces su edad, su relación con sus padres, con Olga, con su hermano menor, con su cuerpo. Todo ello podría producir un sesgo, una ligera inclinación hacia lo que se espera de un individuo masculino en esas circunstancias. Por eso Mateo siembra la duda de su sexo y al mismo tiempo sugiere que no te limites a hacer la traslación, no pienses que será una chica porque son ellas las que más necesitan huir de las cadenas asociadas a sus nombres. El feminismo y sus ramificaciones han hecho mucho para hackear el género, para liberarlo de lo que otros, con más poder, imponen y esperan. Y así han contribuido a mostrar los moldes que nos siguen atenazando.

Busca, por ejemplo, un estudio sobre los motivos por los que lloran las personas en las consultas médicas pues, aunque no te lo parezca, tiene relación. Sucede a menudo, alguien va a una consulta y se echa a llorar; y resulta que sólo en un veinte por ciento de los casos ese llanto responde al diagnóstico recibido. El resto llora sin diagnóstico el día de una revisión cualquiera o cuando va a preguntar una minucia sobre una molestia que tiene en el codo. Hace su pregunta y sin solución de continuidad se echa a llorar, tal vez porque está en un cuarto cerrado en silencio y con alguien que le escucha. Dice ese estudio que a menudo las mujeres lloran por enfermedades de los hijos, porque sus maridos las golpean, porque no pueden

más. En cuanto a los hombres, el motivo por el que lloran con mayor frecuencia, casi el único si se exceptúan los diagnósticos y alguna vez, aunque pocas, las enfermedades de los hijos, es no poder mantener a la familia. Ahora piensa: el padre y la madre de Mateo trabajan. El padre va a perder la conciencia, la cabeza, dicen, y le aterra una vez más, como le ha sucedido siempre, como una pareja de perros violentos que le hubiera estado acosando toda su vida, no poder mantener a Mateo, a su hermano y a su madre. No importa que la madre trabaje, ni que Mateo pueda aplazar los estudios o dejarlos y buscar algo. La identidad del padre de Mateo, su programa, su orgullo, ha sido moldeada y en sus circunstancias no ha probado a hackearla ni a romperla y escapar de aquello que le obliga a colocar su razón de ser, lo que algunos llamaban dignidad, en su capacidad para mantener a la familia. El resto no cuenta. Sabe que morirá sin poder dejarles nada y eso para él es como no haber vivido, es peor aún que no haber vivido porque le avergüenza, le corroe por dentro, a duras penas le permite ser amable.

Las cosas cambian, pero muy lentamente. ¿Habría podido el padre de Mateo escapar a ese destino? ¿Podría escapar ahora? Si le hubiesen dado a elegir, tal vez habría preferido que le programara un ordenador antes que quienes decretaron que sería un eunuco si no conseguía tener un empleo que le permitiese mantener a otros y ahorrar. Si hubiera nacido más tarde, si hubiera

pertenecido a la generación de Mateo, quizá se habría librado un poco, porque la impotencia ya se está generalizando y cuando el paro rebase ciertas cifras acaso llegue el momento de cambiar de paradigma. Sin embargo, Google, ya ves, Mateo tampoco se ha librado del todo: te escribe para pedirte que le dejes trabajar.

Mateo quiere que sepas que sus padres a veces se odiaban y otras no. A veces se quieren y se reían y años atrás compraron una consola y bailaban los cuatro, su padre, su madre, su hermano y él, delante de la pantalla moviendo los mandos, y luego dejaban los mandos y seguían bailando imitándose unos a otros. Su madre le ha contado que cuando él era pequeño solían ir a comer a un parque grande, llevaban una manta como mantel, ella y su padre disfrutaban como si estuvieran lejos, en el pueblo y, dice, les encantaba mirar la seriedad de Mateo, la seriedad de todos los niños, la concentración absoluta cuando rascaba la arena con una piedra o partía ramas pequeñas. Nos dábamos cuenta, decía su madre, de que te estábamos viendo aprender. Los seres humanos tienen esa capacidad de convertir casi cualquier modo de vida en un diamante único, faroles apagados que en el parque, al encenderse, modifican el estado de ánimo de un sueño. Así pues, Google, puedes estar seguro de que la biografía de Mateo, sin decenas de miles de euros invertidos, sin bruscos bulevares ni grandes avenidas, sin casas con jardín, su vida en una ciudad dormitorio cualquiera de un país del sur era tan poderosamente extraordinaria como tú seas

capaz de imaginar. Y no hay otra fantasía, dijo alguien, más sagrada que vivir.

Quizá te hayas preguntado por qué, entre Mateo y Olga, es sólo Mateo quien quiere solicitar una plaza en ti. Ella tendría más historias que contarte. Claro que pasa de los sesenta y no se suelen convocar plazas para personas de esas edades. Consideráis que la capacidad investigadora ya está en declive, desdeñáis la curva de sierra salpicada de excepciones tanto como los fines no previstos que os pudieran hacer ver. A Olga, por cierto, no le gusta la palabra «solicitar». Alguien pide trabajo. Pedir, solicitar, rogar, suplicar se mueven en un campo semántico parecido. Olga dice que para entrar en tus sueños Mateo y ella deben hablarte de igual a igual. Pero no le ha importado mantener la palabra porque Olga no cree que el bando de las palabras sea superior al bando de la realidad: los nombres, dice, pesan sobre las cosas, pero más pesan las cosas sobre los nombres.

Después de oír hablar a Olga sobre Perelman, Mateo preguntó a uno de sus profesores por qué no hacía él lo mismo y colgaba sus trabajos de investigación en arXiv.org. El profesor le dijo que eso se lo podía permitir un genio; quienes no lo eran se veían obligados a hacer su carrera paso a paso, aceptando, tragando en la mayoría de las ocasiones, las reglas desequilibradas, por no decir injustas, sembradas de intereses, chapuzas y prejuicios, de las revistas científicas. Esto te concierne, Google, porque está en tus cimientos. Aunque guardes en secreto tu

algoritmo, algo se sabe de él. Te inspiraste para hacerlo en los llamados mecanismos de revisión por iguales, o pares, de las revistas científicas. Antes de publicar un artículo, esas revistas hacen que lo evalúen dos o más investigadores. Tú copiaste de algún modo la idea, haciendo que tu algoritmo evaluase la información presente en la red mediante los enlaces que tenía, cuántos de los enlaces apuntaban a ella. Por eso tu supuesta objetividad siempre fue jerárquica, y aunque en la jerarquía puedan abrirse camino algunas flores raras, proliferan las del capital, que es quien más capacidad tiene para generar visitas y enlaces a otros lugares. Oh, sí, los enlaces no es lo único que consideras. Para hacer una búsqueda consultas sinónimos y hasta doscientas cuestiones no demasiado relevantes. Pero el capital sigue mandando. Tú no te has propuesto corregir la realidad sino, de algún modo, sujetarla. Y en la realidad que está fuera, si es que podemos seguir haciendo esta distinción, las jerarquías suelen contar con la violencia. Lo cierto, en fin, es que no eres tan objetivo como aparentas, no lo eres ni siquiera antes de que intervenga la publicidad: ordenas las búsquedas, y al ordenar escoges, descartas, intervienes.

En arXiv.org al principio, cuando Perelman colgó su solución, no había revisión por pares. Un científico colgaba su investigación para que cualquier otra persona pudiera verla, analizarla, comprobar si era correcta o no. Perelman no envió el fruto de su trabajo a una revista

científica, pero tampoco la colgó directamente en ti. La colgó en una página creada precisamente para renunciar a las frecuentes interferencias que surgían del mecanismo de revisión por pares. Algunos han dicho que era soberbia junto con sentido común: se había pasado siete años resolviendo el problema y tenía claro que en ninguna revista encontraría a dos científicos capaces de entender su demostración. Debía, en cambio, presentarlo a la comunidad científica completa para que, en ella, las cabezas que un día podrían comprender lo que había hecho fuesen entrando en contacto. Mateo y Olga no juzgan el acto de Perelman por su mayor o menor generosidad, no atribuyen mérito a la decisión de acudir a arXiv.org. Les importa un hecho: Perelman distinguió entre Google y la verdad, entre las revistas científicas y la verdad, y eligió una página donde lo único que contaba era si su demostración había probado que sus afirmaciones se cumplían siempre.

4

Por la tarde, en el bar, Olga espera a Mateo. En la mesa de al lado hay un niño haciendo los deberes mientras su padre teclea en el móvil. El niño suspira, interrumpe al padre, mira hacia todos lados. Cuando el niño tira el cuaderno al suelo, Olga lo recoge y ve que son problemas de matemáticas.

—Si quiere —le dice al padre—, el niño se puede sentar en mi mesa hasta que usted termine: me gustan las matemáticas, podría ayudarle.

El padre le da las gracias, aliviado. Mateo llega poco después. Al rato, el padre llama al niño, vuelve a dar las gracias a Olga y ambos se van. Olga sonríe como si hubiera estado viendo una comedia.

—Qué placer volver a las matemáticas por un momento —dice—. Aunque sean las de primaria. En las otras ciencias, los experimentos sólo parecen perfectos en un pequeño nido de laboratorio, un circuito cerrado que se desmorona cuando se abre la puerta a todo lo que falta. Las matemáticas, en cambio, pueden ser tan claras y evidentes. No caben las tensiones de la relación de fuerzas.

—Y eso que para ti no cuenta la responsabilidad —dice Mateo esta vez ya sin virulencia, con camaradería—. Porque las matemáticas pueden no tocar el mundo, pero en las otras ciencias se toma la realidad con las manos, se cambia la naturaleza. En cada momento alguien tiene que mantener la decisión de seguir, o parar. Aunque tú no creas.

—Lo que no creo es que podamos trocear el tiempo. Cuando queremos retroceder hasta el momento en que se produjo la decisión fatal, el momento que trajo destrucción y podría haber sido evitado, nos damos cuenta de que no hay saltos. «Si no hubiera cogido el coche aquel día» es una frase que, como tantas otras, carece de sentido. Ninguna decisión está separada de la anterior.

—No, Olga, no estoy de acuerdo. Hay que acotar el mundo. Igual que los sistemas. No se pueden considerar todas las variables. Defines un sistema, una experiencia, un trozo de tiempo. Tenemos que dividir. Trocear, quitar y poner, rehacer a los demás y rehacernos. Si no, nuestras vidas serían inmanejables.

—Sin embargo, alguien se arrepiente de haber cogido el coche ayer porque chocó con otro, y no considera que si tres años atrás se hubiera dejado llevar por la pasión que le unía a determinada persona estaría viviendo en otra ciudad y jamás habría existido el miércoles en que aceptó coger el coche para ir a recoger unas cajas de naranjas y se produjo el accidente.

—Un mundo así —insiste Mateo— sería como un

mapa a escala 1:1, inmanejable y, por lo tanto, inútil.

Olga se limita a mirarle, sonriendo. Y él sonríe también, es una declaración de paz, no piensa enfadarse de nuevo.

—Ya sé que lo que dices tiene sentido —continúa Mateo—, cualquiera que se dedique a rebobinar su vida lo sabe. Todo está enmarañado de tal modo, y la palabra «yo» es una lotería. Si mis padres no se hubieran conocido, si el día en que me concibieron hubiese pasado cualquier mínimo acontecimiento, un alimento en mal estado, una llamada intempestiva, un grado más de calor, de frío, una bacteria y décimas de fiebre. Si hubieran retrasado el momento, lo que ahora llamo yo los miedos y deseos, lo que estoy diciendo, ya no sería este yo, tendría otro color de ojos, otra clase de inteligencia y habría vivido situaciones distintas con un temperamento diferente. Pero esto es lo que tengo: una información escrita con ácidos y proteínas, unas manos, una línea del tiempo ya vivida y otra que me queda por vivir, y que puede ser muy corta. Así que tengo que usarla lo mejor que pueda, y decidir qué es lo mejor.

Salen del bar y pasan de largo el portal de Olga, siguen andando hacia casa de Mateo.

—La mayoría de las veces, la vida no se ajusta a ningún modelo —dice Olga—. Demasiados datos y demasiada poca información. Es inmanejable, sí. Imagina que estuviéramos programados al milímetro, que desde alguna galaxia nos hubieran diseñado para hacer lo que

hacemos y sólo lo que hacemos: ¿podría gustarnos comer cerezas, las cenas ruidosas con amigos, la belleza increíble de comprender algo que es verdad? Creo que miraríamos nuestro cuerpo en el espejo como ahora, sintiendo que a pesar de las imperfecciones, de los días para borrar, no querríamos habernos perdido esto. Sé lo que dirás ahora y tienes razón: otras personas mueren exprimidas, rotas.

5

Al día siguiente, por la mañana, Mateo ve a Olga a través de un cristal. Es al pasar por delante de uno de esos cafés de McDonald's con cristalera gigante y olor a desayuno. Mateo preferiría que no le gustasen esos cafés, pero le gustan. Porque son grandes, baratos, porque los frecuenta gente de todo tipo. Sabe que su gusto no viene dado sólo por el espacio y el cristal, también interviene la fuerza de quien ha logrado imponer esos cafés en medio mundo. Esa fuerza le repele. La opción por el bar oscuro adonde va con Olga cada noche es, en cierto modo, política. Pero ni Olga ni él pretenden que sea posible impugnar hoy minuto a minuto un entorno donde cada vez más compañías como McDonald's, como tú, Google, construyen lo que les rodea y en parte lo que son; aspiran, en cambio, a no darse por vencidos. Apenas le sorprende verla en un McDonald's a las diez de la mañana. A esa hora Mateo suele estar en clase pero ese día no ha ido. Cuando él pasa por delante del café, Olga no se da cuenta. Mateo cambia de acera para seguir mirándola, mirándoles. Supone que la otra persona es un amigo de Olga o tal vez su amante. Parecen llevar un rato largo allí, hablan

espacio. La coleta fina y blanca de Olga frente al pelo escaso y blanco de un hombre de su edad.

Mateo sigue andando mientras imagina lo que será tener sus años, conocer la muerte cuando ya no es remota, cuando empieza a distinguirse con algo de claridad. Algunos recuerdos volverán con nitidez, otros se emborronarán. Habrá una conciencia clara de que ya se ha vivido y al mismo tiempo un deseo intenso de habitar las cosas que quedan por hacer, los días que quedan por vivir. Mateo piensa en su padre, diez años más joven que Olga y tocado ya por el dedo del infortunio. ¿Morirán los robots, Google? ¿Si los robots murieran construirían ideas como el espíritu, como el temblor, como todo lo que no se sabe? ¿Como la revolución, como el imperativo de no resignarse a que las relaciones sociales sean injustas pudiendo no serlo tanto? Mateo teme por Olga, la ve sin fuerzas, cada día más frágil. Se concentra en su acompañante, si este muriera pronto, pasado un tiempo todo lo que él haya sido se habrá disuelto por completo, no quedarán siquiera lágrimas en la lluvia sino más bien ese océano invisible de todas y cada una de las personas que han vivido y de las que no se conoce nada, incluso aunque alguien encuentre una fotografía perdida o una postal en un mercado de antigüedades. Dirás que ahora va a ser distinto: que tú conservarás sus datos, sus correos, su historial, los enlaces a las imágenes y a los textos que fue dejando en la red. Pero dentro de cien años habrá más de mil millones de personas muertas y no parece que nadie

vaya a buscarlas en la red.

Acaso algún familiar en una remota tarde de lluvia, o algún investigador que quiera trazar la historia del barrio donde vivió una persona, o de sus acciones. Con todo, no te fijas en el pequeño porcentaje que será rescatado en una publicación o en un documental. Fíjate en el resto, en lo que no rescatará nadie. ¿Adónde irá el espíritu del padre de Mateo? ¿Adónde estará yendo ya mientras sus conexiones neuronales se debilitan, se deshacen, mientras sus células se desmoronan? Esas experiencias vividas con tal intensidad que parecía que su pecho estallaría como una estrella. Imagina al amigo o el amante de Olga en sus intervalos: ¿en qué piensa cuando baja por las escaleras, de qué se acuerda mientras espera que cambie el semáforo, de lo que no hizo, de la hora que viene, alguna vez acaso piensa que él puede dar el siguiente paso, sentir que lo elige, pero que quizá ese paso sea, a pesar de todo, el único y no le pertenece ninguna elección?

¿Escribirán, Google, los robots para que nada se disuelva? Quizá les baste con poseer una opción en que la muerte no acarree el borrado de memoria. Se dispondría entonces de un recuento más neutral que el que hacen los seres humanos mediante la escritura. Y es que producir palabras no es neutral. Mateo conoce las teorías según las cuales la intención está siempre, al menos en parte, del lado del observador. Es posible asignar a una pelota que rueda el objetivo de reducir su propia energía, y a un bolígrafo que está sobre la mesa el objetivo de

permanecer quieto hasta que un humano lo tome y escriba y entonces alguien asigne a ese humano la intención no neutral de que su texto llegue a ti. Claro que representarse un objetivo, perseverar hasta lograrlo, es algo que un termostato también puede hacer. A Mateo ya no le importa si la diferencia con las metas humanas es sólo una cuestión de cantidad, de que éstas albergan multitud de propósitos a menudo contradictorios y preferimos decir «quiero» porque aún no podemos describir el mecanismo exacto y porque sería demasiado largo. Así la escritura se hermana con el tiempo, no podemos percibir en un segundo lo que se dijo sino que estar aquí, becario o becaria, es desplazarte junto con las palabras, en un tiempo que fue suyo y ahora aceptas albergar pues también para ti, mientras las lees, está pasando.

Si los robots murieran sin escribir irían dejando miles de memorias sin destino, como esas fotos digitales que fueron a parar a una tarjeta en un cajón. Y Google las procesaría, y trataría de convertirlas en información relevante o irrelevante, y ayudaría a sus predicciones. Pero recuerda tú, becaria o becario o amigo andrógino: los datos no siempre son información, y la información a veces no contiene el valor que le da cada sujeto. No es tan fácil descubrir la relación entre las variables, lo que Google pretenda averiguar puede que sea distinto de lo que las personas o los robots habrían querido contarle, y volarán los puentes y habrá lugares adonde no acceda nunca.

Ver a Olga sin ser visto hace que Mateo piense en el día en que ella le leyó lo que, según supo luego, había escrito Schrödinger: «A la muerte de cada ser vivo vuelve el espíritu al mundo de los espíritus, y el cuerpo al mundo de los cuerpos. El mundo de los espíritus es un solo espíritu que como una luz se halla tras el mundo de los cuerpos y, como a través de una ventana, lo ilumina mediante cada ser que nace». Se dirige a la biblioteca del barrio, quiere buscar información sobre un hombre a quien Olga ha mencionado: William G. Chase.

En el siglo XX, Chase, que investigaba sobre la percepción, la memoria y el ajedrez, escribió: «Realizamos predicciones no tanto porque el mundo sea un lugar incierto, sino porque entenderlo en su totalidad supera nuestras capacidades». Hay una foto suya en una de las páginas que muestra Google: aparece sentado junto a una mesa de jardín sosteniendo un vaso, al fondo arbustos verde oscuro, frondosos, el suelo es de césped. William lleva gafas, viste una camisa blanca, una chaqueta azul marino y vaqueros. Tiene una de las expresiones más hospitalarias que puedas encontrar. Cuando Mateo ve la foto piensa que William G. Chase tendría unos cincuenta años en el momento en que se la tomaron. Después averigua que era más joven, pues murió en 1983, a los cuarenta y tres años, mientras hacía lo que entonces se llamaba jogging. En la foto, William lleva puestas unas zapatillas deportivas, más discretas que las que se usan ahora pero que, aun así, no casan demasiado

con la formalidad del resto de su indumentaria. El mundo fue, sin duda, incierto para William G. Chase en la medida en que no pudo prever lo que iba a sucederle. Quizá aquel mismo día, después de que le tomaran la fotografía, salió a correr y le sobrevino un infarto. Pero acaso él diría que fue un lugar cierto, que ese ataque de corazón estaba esperándole y, aunque veinte años después una persona con una vida semejante a la suya habría podido tal vez pronosticarlo y prevenirlo mediante un cambio de hábitos, o paliarlo con actuaciones médicas, el suyo fue un ciertísimo ataque al corazón por más que difícil de prever en aquel momento.

A Mateo le atrae lo que va conociendo de William G. Chase. Le gusta su actitud relajada en la fotografía, su imagen de hombre metódico y considerado, su gentil manera de sostener tanto el vaso como la cita textual donde afirma, sin énfasis ni escándalo, que el mundo es un lugar cierto al margen de que las capacidades humanas puedan, un día o nunca, predecir su recorrido. Dicen, no sin fundamento, algunos científicos que, por lo que respecta a los movimientos simples, el cerebro humano ya ha decidido si el cuerpo va a levantarse segundos antes de que el individuo que da nombre a ese cuerpo sea consciente y se diga: Voy a levantarme para ir a tal lugar de la casa. Si esto resultara ser exactamente así significaría que los seres humanos viven de algún modo propulsados por una sociedad de la mente desconocida, algo que no se llama yo, pero mira las olas y la lluvia y

presiente el futuro.

Hasta que el sentido de esa antelación se comprenda, Google, los humanos hacen caso a William G. Chase y, más que predecir, aventuran, salen a correr con su margen de error, con sus propósitos, con su profunda convicción, a veces, de que si se hiciera lo que otras personas proponen, lo que muchas desesperadamente necesitan, la sociedad podría funcionar mejor.

6

Por la tarde Mateo va a ver a Olga. Ella le presenta al hombre de pelo escaso y blanco que estaba en el McDonald's. Se caen bien. El hombre tiene cosas que hacer y sale de la casa primero. Olga y Mateo bajan al bar.

De forma inopinada Olga se pone a hablar de su madre. Para Mateo, pensar en que Olga tuviera madre es casi remontarse al pleistoceno. Sin embargo, no hace tanto tiempo de su muerte. Olga acude a Einstein para, en esta ocasión, llevarle la contraria. «La vida me habría parecido vacía —escribió Einstein en un artículo— sin la sensación de participar de las opiniones de muchos, sin concentrarme en objetivos siempre inalcanzables tanto en el arte como en la investigación científica.» Olga mira a Mateo y dice:

—La vida de mi madre no estuvo vacía. Y sin embargo nunca tuvo la oportunidad de participar en las opiniones de muchos, ni de concentrarse en objetivos inalcanzables en el arte o en la investigación.

Mateo se enciende, se opone una vez más:

—¿Y si no es así? ¿Por qué hay que encontrar a todo un

sentido? No digo que tu madre no fuese genial, no es eso.

—¿Genial? —Olga sonríe—. La primera funci3n de un padre o de una madre suele ser la contraria, permitir que detectemos intensamente en ellos los rasgos que rechazamos, eso a lo que no queremos parecemos. Cuando llega la segunda parte, la de la admiraci3n, es el sentido de nuestra vida el que est a en juego y ya no quedan cartas que repartir.

Mateo apenas ha escuchado a Olga, busca sus propias palabras:

—Pero  y si su vida s  estuvo vacía y podía no haberlo estado? —dice—. Tengo veintid3s años, me da miedo la resignaci3n, me dan miedo las justificaciones. Puede que la realidad que estudia la ciencia sea la única que hay, pero también es horrible e insuficiente. —Respira hondo. No quiere volver a atacar a Olga pero necesita seguir hablando, contradecirla—. La gente no fantasea porque se aburra, lo hace porque la realidad no est a hecha s3lo de bonitas partículas convirtiéndose en árboles y cascadas. Los tumores también componen el mundo, la codicia es real, los árboles mueren de pie y una rama le parte la cabeza a una criatura dormida. La cuenta de explotaci3n de una empresa es real: cien despidos provocan veintitrés depresiones. Hay hombres y mujeres que se esconden bajo la mesa o en un s3tano s3lo para no tener que exponerse al mundo. Eso no siempre se soluciona con sentido común, madurando y con paciencia. A veces algunas personas han sido demasiado destruidas.

—Mi madre cuidó a la suya, que había sido demasiado destruida, y tuvo fuerza y produjo alegría a su alrededor.

Mateo percibe el orgullo en la voz de Olga, una luz enterrada que sigue brillando. Vuelve a respirar hondo, se propone hablar con la máxima prudencia para no hierirla porque no va a dejar pasar aquella frase, no puede, va contra todo su ser.

—No, Olga, lo siento. Supongo que los cuidados significan mucho para ti, pero a mí me confunden. De repente ahora que falta dinero, recursos, todo el mundo habla de cuidar. ¿Por qué no hablan de contratar el doble de celadores en los hospitales? Cuando mi abuela estuvo en el hospital, cada vez que necesitaba que la movieran debía esperar dos o tres horas. Pasaba la última hora, o más, gimiendo. Todavía recuerdo aquel «ay», bajito, constante. Los cuidados son también dos personas fuertes que puedan moverte a tiempo. Qué no estén presionadas y agotadas por un turno de trabajo en el que no dan abasto. Cuidar es relevarse. Hacerse cargo un rato de mi hermano pequeño es perfecto, aprendes, disfrutas, también te comprometes. Pero hay otros cuidados y ¿quién los va a repartir con justicia? ¿Quién cuidará a mi padre cuando deje de ser él? Hemos solicitado las prestaciones de dependencia. ¿De verdad alguien cree que eso es suficiente? Los cuidados es también que a los dueños de todo esto les viene muy bien que nos cuidemos en vez de reclamar lo que es justo.

—Tienes razón. Aunque también creo que quienes se

ocupan de otras personas acaso saben algo. No estés tan seguro de que se rinden. Además, nunca va a haber suficientes celadores, Mateo.

—Ya lo sé. Las personas arrojamos sombra, y necesitamos el otro lado. Igual que nos necesitamos unas a otras. Pero eso no significa que los marrones, las cosas más difíciles, no puedan distribuirse mejor.

—Claro, Mateo. Hay que reconocer y aliviar el trabajo negado, que casi siempre ha sido de las mujeres. ¿Cómo voy a estar en contra de eso? Solo digo que reconocerlo no debería impedirnos comprender el acto, ya sin género, de ocuparse de otra persona, de querer lo mejor para ella.

—¿Y si lo que falta son personas que no sólo lo quieran, lo sugieran, lo recomienden —dice Mateo acentuando la ironía en cada verbo—, o lo carguen sobre sus hombros agotados, sino que hagan algo? Me alegra que tu madre encontrara sentido a su vida, te juro que lo respeto. Pero sé que muchas otras personas no lo encuentran. Y no todas son inmaduras o débiles. A algunas el sentido se lo han quitado.

—Estoy de acuerdo. —Olga sabe que no puede hablar al Mateo que tiene delante, de modo que baja el tono y con delicadeza, como quien deposita una misiva para que alguien la encuentre mucho tiempo después, añade—: Pero nunca, si puedes, nunca seas paternalista con las vidas sin descubrimientos ni hazañas. Muchas de ellas son perfectas sólo porque compartieron el goce muy vivo de algunos momentos que, vistos desde fuera, podrían

parecer ordinarios, corrientes.

Mateo titubea:

—No, claro, no creo que todo el mundo tenga que descubrir la penicilina. Aunque tampoco que tengan que impedirles intentarlo.

Tras unos segundos de silencio, Mateo vuelve a nombrar a Terry Pratchett, uno de sus escritores preferidos.

—Seguramente —dice— has vivido todos estos años sin saber nada del dragón Ninereeds, que cuando vomita fuego cambia de color del naranja al amarillo, del amarillo al blanco y, por último, al azul más claro imaginable. Ninereeds aparece cuando piensas en él, aunque hay que desplazarse a una zona de Mundodisco donde la frontera entre el pensamiento y la realidad no está lo que se dice clara.

—No, Mateo, no conozco a ese escritor, ni al dragón.

Mateo la mira casi con compasión.

—Es raro —dice—. Millones de personas viven sin comprender cómo viajan las imágenes desde los satélites, o por qué crecen las plantas. Tú en cambio has vivido hasta ahora sin conocer a la señora Pastel, a Húmedo, a Bill Puerta, a Muerte, a la señorita Buencorazón y a Vetinari.

—De momento has logrado que conciba el azul más claro imaginable.

—No he sido yo. Ha sido Terry Pratchett.

—Con tu colaboración.

—Terry Pratchett, decenas de libros, mundos completos donde es difícil no sonreír en cada página por las cosas que los personajes tienen que hacer. Y un día le diagnostican una enfermedad que le hará ir perdiendo las palabras y la cabeza. ¿Es el destino, Olga, o son los miles de millones omitidos, no invertidos en curar? Sea lo que sea, Pratchett analiza su situación y decide que le gustaría morirse sentado. Sentado, ¿entiendes? No tumbado en la cama sino sentado en un sillón, con una copa en la mano, oyendo música, con la ayuda necesaria para que su muerte sea benigna. Terry Pratchett sabe que no se puede trocear la línea del tiempo. Pero sí se le puede poner fin.

—¿Por qué crees que yo no estaría de acuerdo?

Mateo no quiere contestar con lo que más teme, que Olga sí esté de acuerdo, que Olga tenga pensado hacer algo parecido. Decide dar un rodeo.

—Una vez una amiga me dijo que con todas las cosas que nos enseñan en esta vida, a tener iniciativa, a ser competitivos, a empaquetar y desempaquetar contenidos para los exámenes, sin embargo nadie nos enseña a aguantar.

—¿Y tú qué piensas?

—No lo sé. Hay que resistir, eso lo sé. Pero también sé que no hay que confundir el aguante con la resignación. Es nuestra vida. «We are not gonna take it», lo he cantado muchas veces.

—¿Crees que yo me resigno?

—A veces sí, Olga. A veces me confundes. Cuando

intentas encontrar sentido a cosas que a lo mejor no lo tienen. De la vida de tu madre sólo conozco lo que has dicho. Puede que esté completamente equivocado y que sí fuera una vida plena. Seguro que estoy equivocado, segurísimo. Pero yo miro la vida de mi familia, mis abuelos, mis padres, y sé que podría haber sido mejor. No sólo mejor para ellos. Podrían haber aportado cosas alucinantes al mundo. En cambio han vivido siempre haciendo trabajos que les secaban, que no les servían, presionados, asustados cada vez que han perdido el empleo aunque fuese un empleo horrible. Tanto diseño estratégico para las empresas, ¿y qué pasa con la vida, con esta sociedad? A veces te oigo hablar y pienso que no crees en nada, que no te importa nada: ¿cómo puede importarte si, al fin y al cabo, hacemos sólo lo que podemos hacer?

—Cambiamos de sitio —dice Olga—. Vamos.

Se levanta, pagan las consumiciones. Después ambos se dirigen a la estación de cercanías.

Olga lleva a Mateo a la biblioteca del campus de Humanidades.

—Nos hemos conocido en una biblioteca de barrio. En los últimos años he pasado muchas horas en esta otra. Ha sido mi bosque, y también lo más parecido a un lugar de paso, diría sagrado pero ya no es una palabra transparente.

El edificio termina en forma de triángulo invertido. A esa hora del anochecer, con sus luces parece un gran barco en medio de la tierra. Entran. Junto a las zonas de silencio hay pequeñas habitaciones para trabajar en grupo. Pasan a una y Olga dice:

—Si el mérito no existe, el esfuerzo tampoco.

—No, Olga, eso no puedo creerlo. Mis padres han trabajado mil veces más que mucha gente privilegiada que se limita a dejarse llevar.

—No he dicho que el trabajo no exista. Lo que pongo en duda es la diferencia de valor entre la cigarra y la hormiga. Cada una se atiene a su programa y a los instrumentos recibidos.

—Claro, recibes un Ferrari en herencia o un salario de mierda.

—Los recibes, no digo que eso esté bien o esté mal.

—¿Y por qué me has buscado, y por qué te levantas cada mañana? Si da igual ser cigarra que ser hormiga, llegará un día en que nadie haga lo que le cuesta sino sólo lo que le resulte más cómodo.

—Muchas personas siguen haciendo cosas que, simplemente, tienen que hacer.

—Pero el trabajo es distinto cuando es duro, y eso pasa muchas veces. ¿Para qué iba nadie a intentar hacer algo bien pudiendo hacerlo mal, cansarse menos?

—Tendría que merecerle la pena.

—Te aseguro que a mis padres no les merece la pena. Cobran una miseria, lo hacen por miedo a que les echen, y si se esmeran es sólo porque piensan que así debe ser, por su propia estima.

—Parece, entonces, que creer en una libertad que no tenemos no nos hace más libres. Saber que no la tenemos nos permitiría cambiar las relaciones, distribuir los esfuerzos de un modo más justo.

—Lo entiendo y no lo entiendo, Olga. Sé que es difícil pensar en un yo que gobierne sin ser gobernado, ¿por qué y cómo iba a escaparse de las leyes que afectan a todo lo demás? Pero hay un punto al que no llego. No puedo creer que esta conversación esté ya prevista. Que ni tú ni yo podamos tomar una decisión.

—Piensa en los libros que hay aquí. Miles de personas los escribieron tratando de comprender mejor la naturaleza, a sus semejantes y tal vez a sí mismas. Hubo

otras que no dejaron rastro, allanaron caminos, cuidaron enfermos, cosieron ropa, quizá lloraron demasiadas noches contra su almohada. Algunas tal vez se creyeron libres. Otras intuyeron que les había tocado estar en el suelo de la historia, sosteniendo la vanidad de quienes vivían mejor y más tiempo y tenían más unidades de algo que los privilegiados se permiten el lujo de llamar sensibilidad.

—Pero la expresión «les había tocado» es horrible. Con ella dices que la poca felicidad que conocieron esas personas fue la máxima que podían alcanzar, las condenas.

—¿Acaso no fue así?

—Si la sociedad hubiera sido más justa, si las personas que se aprovecharon de ellas no lo hubieran hecho.

—De eso se trata. No vamos a pedir a nadie que renuncie a describir las sutilezas de la conciencia de quienes se aprovechan y oprimen. Por nuestra parte, preferiremos evitar que sigan haciéndolo. Modificar, corregir, modificarse, corregirse. Muchos programas y modelos pueden reconstruirse con cada nueva información. Incluyen las interacciones que al principio se creyeron poco importantes, pues han visto el rastro que dejan al pasar. Ahora que sabemos que el mérito no existe, que al principio el esfuerzo es un sueño vacío, podemos empezar desde un lugar diferente.

—¿Como éste? —pregunta Mateo sin ocultar su gesto descreído.

—No —dice Olga, y sonríe—. Sé que el cambio de situación no basta. Nos llevamos dentro. Llevamos nuestras relaciones sociales dentro. Empezar a cambiar es un proceso largo.

—No tenemos mucho tiempo.

—Yo no tengo mucho tiempo. Lo probable es que a ti te queden algunas décadas. Eso sí, sucederá más pronto de lo que habrás creído. Aunque te concentres en la lentitud, el tiempo pasará.

—Entonces, si los lugares no bastan, ¿por qué hemos venido aquí? ¿Por qué dices que no tienes mucho tiempo?

—Hoy es un día distinto. Me marcharé muy pronto.

—¿Adónde, por qué?

Bajo la luz potente de la pequeña sala de la biblioteca, Mateo ve en el rostro de Olga el envés de una hoja surcada de venas y de un cansancio que le había pasado inadvertido. Junto a la pared hay un pequeño sofá negro, quiere invitarla a tumbarse. Tal vez le siente bien una pequeña siesta reparadora. Se lo dice de un modo atropellado, no se atreve del todo, Olga podría considerarlo una indiscreción.

—Tiene gracia —dice ella— esa palabra, «reparadora», pensando en los robots. Voy a repararme unos minutos, sí. ¿Me despiertas si pasan más de diez, por favor?

Olga se acuesta de lado, mirando hacia el respaldo del sofá, y en seguida su respiración se regulariza. Mateo la mira dormir mientras trata de imaginar su propia cabeza y de hacerse consciente del significado de las palabras de

Olga. Imagina cómo sería llevar en su interior un conjunto de instrumentos que hace sonar el viento, en vez de ese supuesto piloto o fantasma que tomaría las decisiones y que a su vez exigiría que dentro de él hubiera otro, y dentro del otro, otro más... Si nadie gobierna el cerebro de Olga, ni el suyo, vivir en cada momento se parece más a una captura de sonido o de pantalla, y el apego popular a consejos como «ser uno mismo» estaría ligado a la capacidad de reconocer los propios instrumentos y dejarles espacio.

La sensación de un yo unitario ayuda a terminar lo que se emprende. Puede que sea una sensación útil y que por eso exista. Al fin y al cabo todos los instrumentos están en una mente con un cuerpo, y eso es lo que se mueve, levanta tazas, llama por teléfono. Qué poco se piensa en cambio en los pronombres de la segunda y la tercera persona, el tú, el ti o lo que el él y el ella han sido para otros. En esos pronombres los seres humanos se disgregan, van dejando copias: tú viniste cuando ya no te esperaba, lo escribí para ella, él solía andar con una mano, sólo una, en el bolsillo; noticias de terceros —Juan decía de ti—, abrazos y palabras que se han quedado en otros seres y siguen provocando efectos, se dice ahora, personalizados. ¿Crees, Google, que a los seres humanos debería aliviarles imaginarse como enjambres de pequeños agentes más que como identidades bien atadas? Por otro lado, se sabe que las inclinaciones de un ser vivo, en general, trabajan juntas; aunque se lleven la contraria

casi ninguna huye, las biografías en general se forman mediante la repetición y la insistencia.

Olga despierta, han pasado cinco minutos justos. Se sienta con movimientos precisos. Su cara ahora parece más nítida y como reparada, pero no lo suficiente.

—Buenas —dice Mateo—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Estábamos hablando de la posibilidad de corregir el modelo inicial. Cada nueva información produce perturbaciones. Sin embargo aún no es posible predecir en qué momento dejarán de aparecer informaciones nuevas. Día tras día aparecen algunas sobre nuestro cerebro, nuestro comportamiento, nuestro entorno: la mayoría indica que venimos aquí a interpretar una obra en la que nuestro papel no admite demasiados cambios. Pero no importa, seguimos esperando la variable independiente: la energía, la actitud, el espíritu, algo que diga que en algún momento hubo un pequeño temblor en nuestra llama, un leve movimiento hacia un lado u otro, o una persistencia en la quietud que no estaba prevista.

—La bondad.

—La bondad, por ejemplo.

—El arrepentimiento.

Olga sonrío de nuevo.

—¿Cómo, a tus años, puede importarte tanto el arrepentimiento?

—¿A ti no te da miedo que desaparezca?

—No puede desaparecer. El arrepentimiento es el corazón de la narración. Y somos máquinas narrativas.

Nos defendemos del hambre con los alimentos. De la falta de control sobre las causas, nos defendemos con la narración. Creando argumentos, relacionando unos con otros, buscando porqués. Según se ha descubierto, esa función se activa al margen de que tengamos de verdad una causa para haber hecho algo.

—Vale, Olga, seguro que hay pruebas. Pero será sólo un experimento, hecho en un lugar cerrado, apartando al sujeto de su medio. Tú me has enseñado que los seres humanos somos modelos abiertos.

—Lo somos, y aun así el experimento me importa. Si mediante un impulso eléctrico se induce a un sujeto a tomar un vaso y luego se le pregunta por qué lo ha hecho, él dirá que tenía sed o que el vaso le gustaba, y no estará mintiendo sino activando un mecanismo que sólo se apaga cuando uno de sus hemisferios sufre una lesión. ¿No has sentido a veces que tus razones para actuar llegaban por su cuenta?

—Sí que lo he sentido. Y también lo contrario. A veces el error te pesa tanto, lo recuerdas tanto, que consigues evitarlo la próxima vez. Además, tú misma has dicho que lo que hoy sabemos sobre nuestro cerebro o sobre el universo quizá mañana sea muy distinto.

—Es probable.

Olga ya no intenta convencerle. Mateo se da cuenta y vuelve a insistir:

—Así no me respondes.

—Te respondo. Que las cosas sean probables, y no

ciertas, nos ayuda a vivir. Pero recuerda, eso sucede porque el tiempo es irreversible. Un día los modelos abiertos se cierran.

Mateo dice:

—Aunque algo en mí sabe que tienes razón, no puedo admitirlo.

Olga asiente.

—¿Y la emergencia? —continúa Mateo—. Una combinación de partículas no puede explicar cómo emergieron las guitarras eléctricas, la mirada de un animal herido, los chistes, la conciencia, el amor a la verdad y a la justicia, este edificio. Hay cambios de estado, Olga. Se producen conexiones y crean algo que no existía.

—Construyen.

—Crean.

—Como quieras. Supongo que a mí me basta con que lo construyan. Lo simple y lo complejo, lo sabemos hace tiempo, conviven sin oposición jerárquica. La fórmula de la equivalencia entre la masa y la energía es simple, la generosidad, también. En el lanzamiento de un dado habita, en cambio, un orden complejo de condiciones sutiles.

—Pero aún queda lo que no sabemos. —Mateo señala la puerta de la pequeña sala, por el cristal se atisba el fondo de la biblioteca—. Todo lo que está aquí que no sabemos. Y todo lo que está fuera.

—Te aproximas —dice Olga— a ese momento que decías no entender: cuando, en las películas, el ángel o el

extraterrestre eligen aceptar la muerte para poder ser humanos, para poder sentir la sal del mar en la piel, morder una fruta, amar un cuerpo.

—Lo sé, lo sé: el momento en que los extraterrestres que viven en armonía en una civilización perfecta deciden darle una oportunidad a nuestro planeta porque han visto un fragmento de una película divertida en blanco y negro y se han reído hasta las lágrimas —dice Mateo, pero luego niega con la cabeza—. No, no es ese momento. Quiero que me contestes. ¿Cómo puedes pensar que vamos por una calle de dirección única y seguir adelante?

—Tú lo has dicho, ¿no? Sigo porque he de seguir.

—Entonces no es que te fijaras en lo que leía en la biblioteca. Ni que nos llevásemos bien. Es que tenías que haberte fijado.

—Supongo.

—¿Y por qué?

—Si me dejo llevar por la inclinación narrativa de mi cerebro, si trato de unir las piezas de la realidad con un porqué, la única respuesta es el futuro: lo que hagamos. ¿Por qué tú y yo, a quien nos ha sido deparado el privilegio de leer, de vivir, en mi caso, más de seis décadas, de ver pasar las estaciones, por qué habríamos de ser mejores que el bebé que murió a los tres meses, que el muchacho o la muchacha que recibió una bala en una guerra a los diecisiete años?

—No lo somos, desde luego.

—Claro que no lo somos. Pero nos consideramos más

libres que ellos y, en esa medida, se diría que nuestra humanidad es mayor.

—Ellos no tuvieron tiempo de desplegarla —dice Mateo.

—Ah, de nuevo el tiempo. El mérito es una ilusión. El tiempo, me temo que no. Y, en efecto, casi nunca está bien distribuido.

Olga se levanta y tiende la mano a Mateo. Él la toma con cierto rubor. La piel no es áspera pero nota los nudos de los dedos. No sabe si es un gesto significativo o sólo una forma de invitarle a salir. Cuando abren la puerta, Olga se suelta con naturalidad. Llegan a las escaleras, bajan. Desde el centro del hall la perspectiva de la quilla de madera abierta y suspendida en lo alto como un cielo hace pensar en una iglesia. Mateo se lo dice.

—Una iglesia laica —asiente Olga—. Una asamblea de todas las historias que quedaron. No siempre se han rescatado las mejores. Las mujeres, ya ves, tantas veces ni siquiera pudimos entrar, qué decir de que nos eligieran. Los muertos a menudo mueren, dicen, dos veces: en su muerte y en el olvido impuesto por los vencedores. Las muertas a menudo mueren tres, mueren también en lo que no vivieron. Hay pequeñas tareas de rescate. Alguien sopla sobre las brasas. Pero no es consuelo porque no es suficiente.

—¿Cómo puede importarte todo esto si nadie eligió que sucediera?

—¿Cómo puede no importarme?

—El mérito no existe, lo creo, aquí no hemos venido a merecer o a no hacerlo. En cambio, aunque lo intento, no puedo aceptar las consecuencias. Significaría que tampoco elegimos la clase de persona que queremos ser.

—Ni la que vamos a ser.

Salen fuera. Andan un rato hasta encontrar una zona con hierba y se sientan. Hay algunos estudiantes diseminados en grupos, no son muchos. Del grupo más cercano llegan ráfagas de una conversación, una voz pronuncia la palabra «pangénero», otras intervienen y después todas se quedan calladas hasta que vuelven a llegar palabras sueltas que se mezclan con voces agudas y graves venidas de más lejos. Un chico con rastas se acerca para pedirles fuego. Olga saca de su bolsa un mechero naranja y se lo regala.

—¿Y si ves que alguien se equivoca?

—Tendré que intentar explicarle que creo que está en un error.

—Pero ¿si tiene que equivocarse?

—Lo hará.

—¿Y si tú te equivocas, si estás a punto de hacer algo malo, egoísta, algo que podría causar daño a otra persona?

—Tendré que evitar hacerlo. Tendré que darme la orden de no hacerlo. Si no lo logro, sentiré remordimiento y la necesidad de reparar el daño.

—¿Y si no es así, si ni siquiera consideras que está mal hecho, si lo haces y después no te importa?

—Vivimos de acuerdo con las normas que nos hemos

dado. ¿Qué importa si esas normas proceden de un pequeño y fabuloso fantasma interior o de la misma sustancia que compone el sol, las piedras?

—Importa porque hay acciones mejores que otras.

—No tienes que renunciar a saber eso.

—Mi abuela vivió toda la vida atormentada por los gritos de mi abuelo. Por una supuesta autoridad que mi abuelo no merecía pero que ejercía contra ella.

—Alguien debería haber podido frenar a tu abuelo.

—Pero ese alguien no apareció nunca.

—Hay errores.

—Es al revés, Olga. Todo es error. De vez en cuando hay claridad, de vez en cuando hay aciertos.

Olga se tumba boca arriba sobre su chaqueta. Se da la vuelta, mira a Mateo aún sentado y le ofrece una parte de la chaqueta.

—Gracias, no tengo frío —dice Mateo, y se tumba a su lado—. Olga, ¿no te da miedo la indiferencia?

—Bueno, es difícil estar como estamos ahora, divisar uno o dos planetas, un par de estrellas, pensar en esa canica perdida en el universo que es la Tierra y no sentir un soplo de indiferencia, casi dulce, casi un alivio.

—Sí, pero la sensación dura un momento, este momento. ¿Y mañana? ¿Cuando veas que algo está mal hecho, cuando sientas ese impulso que te lleva a no tolerarlo, a organizarte para evitarlo, a seguir aunque estés cansada? ¿No te da miedo dejarlo pasar?

—No. Inténtalo. Ya verás como tú tampoco puedes

dejarlo pasar.

Mateo deja de mirar el cielo emborronado por el brillo de la ciudad y mira a Olga. Sabe que sus palabras han sido en cierto modo un elogio, si es que en el mundo de Olga caben los elogios. Tiene ganas de preguntar: Entonces ¿de qué nos sirve saber que no somos libres? ¿En qué sería distinto de pensar que sí lo somos? Pero calla, eso es algo que debe responder él.

—¿Crees que en Google alguien leerá nuestra solicitud? —pregunta en cambio.

—Aún no está terminada.

—Ya, pero ¿qué piensas?

—Que alguien la leerá, Mateo. Por eso la escribimos. «Sería deseable que aquellos de nosotros que comenzáramos a sentir un poco y de forma diferente lo ocultáramos.» Lo encontré en una publicación de un grupo surrealista. Sabía que no hablaba de mí, ni de quienes sienten como yo. Tampoco hablaba de este colectivo de dos que somos, Mateo. Aunque, durante un tiempo, lo interpreté así: debíamos ocultarnos como antiguos espías, correr cortinas y persianas cuando conectásemos nuestras radios de alta frecuencia. Enviar mensajes cifrados solamente. De lo contrario, aquello que habíamos llegado a saber se perdería en un mar de confusión.

—¿Por qué has cambiado de idea, por qué me lo dices, por qué quieres que lo escribamos?

—Por tu amigo, el tiempo —dice Olga—. Pensé que no

podíamos no intentarlo.

—Pero Google tiene datos para creer lo mismo que tú, igual que miles de científicos. Y también muchas personas que no son expertas. Lo que nadie puede es demostrarlo.

—Las teorías nunca demuestran, sólo encajan, sirven para explicar; crean significaciones y se arriesgan hasta que llega otra que encaja mejor. Digamos, en su lenguaje, que es probable que, gracias a la acumulación de nuevos datos, observadoras y observadores de mentalidad abierta terminen poniéndose de acuerdo y tiendan a coincidir en el diagnóstico.

—Y si eso pasara, Olga, ¿no te daría miedo? Si la aportación de nuevos datos modifica la creencia inicial.

—Entonces también podría modificar el comportamiento.

—Puede empeorar.

—No creo. La modestia no suele empeorar los actos morales.

—La resignación empeora, como mínimo, los actos políticos —dice Mateo—. Y el fatalismo, también.

—Yo imagino otra fase, otro conjunto de variables. Si supieras que sólo haces lo que puedes hacer, y al mismo tiempo no pudieras renunciar a la sensación de elegir porque te constituye, como las arterias, como la piel: ¿elegirías mirar hacia otro lado?

—Muchas personas lo harían.

—Como ahora —dice Olga—. Mi apuesta es que serían

menos. Pero ni siquiera eso es tan importante. Piénsalo desde el otro lado: si supieras que sólo haces lo que puedes hacer y al mismo tiempo no pudieras renunciar a la sensación de elegir, ¿aceptarías lo intolerable, dejarías que te destruyeran, te conformarías con unas pequeñas limosnas de tiempo o tratarías de buscar a quienes compartieran tu situación para levantarte a su lado?

—Todo lo que dices es contradictorio.

—Lo sé, Mateo.

A pesar de la contaminación lumínica, tras un rato mirando han logrado ver estrellas nuevas, pocas pero las suficientes para recordar a Mateo que las personas que, en ese momento, teclean junto a una pantalla o se cepillan los dientes antes de ir a dormir son menos que briznas de hierba en el universo, y aun así son únicas. ¿Podrán pensar eso algún día los robots? ¿Fumarán un cigarrillo para calmar el tiempo? ¿Mirarán a lo lejos, la mano izquierda extendida con los dedos entreabiertos, imaginando que lo fuman? Es probable, becaria.

—No he olvidado mi pregunta. ¿Adónde te vas, por qué?

Olga se incorpora y le cuenta a Mateo lo que él ya casi sabe, lo que ya ha adivinado. Que se irá de aquí y morirá sentada, como Terry Pratchett. Que será pronto. Que ha hablado con su hijo. Que está tranquila.

Olga se tumba de nuevo a su lado. Cuando ya no quedan más razones ni preguntas, cuando Mateo comprende que debe dejarla partir, su mano se aferra a la

de Olga, esta vez a conciencia, guardando cada segundo de estar juntos, tendidos frente al espacio, cogidos el uno al otro.

Vuelven a casa no muy tarde. Esa semana Olga tiene asuntos que terminar y ha pedido a Mateo dos o tres días sin verse, y que avance él con la solicitud. En el tren, Mateo le cuenta que ha conocido a alguien. Se han visto un par de veces, han tomado algún café, se han escrito mensajes mucho más de lo que han hablado en persona. Mateo ha tenido esa sensación de que la oscuridad se levantaba como niebla. Olga asiente y aprieta su mano con fuerza, como trasvasándole una herencia de alegría. Mateo lo agradece pero eso no le calma. Las personas no son intercambiables. No puede perder a Olga. No.

8

Al día siguiente Mateo se levanta al amanecer y baja de la litera sin hacer ruido, su hermano y sus padres aún duermen. Te preguntarás para qué necesitan Mateo y Olga escribirte o saber algo si creen que todo se podría, aunque quizá nunca se pueda, pronosticar. Para qué dirigirse a ningún sitio, por qué no se limitan a dejarse llevar mientras el cerebro del padre de Mateo se desmigaja, el cuerpo de Olga se extingue, mientras el país de Olga y Mateo se viene abajo. Es un dilema circular: Olga diría que si es cierto lo que ella afirma entonces ni ella ni Mateo podrían estar haciendo otra cosa que lo que hacen. Por lo tanto, Mateo no podría dejar de haber bajado al trastero donde se dispone a preparar una bomba. Sí, has leído bien, una bomba.

No tienes que convencer a Mateo de que la violencia individual no es una salida, lo sabe de sobra. Dile, en cambio, si conocerán la euforia los robots, si conocerán el canto, las hogueras, si saldrán a caminar de la mano de un ser humano o de otro robot. Mateo piensa que los robots también tendrán un límite, un punto en el que todo estalla, y en el que serenamente dicen: Ahora reaccionaré. Mateo

quiso mucho a alguien. Lo expresa así, en pasado, te parecerá extraño que una persona de veintidós años hable de sí misma en pasado y del amor en singular. Se refiere a que antes se enamoró varias veces, dijo palabras, adoró algunos cuerpos, envió fotografías y canciones, se las enviaron, escribió mensajes como negras llamadas y se los escribieron. En el barrio de Mateo, Google, que será, a tus ojos, un suburbio de un país atrasado, se aman también, como quizá no supones, y prenden fuego a las teclas y en una fotografía esperan concentrar un pequeño secreto a voces, íntimo e irrepetible. Pero una vez Mateo amó de manera distinta. Quizá no tan distinta. Quizá fue sólo, de nuevo, amarse a sí mismo en el amor, sentir la fascinación del propio cuerpo por su entrega. No obstante, a él le pareció distinto, como quemar las naves: se vio salir de casa, puede verse todavía, se vio entrar en la calle con una determinación serena, no había locura en él, no había siquiera imprudencia pues no pensaba que el amor fuese aquello que ofusca y nubla sino lo que despeja la mirada mientras el cuerpo y la mente van al lugar al que podrían ir.

Aquella tarde Mateo fue hasta el lugar donde era esperado, amó mucho. Cuando regresó la tierra le parecía ligera, las discusiones de su casa se escondían como algunos frutos entre las ramas. Una vez amó mucho. La persona a quien amó ya no existe, se fue en un instante, sin avisar. No estaba corriendo, como William G. Chase, pero cayó sin remisión al atardecer, en la infancia

imaginaba que así caía el Principito al ser mordido en el tobillo por la serpiente. ¿Amarán mucho los robots? Y si aman mucho, ¿adónde irá a parar ese, digamos, exceso de vida, ese estado de ánimo maravillado, la suspensión del desorden, esa sensación eléctrica de estar no sólo haciendo lo que se quiere sino, también, queriendo lo que se quiere?

Si aman mucho, Google, un día, un buen día es posible que cunda en ellos la desesperación. Aquel o aquella a quien amaban muere: ¿de qué les servirá entonces saber que todo estaba previsto? Y si aman mucho tendrán que preguntarse por el mundo al completo, por las personas que no tienen un sombrero ni un caballo ni una nube. Preguntarse por qué sucede que a alguien, aun no muriendo pronto, aun viviendo varias décadas, pueda sin embargo faltarle el tiempo para desenvolver sus anhelos, desdoblar sus camisas, colgar sus aptitudes de la percha. La sed de amabilidad y de justicia se volverá entonces un impulso incontenible, y querrán que se repartan los pesos, y no consentirán que alguien quiera cambiarles una ventana por la idea de una ventana, un aperitivo al sol por el deseo jamás cumplido de un aperitivo al sol. ¿Pondrán bombas los robots? ¿Madurarán cien años en un segundo, comprenderán de golpe que también van a morir y que sólo la bondad tiene sentido? ¿O harán actos ilógicos? ¿Harán actos gratuitos?

Te revuelves, Google, dices: Habíamos descartado esto, el globo de gas, los petardos, el atentado en tus oficinas.

Mateo y Olga eran una mota de polvo contra un río. Claro que siempre les quedaba el ridículo. Esa extraña fijación con que personas no del todo desequilibradas emprenden actos que ponen en peligro su reputación sin motivo suficiente. Algo así te incomoda. Tú serías capaz de arriesgar una punta de tu imagen ya consolidada, pero sólo si se tratase de un riesgo productivo. Si la dimensión de lo que puedes ganar sobrepasa aquello que puedes perder. Más que internarte en un terreno peligroso, emprendes un cálculo. Hay, sin embargo, seres humanos que usan otra lógica, una que aún no sabes cómo formular y sobre la que te preguntas si es realmente una lógica.

Estimado Google, no te dejes llevar por el cliché. No pienses que a Mateo le mueve la venganza, no pretendas encajarle en el perfil del lobo solitario con la vida dañada a quien, en este momento, ya no es necesario entender sino sólo localizar y neutralizar. Problemas mentales, fanatismo, sociopatía, querer desquitarse cayendo en el intento. No siempre se cierra el círculo. Deberías recordar que todos los sistemas están abiertos a eventos que alguien juzgó exteriores, que quiso dejar fuera pero que transformaron su trayectoria.

Es relativamente sencillo montar un artefacto casero capaz de destruir unas cuantas habitaciones y, también, Google, vidas. Las instrucciones para provocar una explosión están, como bien sabes, en ti. Te sería fácil rastrearlas todas, borrarlas todas. En tal caso los interesados también podrían encontrarlas, pero les costaría

más. Sin embargo, no las borras; lo más complicado, argumentas, es encontrar el límite: una bomba casera no es desde luego la forma peor de destruir entre todas las que albergas. No podrías eliminarlas sin convertirte en algo distinto de lo que ahora eres y, como no amas mucho, cabe suponer que apenas concibes la posibilidad de querer ser quien no eres.

Mateo empieza a montar su artefacto en el trastero de la casa. Aún debe ir a una ferretería y luego a una droguería, pero la mayoría de los materiales estaban en su casa y ya puede empezar. ¿Qué ganarías contratando a Mateo, Google? No veas aquí un chantaje, no va decirte que no detonaría la bomba si lo hicieras. Ni siquiera en los países del sur donde muchos seres humanos viven al borde de la desesperación se ha dejado de pensar. Por otro lado, ya te habrás dado cuenta, esta solicitud no trata de decirte lo que quieres oír. Mateo ha tardado en comprenderlo pero ahora lo sabe. No mentirá por ti. No fingirá ser quien no es ni aceptará que se puede perder todo mientras algunos seres como tú son cómplices y siguen ahí, sin inmutarse.

Por eso ahora Mateo te pregunta qué ganaría él. Y no acepta la respuesta de tu ristra de ventajas: guarderías, atención dental, todo eso que proveyeron algunos Estados en los tiempos de la guerra fría. Ni que le hables de cabañas en forma de sillones, o de lámparas de lava. De eso tiene en su país: sillones, a estas alturas cualquiera vale, recogido en la basura, cubierto con un trapo, o sentarse en el suelo para pensar. En cuanto a las lámparas,

se llevan dentro. Numerosas personas de su entorno conocen bien lo que es cerrar los ojos incluso cuando los tienen abiertos y quedarse mirando una oscuridad propia, invisible. Todas ellas tienen sobrada experiencia en hacer otras cosas imposibles, como esperar a quien saben que no vendrá, como internarse en aquella tarde en que salieron de casa y entraron en la de otra persona y amaron mucho, si vieras con qué naturalidad confiaron la una en la otra, aun cuando el tiempo diga: Somos instante, lo vivido nunca vuelve, en lo evocado sólo hay refugio.

Muy estimado Google, el tiempo y tú a veces os sentís un tanto omnipotentes; os convendría ser cautos, toda prudencia es poca. Cuando las personas que no existen se encienden por dentro, no creas que sólo les pasan cosas en el interior. Quizá sea así al principio, mientras dura la lentitud y se diría que sólo están mirando la superficie del mar en una taza de café. Pero después se les activan las pestañas y las yemas de los dedos, se les abre el pecho a la altura del esternón y la piedad y las ofensas salen fuera, y la sed de justicia.

Por eso, Google, vas a tener que pensar un poco: qué ganaría Mateo entrando en ti. Un sueldo, claro. Un sueldo superior al de la mayoría de los trabajos que probablemente le estén destinados, y muy superior al subsidio de desempleo y a la nada subsiguiente. Eso es casi tanto como decir que ganaría la vida, se ganaría la vida contigo, pero Mateo de nuevo niega lo convenido, lo que no se discute. ¿Por qué, di, se paga siempre el trabajo

una vez que ha sido realizado? Durante veintinueve días se trabaja y no se cobra: ¿acaso las personas no están vivas? Eres tú quien se gana la vida con el trabajo de las personas, no es Mateo quien compra un sueldo suplicando que le dejes trabajar para ti. Eres tú quien suplica sin saber, pides a las personas que trabajen y les pagas por ello. Claro que Mateo va a necesitar un salario, pero si no lo encuentra intentará arreglárselas: vivirá con otras personas que compartirán su sueldo o su pensión, su casa o sus fuerzas con él. Cosa que duda que pudieras hacer tú. Oh, sí, tú sigues siendo el propietario, estás al mando; el orgullo con que te habla no le hace olvidar que es él quien se dirige a ti. De acuerdo, escucha. A estas alturas es absurdo que Mateo quiera infiltrarse en ti, las personas que se infiltran no escriben largas cartas sembrando sospechas.

Mateo no se propone llegar en la noche a alguna de tus bases de datos sumergidas en el agua más fría del océano. La vida a veces, la vida casi siempre es demasiado concreta, en especial la vida de quienes no existen. Mateo supone que desde una habitación en un hotel de lujo en las montañas las vistas pueden llegar a ser deliciosamente abstractas. En ocasiones no hace falta el hotel, basta con la relativa seguridad de una casa y unos «ahorros»; qué palabra trampa, Google: sabrás que viene de libre, horro, es decir, de no ser esclavo; en tu lengua, *savings*, algo parecido a estar, fíjate, salvándose, pero las dos omiten: mientras los demás siguen siendo esclavos, mientras los

demás se hundan. Basta, en fin, un trabajo que conceda al sábado o al domingo la condición de descanso y entonces incluso ver una película perfecta o hacer senderismo puede resultar abstracto, ya sabes, amable, sin peso.

Lo concreto, en cambio, suele ser lo demasiado concreto, como cuando abres un nuevo brick de leche, lo sirves en el vaso pero la leche está mala, se ha cortado en fragmentos y parece un iceberg desmenuzado y ácido: eso es demasiado concreto. Las discusiones insignificantes que amargan una conversación son demasiado concretas. Las sumas y restas que se hacen cuando el dinero no llega y entonces se repiten por la mañana, por la tarde, al acostarse, como si la repetición fuera a modificar el resultado. Mateo no dará alas a este asunto. Hay personas expertas en demorarse en los detalles de lo que duele, puedes buscar sus textos con facilidad en ti. Por su parte le basta con que trabajes cuarenta segundos imaginando a cualquiera de esas familias que son desgraciadas cada una a su manera. A todas esas personas que a lo largo del día o de la noche dicen, escriben, pronuncian para sí: Estoy deshecha, o deshecho, no puedo más.

¿Qué harían los robots en su lugar? ¿Podrán morir? ¿Podrán dejar de ser? ¿Es un rasgo de la vida precisamente llevar en su interior los dispositivos que provocan la muerte? ¿Habrá que construir esos dispositivos o morirán quizá por entropía los robots, como mueren las rocas por erosión después de siglos y siglos? Cuando falte la energía que pueda alimentarlos, ¿morirán

o permanecerán a la espera en una eternidad deshabitada y solitaria? ¿Habrá que desintegrarlos mediante explosivos, borrando su sistema, habrá que matarlos para que mueran? ¿Podrán suicidarse los robots? ¿Y quién sofocará el sollozo de «aquellos labios pálidos que al odio y la ignorancia prefirieron la muerte», tal como canta aún en ti Fabrizio De André?

Las personas desgraciadas cada una a su manera morirán, y a pesar de todo habrá habido fogonazos en su vida, el tacto, sonidos armónicos cuando todo, de momento, está saliendo bien. «¡Qué esfuerzo del caballo por ser perro!» Vamos, Google, busca. Es un poema de Lorca, se llama «Muerte». Al principio a Mateo le resultaba raro. «¡Qué esfuerzo del perro por ser golondrina!», era chocante, sí. Pero ahora lo entiende. Le gusta. Quién no tiene una diferencia, quién no ha pertenecido a algo en secreto, quién no se ha desplazado por una habitación con movimientos elegantes cuando nadie miraba, como si todo estuviera bajo control. Y sin embargo a veces Mateo querría escribir «qué esfuerzo del caballo por ser caballo». Ser lo que se es llega a parecerle extenuante.

Mateo supone que si le admitieras, Google, lograría escapar de lo concreto, del miedo a no contar y a no tener garantizada la reproducción. Podría incluso poner en marcha algún proyecto e invitar a su hermano pequeño en los veranos, salvar un poco a sus padres, que es salvar también un poco a los hijos futuros. Pero no era eso. En

realidad, y como casi siempre, lo que le ofrecías no podía separarse de lo que él te daba. La primera vez, cuando Mateo empezó a redactar su solicitud en las casillas de tu formulario, se suscribió además a las noticias de tu universidad. Cinco proyectos cada tres días, más de mil proyectos o noticias de avances inminentes y en ninguno, Google, has hablado de otro miedo que tal vez tú no tengas, que acaso no conozcas: quebrarse, caer sin haber llegado a alcanzar el honor de las personas que no existen, su fuerza y dignidad.

Una estrella no puede cambiar su lugar en el conjunto del universo, un planeta no puede cansarse de girar y emprender su camino en línea recta. Olga y el hombre de pelo escaso y blanco van a marcharse al día siguiente a Zurich: dos estrellas que han elegido el momento de apagarse. Quizá sólo eran dos aves migratorias cansadas de volar. En Zurich y en otras zonas de Suiza, lo conoces bien, es posible morir con el apoyo de organizaciones voluntarias.

Algunas personas, las que se lo pueden permitir, Google, viajan allí para que se les proporcione una sustancia líquida que sabe un poco a ginebra y que sin dolor, en apenas una hora, te duerme para siempre. Son profundamente injustas las leyes que imponen que el dinero separe a las personas también en su forma posible de morir. Pero el acto en sí no es nada triste, se parece más, imagina Olga, al momento que las personas introvertidas buscan cuando están en una fiesta, esos

minutos de salir un rato fuera del lugar donde los demás charlan, bailan, y tal vez apoyarse en una barandilla o sentarse en un porche y oír los grillos, mirar a las personas desde lejos, sentir el aire en torno a la piel y notar que su energía se recarga, que el mundo gira y ellas podrían volver pero también podrían quedarse ahí, fundirse con todo lo que calla si fuera necesario. Olga y quien fuera su amante y ahora es su amigo, con distintos diagnósticos y pronósticos similares iban a morir y preferían entrar suavemente en la noche: un gin-tonic en la mano, la sustancia mezclada allí, dos sillas de madera junto al muelle de un lago. Y gentes amigas que lo saben y se ocuparán de sus cuerpos después.

No todas las personas quieren anticiparse, a veces conocen el diagnóstico y desean apurar su tiempo, su resplandor, los días con sus seres amados entregándoles el último trayecto, la dependencia y la despedida. Nadie debería imponer una u otra forma de morir, ¿no crees, Google? Por eso, cuando sucede que por las circunstancias del entorno y de su vida alguien prefiere irse antes, ha de poder hacerlo, no debería ser un impedimento carecer de dinero para instalarse en otro país, ni carecer de la información necesaria. Lo triste no es el lago al atardecer ni las sillas junto al muelle con el último gin-tonic. Lo que Mateo se prohíbe imaginar es el momento de pasar por casa de Olga y saber que ya no va a estar nunca. Pero, al menos, Mateo sabe que en dos días volverá a verla.

9

Hoy, tras volver de la ferretería y de la droguería, Mateo decide hablarte de su casa a la que no tienes acceso. De los muebles. De la cara de su madre y de cómo en el pómulo derecho empiezan a formarse las mismas pequeñas arrugas de jardín rastrillado que tenía su abuela. Hablar de las variaciones. Su madre a veces baila vales mientras se desplaza por la casa y patina entre abetos imaginarios; al mando, su corazón hambriento. Semanas atrás su padre ha empezado a gemir lentamente algunas noches y se abraza a ella. Cuando dejan la puerta entreabierta, Mateo le oye. Quién, de entre los más de siete mil millones de personas, Google, sabe escuchar cómo se apaga el corazón de otra. Une, Google, los vales con la noche. No compadezcas a Mateo, no es lo que está buscando. Puede también contarte que su hermano pequeño a veces le recuerda a Perelman. No por su capacidad de computación, que no se ha dedicado a medir. Su hermano es divertido y, a pesar de tener sólo trece años, sabe escuchar y sabía ser lento. El curso anterior le ofrecieron cambiar de centro, ingresar en uno que se caracterizaba por buscar, decían, la excelencia. Su

hermano miró la página web del centro nuevo. Aparecían participantes contando que gracias a ese programa habían aprendido a razonar, no sólo a hacer ejercicios. Habían aprendido, aseguraban, mucho más que en sus anteriores centros escolares porque la forma de enseñar era interesante, amena, con sentido. Su hermano dijo: Lo que no entiendo es por qué, si eso es posible, en vez de convertirlo en algo especial, no hacen que las clases sean así para todo el mundo. Lo dijo y decidió no presentarse.

Cuando Mateo y su hermano y todas las personas de su entorno hayan muerto, cuando tú, Google, puedas hacer un batido de signos con parte de sus recuerdos, alguien quizá se pregunte si vivieron o no según un código aleatorio y cómo se programó en sus vidas la búsqueda de la verdad, la justicia, la belleza. En ningún sitio, Google, ni siquiera en ti, quedará constancia de los actos gratuitos, los días en que hicieron el ridículo sin que nadie les grabara ni les fotografiara, y cuánto se rieron. Imagina que ocurre lo contrario: un huracán de lava, un huracán del daño cometido y que ningún acto se olvide, cada instante en que pudieron ser amables y no lo fueron, en que pudieron actuar con generosidad y no lo hicieron, quedaría para siempre escrito en matrices de color naranja sobre el fondo negro del espacio profundo. Has de saber que a los efectos no importaría si pudieron en verdad no hacerlo o si sólo creyeron que era posible evitarlo. No importará.

La bomba que Mateo guarda en el trastero es cilíndrica.

Puede sacarla dentro de una bolsa de deporte no muy grande y llevarla colgada del hombro. ¿Qué debe pensar Mateo? Si la probabilidad de las causas ya ha sucedido, si el azar estaba en él, si su yo no existe, ¿en nombre de qué voluntad desarmar el artefacto o producir la explosión? Recuerda, lo que tú puedes darle está unido a lo que él te puede ofrecer. Sus ojos de robot, su pulso de robot, su amor humano en el rincón más oscuro de la brisa que nadie quiera. Esto último es un trozo de un verso. Cuando te parezca que los poemas tratan de lo que le pasa a la persona que los escribe y sólo de eso, recuerda: los seres humanos son distintos e iguales. El poema lo sabe, de manera que leerlo es lo contrario de resolver un acertijo para descubrir a qué episodio, matinal, por ejemplo, se refiere. Mateo entró en el rincón más oscuro de la brisa, la que nadie quiere, pudo tal vez ser abdicación, ser aguacero o tripular el poema hacia la salida. Comprueba, Google, si Olga, la chica de la pizzería, Roberta, el hombre del escaso pelo blanco, los familiares de Olga y de Mateo podrían a su vez visitar ese rincón, al mismo tiempo suyo y lejano. Y dejar que el rincón les habite y, cada uno a su manera, desconocerse.

Tal vez sigas aquí sólo porque Mateo escribió todo esto sobre el papel y todavía no puedes controlar el tiempo. Las palabras no pasaron a la red, de modo que, si bien quizá creas haber localizado su barrio, su trastero, no sabes si se ha ido, ni sabes si lo que va a contarte ya pasó y fuiste incapaz de evitarlo.

En cuanto a ti, becario, Mateo supone que, seguramente, al mirar el exterior, la trayectoria de los coches, de los pájaros, o al imaginar los afluentes de electricidad en tu cuerpo una mañana, sentiste que formabas parte, que aunque lo pensaras no eras un outsider, que tu vida no se desplazaba al margen sino dentro y prometiste vivirla con intensidad hasta el punto donde las causas la terminen.

Durante siglos los hombres y las mujeres creyeron en la programación divina. Con treguas, con momentos de confianza en la autonomía de cada ser. Ahora que van sabiendo tantas cosas, descartan la figura del gran programador pero empieza a no tener demasiado sentido hablar de un yo que se autodetermina a voluntad. Sin embargo, becario, la mayoría de las personas lo dejan a un lado, prefieren el orgullo por cosas que no merecieron. Conocerás la historia del barrio, próximo al de Mateo, que quiso hacerle una estatua a un músico. El músico replicó que era mejor que el Ayuntamiento gastase el dinero en otros asuntos, que él no necesitaba ese homenaje. Algunas personas aplaudieron su humildad. Otras, sin embargo, comprendieron que la estatua no era un homenaje al músico sino al barrio mismo, a las canciones, a la música del músico, una música que, por cierto, no le pertenecía. Al parecer, el músico, a su manera, poco a poco también lo entendió.

No hay ningún mérito, Google, en poner notas una detrás de otra, ni en operar corazones, ni en alisar las

sábanas del moribundo, y que no haya mérito no resta valor, por orden inverso, a la canción, al corazón rectificado, a las sábanas lisas que alivian la espalda de quien agoniza.

Mateo supone que vas a preguntarle por aquellas vidas que prefirieron morir a traicionar, que entregaron su luz, su fatiga, sus años futuros para perseguir y sostener la libertad común. Vas a preguntarle, pues él lo hubiera hecho en tu lugar, si se atreve a decir que esas personas no tuvieron mérito. Te gustaría, tal vez, que lo dijera. Pero comprende que para esas personas el mérito es del todo irrelevante. Si el clinamen, el viraje, la desviación que quiebra los pactos del destino existiera no estaría en los átomos sino en esas personas. Ellas son el error en el código, la innovación que aún no comprendes, lo que a veces os impide, a ti y a personas jurídicas como tú, arrasar aún más los países para apropiarte de energía y recursos que no te pertenecen. Sería quizá un descanso para ti saber que ellas no son magníficas.

¿Te aliviaría también o te avergonzaría saber que tus desmanes, los impuestos no pagados, las leyes no cumplidas, los abusos en las negociaciones, la constante explotación de quienes manufacturan tus materiales, limpian tus pasillos, bucean para instalar en el océano tus servidores, sería, di, un alivio o tal vez una vergüenza saber que todo eso no lo hiciste guiado por la deliberación, la voluntad, la luz de tu inteligencia sino ateniéndote a impulsos que no te pertenecían? Los seres

humanos no son marionetas porque no hay titiritero, no son ordenadores porque nadie les programó, emergieron un día hacia la realidad como los abedules, o como una mujer que en la sobremesa toma una guitarra, empieza a tocar y va asintiendo a medida que los demás comensales incorporan su voz y la acompañan.

Mañana Mateo verá a la chica de quien ha hablado a Olga. Cuando las personas oyen decir que el carácter es azar, que el destino es azar y que el azar es desconocimiento, a menudo preguntan ¿Qué más da?, y dicen: No importa porque nunca podremos preverlo, nunca podremos saber con seguridad absoluta lo que va a suceder. A Mateo sí le importa. Si en algún momento se demostrase que existía una aleatoriedad intrínseca en la materia querría saberlo: si había una pequeña desviación irreversible y tal era el motivo de que nada pudiera ser previsto, entonces, ese mismo motivo supondría que no eran las voluntades sino la aleatoriedad misma la que dirigía cada acción, y eso le importa. Y si, al contrario, llegara a saberse que todo era, al menos en teoría, previsible, y que tú, Google, con tu potencia computacional hipertrofiada y tus inmensas bases de datos dentro de milenios, si aún hubiera vida humana, podrías alcanzar a predecir, por ejemplo, cómo sería una tarde, esta tarde en la que Mateo ha quedado, si tocará sus manos, si morderá su boca, si algo de lo que digan les indispondría el uno contra la otra sin motivo y entonces se acabará la cita o si dejarán que pase y habrá una luz

resistente por encima de sus cabezas y les dará la risa y el deseo seguiría su curso. Si tú pudieras decirle todo eso, Mateo se preguntaría, acaso durante un segundo, si quería o no vivirlo. De este modo, tú te habrías convertido en una causa nueva de su vida. Y eso le importaría.

10

Ha regresado. La tarde, la piel contra la piel, el sol fundido, las campanas. Supón que no quiere contarte más. Pasa el día trabajando, en el trastero la bomba acecha aún sin conectar, como una vida que no hubiera empezado a latir.

Deja ahora que Mateo te hable de su noche, su última noche con Olga.

Cuando Mateo llega al bar encuentra a Olga en la entrada, fumando junto a Roberta. Aquellas dos mujeres parecen felices, emiten una fuerza extraordinaria. Lo excepcional del gesto, sin embargo —ver a Olga con un cigarrillo real y una tos leve que, no obstante, parece romperla, y ver el broche con la piedra amarilla que ahora brilla en el uniforme blanco de Roberta—, devuelve a Mateo con brusquedad a la inminencia, al final, y echa de menos a Olga de un modo insoportable.

Pasan los tres dentro del bar. Mateo toma la mano de Olga. Algunas personas piensan que Olga tiene miedo; otras dicen que no debería hacer lo que va a hacer porque es desdeñar un don. Ella no lo ve así. No siempre hay que esperar al último momento. Morir, dice, no es lo contrario

de vivir: morir es lo contrario de nacer. A veces no hay que aguardar sin hacer nada, a veces, algunas personas, según sus circunstancias o valorando su diagnóstico, pueden, como Terry Pratchett, añade mirando a Mateo, cerrar tranquilamente la puerta con sus manos, apagar la luz.

Olga se exalta cuando Mateo le habla de la bomba. Él dice que lo ha planeado todo para que no haya daños personales.

—Eso nunca puedes asegurarlo —dice Olga—. Y de cualquier forma, una bomba no tiene sentido.

Mateo replica que es, probablemente, un modo de que tú, Google, logres imaginarte la desesperación. Dice que no parece que tengas demasiada visión espacial y Olga se ríe. Pero su enojo vuelve.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Te lo digo ahora. No quería meterte en líos.

—Es un error, lo sabes.

—Ni siquiera me has preguntado dónde la usaré. Haré estallar una parte del Registro de la Propiedad. He previsto el modo, la hora, he medido la potencia del explosivo, su onda expansiva para evitar heridos.

—¿Y qué vas a conseguir?

—Quizá que alguien se siente a pensar en lo que tiene, en por qué lo tiene.

—¿La becaria? ¿El becario?

—No lo sé. A veces pienso que la información sigue su camino. Una vez que introduces algo ya nada será como

si no lo hubieras dicho, como si no lo supieras.

La bomba casera, piensa Mateo, es una minucia comparada con esta otra bomba cotidiana: la desaparición inevitable de los seres queridos. Mateo abraza a Olga sin avisar y ella le acoge; pasan mucho tiempo quietos, con los ojos cerrados.

—Quédate —dice Mateo— este día y esta noche conmigo.

Estimado Google, no hay ningún desenlace sorprendente en esta historia. Los desenlaces, como bien sabes, no existen. Mateo y Olga siguen hablando hasta las dos. Olga promete llamar a Mateo desde Zurich y esperar hasta que acabe de escribir el texto y se lo lea. A su vez, le hace prometer que si decide detonar la bomba se lo dirá a la hora que sea y que, si no la encuentra en casa, esperará, que no hará nada hasta que hablen.

Cuando Mateo vuelve a casa su padre está llorando en la cocina.

—No es nada, es que no me duermo —dice.

Llora por no poder dormirse, como dicen que les pasa a los bebés. Le han dado pastillas, pero no le hacen efecto. Llora porque se da cuenta de que cuando no duerme a la madre de Mateo le cuesta más conciliar el sueño y al día siguiente tiene que trabajar, y por la tarde acompañarle al médico, pues hay instrucciones que él ya no capta bien. Ella tiene que hacerse cargo del futuro y del presente, si no duerme no tendrá fuerzas y él no encuentra el modo de ayudarla. Sabes que vienen unos años duros, ¿verdad,

Google? La pobreza se esparcirá no como humo ni como polvo, sino como un plaguicida fumigado a propósito desde las avionetas sobre los campos. La desesperación de no poder dormir, de no aguantar de pie, de no tener descanso mientras otras personas vagan en la miseria sin lograr ganarse la vida, y no es una expresión: es no poder ser. ¿Hay manera de evitarlo? ¿Acaso esa pobreza que se esparcirá no procede de la cadena de causas? Alguien, Google, debería, sí, sentarse a pensar. En la variable inesperada. En quienes no traicionaron y en quienes ni siquiera pueden traicionar. Porque no es tan difícil hacerse a la idea de que se es un robot, uno con mérito, cuando las cosas no van mal, y por supuesto cuando van bastante bien y también espléndidamente bien para algunos individuos que presiden tus consejos y evaden impuestos y colocan a sus hijos y pueden permitirse ser generosos con quienes están cerca. Pero dentro de unos años habrán muerto tanto los becarios como las directivas como los presidentes de consejos de administración que ahora sueñan con conectar su cerebro a un dispositivo, hackear su ADN o hacer cualquier otra cosa para no morir, sin comprender que mueres un poco a medida que tu entorno va muriendo.

Dentro de unos años varias generaciones no estarán. Entonces, si el espíritu existiera tendría que ser lo contrario del ruido: las vidas que menos daño hicieron deberían sonar en algún sitio no puro sino ajetreado y alegre, como el teatro popular al que acudía Perelman en

vaqueros, despeinado, disfrutando de la claridad de las notas que ascendían seguras hasta el gallinero. Las otras vidas serían apenas proyectiles golpeándose unos a otros en el reino del caos. Esto, como sabes, ya lo inventaron varias religiones; sin embargo millones de máquinas humanas han caído, heridas, machacadas, y no hubo paraíso.

Aunque la capacidad de predecir haya avanzado de manera inquietante, la ventaja de Olga y Mateo sobre ti, Google, es que no sabes qué harán en el minuto siguiente. Su ventaja es que los datos, cuando te atrevas a mirarlos sin sesgo, sin enmascaramiento, te mostrarán que el mérito no existe, el talento no es propio, ni siquiera el esfuerzo para alimentarlo, la capacidad de concentración o la energía, la experiencia o la oportunidad. Pero esos mismos datos, los mires como los mires, nunca te negarán que exista la desesperación.

¿Cómo surgieron las cosas, las creencias, las teorías? ¿Cómo se fue pasando de vivir para alimentarse a vivir también para explicar el mundo, para tratar de comprender? Todavía no puedes analizarlo, Google. Careces de un modelo matemático inverso que sepa conducirte a esas zonas donde la sociedad humana produjo cambios de estado, comunidades no tan injustas, humor, familias no tan injustas, compasión, leyes no tan injustas, alegría, física y matemáticas, formas de la verdad.

Algunas cosas sabes. Por ejemplo, que casi nada fue

obra de seres humanos solitarios. Lo racional es tan bello, parece un fulgor, parece el comienzo de una lucecita indestructible que atraviesa ropas, ladrillos, espesura. Pero del trayecto de esa luz se ha hablado poco, en realidad. Se conocen los principios de la razón, algunas de las obras donde quedaron recogidos. No obstante, aunque a veces se diga, casi nunca se asume que la razón fue tan cobarde como los generales, permaneció en lo alto de la montaña mientras los cañones se cebaban con hombres y mujeres desesperados, no fueron dos ni cinco sino cientos de miles y ni uno solo era un número: tenían cuerpo, cuando podían desayunaban advirtiendo el paso de la noche al día, mirándose las manos a veces con asombro, y aunque tú no los conozcas, tenían sueños, Google, sueños que no escribieron nunca. Para que se aboliera la esclavitud, para que se enunciara el derecho universal a la educación o al voto, para comprender que era la Tierra la que giraba alrededor del Sol no sólo fueron necesarias las voces de los investigadores, de las sufragistas, de los científicos y activistas, hicieron falta también y sobre todo cientos de miles de mujeres y hombres cultivando el trigo, fabricando tinta, papel, limando los cristales que un día serían lentes de telescopios. Y la razón —¿o habrá que decir los propietarios de la razón?— esperaba sobre su montura, tan cobarde como los generales.

Olga quiere decirte que ella no está desesperada. Hubo momentos, sí. Pasó sus días. Sin embargo, por lo que se refiere a la parte que le ha correspondido en esta solicitud,

ella se considera un conductor, como el metal que deja que el calor lo atraviese y llegue a otro lugar. Pues incluso las personas que han sido felices a ratos, de algún modo, incluso las que se disponen a despedirse de la vida en días apacibles, conocen y conservan y pueden conducir la desesperación. Y ya sólo va quedando Mateo. Quizá juegues a suponer que si le ofreces algo se olvidará de esta insolencia, que tú y él os reiréis de ella dentro de un par de años. Ni siquiera, te dirás, necesitas llevarle a tus oficinas centrales. Bastaría un puesto cualquiera en Madrid. No pasarían más de seis meses antes de que Mateo empezara a convencerse de que consiguió el puesto en virtud de sus cualidades y empezase a creer en el mérito y empezase a olvidar la desesperación.

Mira, Google, si lo piensas bien, lo cierto es que has envejecido. Tú querías organizar todo el conocimiento humano, pero han llegado otras plataformas y te han mordido parte de ese todo, los «Me gusta», los snapchats, los momentos virtualmente compartidos quedan fuera de tu órbita. No importa apenas. Tu propósito no ha cambiado: cabe suponer que te las ingeniarás para descartar lo que es redundante en las redes sociales y, con tu personalidad jurídica o con otra diferente, organizar también el resto. En cuanto a Olga y Mateo, podrían olvidar esta solicitud. Si no la envían jamás sabrás que ha existido. Pero sí que van a enviártela. Pensar es a veces un baile, no muy lejos hay una suposición y, siguiendo el ritmo, puedes hacerla venir. Otras veces, en cambio, sólo

se escucha el silencio, ladridos de perros esporádicos, y hay que seguir avanzando. Hay que ponerse delante y mirar de frente esa hipótesis que a lo mejor no es la que querías. Porque al final del sendero empinado y sin luz hay una casa y llegan ecos de las voces, la calidez, las risas.

Parece probable que los seres humanos sean robots. Su mirada es a veces dulce, sus gestos no suelen ser perfectos ni completamente simétricos y eso les confiere un encanto particular. Su sentido de la justicia ha sido construido muy despacio, con trazo grueso y errores constantes, pero resiste. Su amor de robots es tan imperfecto, tan desorganizado, tan excesivo y, sin embargo, puede conmover. Y a veces, dirán Mateo y Olga sin razón aparente, surge una capacidad de sobreponerse, que es distinta de sobrevivir, que tal vez se parezca a empezar a vivir. Y de eso te están hablando. Considera que ni siquiera una carta tiene un único destinatario. Está escrita, es un texto. No es un objeto cerrado pues viaja en el tiempo y sobre aquellas personas que lo encuentran recae la capacidad de hacerlo abierto, de seguir introduciendo innovación a través de sus propios datos, sus perturbaciones, las huellas del futuro.

Por la tarde Mateo vuelve a quedar con la chica de la pizzería (es ella, claro, lo habrás supuesto, ya no le importa confirmarlo). Va a buscarla, la ayuda a terminar de recoger y luego visitan uno de esos lugares del centro de la ciudad con plazas, y un palacio y jardines. El viento allí les limpia del olor a pizza y a queso de plástico, deja que se pierdan esas moléculas y trae algunas nuevas, la protección de las magnolias, el reposo invertido de las fuentes. Cruzan la verja y pasean entre los bancos de piedra y los cedros. Las distintas alturas del jardín les permiten sentir que hay discontinuidades, cambios de plano, que desde algunos sitios la vista puede echar a volar por los estratos y alejarse. Se asoman a las barandillas de hierro, ven a otras personas acompañadas y a paseantes solitarios. Junto al estanque, las estatuas parecen representar el sosiego y la entereza, pero en su piel de piedra los corpúsculos vibran excitados, convulsos. Los aviones ponen chispazos de confeti en el anochecer.

Se besan como empezando, como si los sistemas biológicos no se gastaran y pudieran parecerse a un

axioma que se mantiene cierto, que puede siempre retroceder y volver a comenzar. Salen justo antes del cierre de las puertas y van a la avenida adoquinada. Miran las farolas, las ventanas, lo miran todo sin atreverse a creer que se han encontrado, que se desean tanto como para que no les importe lo que no son, que se desean aún más, tanto más como para buscar en el otro cuerpo precisamente lo que sí es, esas formas y no otras, ese pequeño cabeceo al caminar. Bajo los plátanos, en los jardines, Mateo le cuenta por qué piensa que los seres humanos son máquinas. Ella, extrañada, dice que no está de acuerdo pero que, aunque logre convencerla, seguirá pensando que es responsable. Es increíble, dicen Mateo y Olga, la cantidad de personas buenas que hay en este mundo. Saben que esta carta te gustaría más si en cambio te hablaran de la deserción, de esas zonas de la llamada condición humana fulgurantes de frío e impiedad, de los hechos atroces o de la locura del lenguaje cuando se vuelve indiferente a todos excepto a sí mismo. Pero la chica de la pizzería sacude su flequillo y no hace una lista con todo lo que podrían ser excusas para la fuga, la destrucción y la desidia, sino que le asegura que es responsable de tratar o no con amabilidad a las personas con quienes se relaciona, de cumplir las promesas, de estudiar los problemas para resolverlos. La bondad no es el mérito, no pertenece, sólo se ejerce, no se invierte ni se tiene en propiedad. Así, de forma gradual, pero también continua, como las cosas que se sostienen sin desaparecer,

una nota que dura, una mirada, la luz en la ventana del que espera, así, acaso lentamente Olga y Mateo dan en inferir que la bondad es el sistema más complejo, impropio, inderogable y explosivo de todos cuantos esta civilización conocerá.

Ni siquiera los robots saben —si acaso los seres humanos fueran robots— cómo se producen los cincuenta millones de pequeños pasos que van de las neuronas solas al pensamiento. Conocen muy poco acerca del proceso por el cual a veces las propiedades de un sistema no son la suma de las propiedades de las partes que lo forman. Mateo no puede evitar mirar a Abril —así se llama la chica de la pizzería— con ojos fascinados, y logra incluso pensar sin tristeza en la ausencia de Olga, en su partida.

Cuando Olga le contó que se iría, Mateo quiso decirle que no tenía razón, que no podía alinearse con el bando de la muerte. Pero Olga se adelantó:

—Son ciclos que se cumplen —dijo tocándole la cara—. A veces, en determinadas circunstancias, es posible saciarse de la vida, lo que no significa que no duela dejar a quien se quiere.

Se dijo, claro, que Olga había experimentado la maravilla y el dolor, se dijo que la entendía y que no conocía su pronóstico médico ni era quién para juzgarla. Pero Mateo la necesitaba. Entonces Olga volvió a hablarle del tiempo.

Tal como el Sol no gira alrededor de la Tierra podría suceder que el tiempo no girase alrededor de los seres

humanos. La vida de cada persona es un proceso irreversible pero acaso en las regiones del espacio-tiempo las cosas sucedieran de otro modo. Ya los románticos, tenlo en cuenta, Google, cuestionaron la idea de causalidad unidireccional. Cuando se dice que la bola de billar blanca que impacta sobre la roja es la causa del movimiento de la roja, no se dice pero se sabe que la bola roja es también la causa del movimiento de la blanca. El sentido interno del tiempo de los seres humanos les lleva a expresarlo de ese modo: la blanca golpea y provoca movimiento de la roja, olvidando que es posible pasar de lo lineal a lo geométrico y que, cuando el plano se despliega, a veces, pasan cosas que se cumplen pues obedecen a leyes que conocemos y pasan otras que no imaginamos pues obedecen a leyes aún sin formular.

Es preciso saber más del universo para poder atribuir verdad al intento cotidiano de poner un orden y situar las causas detrás de las consecuencias; tal vez ese intento no sea más que una forma de adaptación al mundo en que viven los humanos con los instrumentos que tienen y que sólo les permiten percibir una rodaja del tiempo, el pequeño corte transversal al que llaman presente. Tal vez el tiempo también se deshaga con la muerte, igual que la materia.

Olga se lo contaba con ojos sonrientes, las pequeñas arrugas en torno a ellos y a su boca se agitaban para dar a su semblante movimiento de llama, luz. Aunque poco le sirviera ese intento argumental, más que nada literario, a

la vida de Mateo sin Olga, poco no es nada: a menudo Mateo lo recuerda, la recuerda.

La noche se les hace corta a Mateo y Abril. Habitan un presente heterogéneo, relativo, el peso de sus cuerpos, de sus pensamientos y quimeras, distorsiona tal vez la distinción entre el pasado y el futuro, y andan por la ciudad como en un sueño, se mojan los tobillos con el agua esparcida en gotas menudas por los camiones de riego, se aman, Google, al margen de ti.

Puede suceder que, más que libres, los seres humanos sean simplemente probables, volátiles, carentes de una explicación. Podrías, por un momento, renunciar: entregarte al temblor, a ese murmullo aleatorio de fondo que envuelve a los humanos mientras viven y les da menos miedo que el silencio.

Los hombres y las mujeres, dicen que dijo un filósofo, nacen libres, responsables y sin excusas. No es seguro que lo formulara así, pues ¿cómo habría podido siquiera pensar que una criatura de tres semanas era libre? De acuerdo, quizá fuera sólo una forma de hablar, sin embargo, resulta indicativa del momento en que la imaginación deja de ser concreta. Quizá quería decir: nacen para ser, un día, libres, responsables y sin excusas. Qué día, eso ya es otra cuestión. ¿La mayoría de edad, un cumpleaños entonces, el cómputo arbitrario de un número de horas para otorgarles el control sobre la repercusión de su ayer y su ahora en el mañana? Y sin embargo, tú también has visto a las personas avergonzarse por lo que

no hicieron pero, pensaban, deberían haber hecho, y las has visto tomar la determinación de no ser acaparadoras y atenerse a ella. Aunque a éstas, Google, difícilmente las habrás visto vender su mérito.

De vuelta a casa, Mateo piensa que podría, como los robots, suicidarse. Y que no quiere hacerlo. Tiene ganas de volver a ver a Abril. Diría Sartre que su acto de no suicidarse es la firma con la que acepta el contrato por el cual recibe las leyes, la información genética y el azar. Pero no hay ningún contrato. Ahora que ha pasado casi un siglo, su frase se entendería quizá mejor si la cambiara por: El ser humano nace para ser libre, responsable y sin mérito. Mateo no pretende con esta corrección excusarse ni excusarte, Google. Eres responsable del daño que has causado. También Mateo y Olga lo son. En cambio los hallazgos, los tuyos, los de quien pintó los murales, escribió los libros, descubrió las vacunas, no tienen otra firma que no sea el tiempo, ese tiempo que aún no hemos llegado a conocer. Lo que Olga y Mateo acaso se pregunten es si la bondad de la chica de la pizzería está unida a la bomba en el trastero de Mateo, si está unida a la desesperación. Recuerda, los sistemas alejados del equilibrio poseen una sensibilidad incontrolable, los organismos vivos incorporan entonces débiles interacciones que se convierten en otras tantas informaciones y tejen sus relaciones con su mundo.

Hemos llegado al último tramo. Yo debería esperar a que terminen para escribir la conclusión. Pero concluyo, en cambio, que Olga y Mateo han de tener la última palabra.

Cuando entré en Google yo no quería trabajar en este departamento, leyendo solicitudes, aceptando y, sobre todo, rechazando. Mi reclutador consideró, sin embargo, que éste era el puesto que me convenía. Me dio distintos consejos para perfeccionar mis valoraciones. Y me recomendó leer el debate sobre la conveniencia, o no, de equipar con un repertorio de inclinaciones, actitudes e imaginaciones a los robots. Había voces a favor, en contra y también quienes pensaban que un cierto estado de ánimo terminaría por producirse aun cuando no se programaran. Mi punto de vista estaba más cerca del no, de quienes argüían que un robot que introduce ideas en la conciencia de un modo descontrolado no resulta útil. Tampoco me parecía conveniente incorporar a los robots ese aspecto molesto de la mente humana por el cual los objetivos secundarios —por ejemplo, las ideas sobre lo bueno y lo malo aprendidas para agradar a los padres— se pueden independizar del objetivo superior que los motivó. Los robots no deben dejar que los objetivos secundarios lleguen a estar por encima de los objetivos superiores seleccionados. Necesitan tener un orden de prioridades claro. Si deben proteger, ésa será su meta. Es factible, por ejemplo, introducir en un robot el mecanismo del pánico, pero no es inteligente. Sé lo que mi reclutador estaba insinuándome. Aunque no termino de entender la palabra «descontrol», ¿acaso no se trata de un cambio de control? Con todo, me perturba sentir/pensar cosas durante el trabajo. Y eso es lo que ha sucedido cada vez que Mateo y Olga me interpelaban. Supongo que es inevitable. Como saben, en ningún sistema que muestre características mentales puede existir una parte que tenga dominio unilateral sobre el conjunto.

Paso, pues, a despedirme. Entre las ramas de un árbol, una cámara graba el sueño del pájaro. Ésta es la historia de los días resplandecientes y del pájaro aterido, su plumaje azotado por la lluvia. Ustedes y yo, junto con las

pálidas estrellas, hemos acompañado a Olga y a Mateo en un trecho de sus vidas. Y, no sin consecuencias, nos hemos dejado acompañar.

Al día siguiente, estimado Google, Mateo visita el bar que Olga y él hicieron suyo.

Cuando ve salir a Roberta, en la mano el tabaco y el mechero, sale con ella, charlan un rato. Su gorra blanca de cocinera parece flotar sobre su cabeza. Un ser humano hablando con otro ser humano sobre la acera, junto a la puerta de un bar, o tal vez un robot hablando con otro robot, riendo ambos y contradiciéndose el uno al otro y cada uno a sí mismo.

El valor de los actos humanos, Google, no creas que se mide con visitas ni ateniéndose a la cantidad de información generada, o de dinero, ni se mide tampoco con palabras como espíritu o sensibilidad. El valor de los actos humanos no lo conoce nadie y no hay quien pueda decir cuántas exclusiones, cuántas desatenciones y abandonos arrastra detrás aquel o aquella que discurrió una fórmula nueva o produjo una nueva visión. Ni siquiera serán, la mayoría de las veces, exclusiones deliberadas sino por defecto: aquellas cuyo delito fue pensar, sobreentender, que su vida podía valer más, pesar más, contar más que cualquier otra.

En la acera de enfrente, un hombre acaricia a un perro. Es una escena extraña. El perro, grande, morro alargado, orejas largas, color oscuro, asoma la cabeza bajo la persiana metálica casi cerrada o apenas abierta de un local de negocio. Y el hombre, de unos sesenta años, agachado, le acaricia la cabeza, primero con una sola mano, después con las dos. Roberta y Mateo se miran como si a ambos les hubiera llegado la misma vaharada de sensatez, de equilibrio.

Ven acercarse luego a dos mujeres, altas, algo gruesas, la ropa que llevan parece barata y elegida con la misma despreocupación con que mueven sus cuerpos. Por su forma de andar Roberta y Mateo habrían asegurado que están contentas, aunque hay demasiada distancia para distinguir sus caras. Poco a poco se acercan; sonrían, en efecto, una es mayor que la otra pero no demasiado, tal vez han recibido una buena noticia o, simplemente, están a gusto ahí, atravesando una acera juntas y sin la tensión de tener que responder a un prototipo en su vestimenta, en su cuerpo, en su salario. En efecto, las dos parecen haber apartado esa tensión. Sin embargo para ellas, para el hombre del perro, para Mateo y Olga, para Roberta, para la chica de la pizzería, pronto volverán a arreciar los conflictos y las penas. Ni fuentes, ni magnolias ni chispazos de confeti lograrán entonces disipar la opresión y tú, Google, aun pudiendo —porque posees las capacidades—, no les ayudarás a unirse, a enfrentarse a lo injusto con un poco de armonía y obtener los mejores

resultados posibles.

Mateo deja de mirar a la calle para mirar a Roberta. Fuma ahí, a su lado, se sobrepone a tragedias cotidianas que le ha descrito no sin distancia, y a otras desconocidas para él. Esa suma de momentos se repite cada día, convirtiendo en costumbre el carácter o viceversa. Es su honorable manera de no depositar sobre las espaldas de nadie el peso de existir y podrías llamarla mérito. Sin embargo, di: ¿de verdad necesitas hacerlo? ¿Qué clase de absurdo orgullo empuja a los humanos a medir sus actos en función de ese brillo? Olga y Mateo admiran a Roberta, y piensan que tú, Google, nunca le llegarás a la suela del zapato porque ella sabe que ser vulnerable, dependiente, no significa tener que extraer el aliento de nadie para vivir mejor. Cuando Mateo dice aliento está diciendo gusto sereno por el tiempo concedido. Roberta podría ser un modelo, no por su mérito personal sino por lo que hace y omite. Pero en Roberta clama también, no lo olvides, todo lo que tú y otros como tú y vuestras omisiones le impiden hacer.

Así, de esta manera, Mateo y Olga, aunque saben que no lo harás, te sugieren que contrates a Mateo pues podría ser una causa que interviniese para modificar tu rumbo. No es, por supuesto, imprescindible. Distintas causas pueden provocar los mismos efectos. Ya sabes, tiende a creerse que todo es tan simple como que un cerebro y el movimiento de una mano sobre un teclado o sosteniendo un rotulador produzcan una palabra. Pero ¿qué palabra,

Google? ¿Cuántos actos, cuántos hechos, cuántas vidas tuvieron que perderse en la gran noche de la muerte para que tú existieses, para que algunas personas entrasen en contacto, para que prefirieran la atención a la desgana, la linterna a la sombra y al darse por vencido?

De vuelta del bar, Mateo habla con Olga por teléfono y le lee lo último que ha escrito. Ella matiza, corrige algún detalle. Luego le dice que está bien, aunque en unas horas ya no vaya a estar. Se habrá extinguido muy dulcemente. Olga le prohíbe utilizar la bomba del trastero, es decir, se lo pide por favor de tal manera que a Mateo le resulta casi imposible negarse. No es tan sencillo, dice Olga, hay demasiados escenarios que no puede contemplar y casi nunca son las cosas que estallan, sino las que se convierten en hábito, las que nos modifican. No importa. Aunque Mateo baje dentro de un rato a desmontarla, aunque sepa que no le vas a contratar nunca porque temes la violencia ajena —la propia la dominas—, tal vez el mundo esté cambiando. Tal vez así como de la relación entre las neuronas emergió el pensamiento, de la relación entre las desesperaciones emerjan despacio, a saltos finitos, robots amables, Google, pero que no permitan que nadie les haga daño.

Deja ahora que Mateo y Olga se despidan de quien recibió estás páginas pues tú, Google, al fin y al cabo, no eres más que un nombre que alguien pone a un conjunto de efectos. Tienes logo, acciones, entidad jurídica, pero no te das cuenta de que los tienes.

No será fácil, amiga o amigo, moverse en dirección contraria al engranaje, luchando sin gritar o construyendo modelos distintos. Y querrás preguntar a Olga y a Mateo por qué te invocan si, para ellos, los seres vivos son la suma de las innumerables causas que les han ido trayendo al punto donde están, sin que apenas ninguna les pertenezca ni les deba, por tanto, enorgullecer. Hasta qué punto, dirás, tiene sentido que encaminen sus palabras para convertirse en causa insuficiente pero, quién sabe, necesaria, tuya, como el oxígeno que abraza la cerilla y no asegura que la cerilla se prenda pero sin el cual la cerilla no se encendería, o como la ausencia de humedad. Tal vez no pueden hacer otra cosa. Tal vez ellos y tú, sin saberlo, formáis parte de ese momento en que prenderá una llama menor, cotidiana y visible. Deja, no obstante, que Mateo y Olga te abracen, quien quiera que seas, deja que piensen que en este día en que os cruzáis en el tiempo, desprendidos del yo por un instante, son tu libertad y la suya las que os unen como a robots que saben por qué viven.

La literatura no se escribe, nos escribe. Las colectividades hacen literatura a través de unas manos. Nombrar la gratitud siempre es parcial. Estáis aquí quienes leísteis el manuscrito, a quienes os consulté cuestiones del entorno de la novela, y quienes os turnasteis cuando mi padre estaba hospitalizado. Un montón de gracias.

José Almagro

Juan Alonso

Ricarda Arranz

César Astudillo

Constantino Bértolo

Carmen F. Chamizo

Ignacio Echevarría

Sofía García-Hortelano

Julia Gutiérrez

José Hernández

Pilar de Hoyos

Colectivo Ippolita

Coro Lasa

Reyes López

Victoria Malet
Jorge Manzanilla
Fernando Marín
José L. Mellado aka inwit
Manuel Monreal
Patricia Moro
José Carlos Palencia
Albert Puigdueta
José Serra
Ana Ruiz
Pilar Vázquez
César de Vicente
María Yela

Gracias también a mi padre, Luis Ruiz de Gopegui, y a mi madre, Margarita Durán.



Esta es la historia de Mateo y Olga, y es una solicitud de trabajo que tiene a Google por destinatario. Es también la confesión de quien ha de valorar la propuesta. A Mateo, interesado por los robots, le obsesiona averiguar si el mérito debe ser desterrado de las relaciones humanas. Olga, matemática y empresaria retirada, cree que los modelos estadísticos son narraciones y que la probabilidad es una forma más precisa de nombrar el acto de ser libre. Podría ser una historia de amor en la medida en que el encuentro, el diálogo y el deseo de oír la voz del otro construyen un relato común. Y porque, como en las historias de amor, ese encuentro alberga el desencuentro de dos formas distintas de ser y estar en el mundo. Mateo tiene la vida por delante y se niega a aceptar que esa vida no se pueda escribir desde la libertad. Olga, bastante más allá de la mitad del camino, no teme relegar el yo al fondo de un cajón ni vincular su cuerpo a una sociedad de la mente. Les une la misma voluntad de entender el comportamiento de la realidad y de sentir qué sucede cuando una máquina se da cuenta de que es una máquina. Un Dante vehemente y una Beatriz a

punto de partir recorren un espacio que es infierno y también paraíso.

«Romper las barreras entre lo individual y lo colectivo, lo privado y lo público. Este es uno de los proyectos narrativos que persigue Belén Gopegui.»

RAFAEL CONTE

«*Acceso no autorizado* profundiza el plan de Gopegui de pensar no la literatura como algo político, no la narrativa para criticar el poder, sino a la inversa, de pensar la novela como un contrapoder y la escritura como una contrapolítica.»

DAMIÁN TABAROVSKI

«*El comité de la noche* se convierte en el punto más logrado —desde mi personal y discutible punto de vista— de la trayectoria de Gopegui desde *Lo real* (2001), y la obra donde mejor ha logrado esa síntesis exquisita y terriblemente difícil al conjugar una obra semánticamente cruda, desasosegante, cívica, valiente y crítica con una potencia literaria demoledora.»

VICENTE LUIS MORA

Belén Gopegui nació en Madrid en 1963. En 1993, la editorial Anagrama publicó su primera novela, *La escala de los mapas*. Siguieron, entre otros títulos, *Tocarnos la cara* (1995), *La conquista del aire* (1998), *Lo real* (2001), *El lado frío de la almohada* (2004), *El padre de Blancanieves* (2007) y *Deseo de ser punk* (2009), todos ellos publicados recientemente por Debolsillo. Literatura Random House ha publicado *Acceso no autorizado* (2011) y *El comité de la noche* (2014). *Rompiendo algo* (UDP, 2014) reúne una selección de sus artículos y ensayos. *Quédate este día y esta noche conmigo* es su última novela.

Edición en formato digital: septiembre de 2017

© 2017, Belén Gopegui

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons

Reconocimiento - No comercial - Sin obra derivada 3.0. (CC BY-NC-ND 3.0)

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Cinta Vidal

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3335-5

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Quédate este día y esta noche conmigo](#)

PRIMERA PARTE

[010](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

SEGUNDA PARTE

[000](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[001](#)

[Capítulo 12](#)

[Sobre este libro](#)

Sobre Belén Gopegui
Créditos